

Bianca

Amor de compraventa

Margaret Mayo

Amor en compraventa

Prometida por culpa de un chantaje… y ahora además embarazada.

Dione Keristari estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para salvar a su padre enfermo ahora que el negocio de la familia estaba en crisis. Pero suplicar al guapísimo multimillonario griego Aris Tsardikos que le hiciera un préstamo era más de lo que habría podido imaginar. La cosa no hizo más que empeorar cuando Aris le exigió que se casara con él a cambio del dinero.

Dione no tenía otra opción. Sin embargo la atracción que había entre ellos era demasiado fuerte para una muchacha sin experiencia como ella, así que Dione decidió no acostarse con Aris.

Pero su futuro esposo era un maestro en el arte de la seducción y no tardó en dejar embarazada a su prometida…

Capítulo 1

ARIS Tsardikos? ¿Esperas que vaya y le pida dinero? -incrédula, Dione miró a su padre-. No puedo hacerlo.

Aris Tsardikos era un hombre a tener en cuenta. Su nombre se veneraba en toda Grecia y, tal vez, en todo el mundo. Era el enemigo acérrimo de su padre. Dirigía una lujosa cadena hotelera mundial donde sólo los ricos y famosos podían permitirse alojarse.

En una ocasión, Yannis había intentado convencer a Aris de que le permitiera incorporar sus restaurantes a los hoteles, pero Aris había rechazado la propuesta con desprecio. El no disimulaba la antipatía que sentía hacia Yannis Keristari. Y Dione no podía culparlo por ello.

Yannis se echó sobre la almohada.

-Entonces, éste será mi final.

Phrosini miró a su marido con preocupación y luego, suplicando con la mirada, le dijo a su hijastra:

-Creo que tu padre quiere que pienses en ello. Vamos a casa. Volveremos más tarde y hablaremos de esto.

Cuando salieron de la habitación del hospital, Dione echó la vista atrás para mirar al hombre que había sido una influencia tan fuerte en su vida, y le resultó difícil pensar que le estuviera pidiendo tal cosa. Ella había hecho mucho; había sido la mejor hija que se podía ser, pero ¿tener que pedir dinero? ¿Pedírselo a su gran enemigo?

Su mente volvió al día anterior, cuando una angustiada Phrosini la había llamado para decirle que su padre estaba enfermo y que quería verla.

-Por supuesto que iré. Saldré en el primer vuelo disponible.

Con un gesto de preocupación en su preciosa cara, Dione se volvió hacia su madre.

-Tengo que ir a casa. Mi padre está en el hospital; ha sufrido un infarto.

Jeannie se llevó la mano a la boca.

-¡Dios mío! Claro que tienes que ir. Yo se lo contaré a Chris. Espero que Yannis esté bien.

Según Dione, ése fue un gesto generoso después de cómo la había tratado su padre. Pero así era su madre, ella nunca pensaba mal de nadie. Era tranquila y nada exigente y, en su fuero interno, Dione pensaba que se dejaba pisotear por la gente. Pero eso nunca se lo diría a su madre. La quería demasiado.

Para su desgracia, no había plaza en los vuelos a Atenas hasta el día siguiente, pero al menos eso le dio la oportunidad de hablar ella

misma con Chris.

-Iré contigo -dijo en cuanto la vio-, no puedo dejar que mi prometida pase por esto sola.

Lo dijo con tanto orgullo que Dione se sintió culpable. Había estado pensando en llevar a Chris a Grecia para que conociera a su padre, para que éste les diera su aprobación para casarse, pero no en esas circunstancias. El impacto de saber que iba a casarse con un inglés podría haber acabado con él.

Yannis era griego hasta la médula. Muy orgulloso, muy tradicional y deseaba por encima de todo que Dione se casara con uno de los suyos. Dione, por el contrario, tenía otras ideas. Quería escapar del carácter dominante de su padre y la única forma de hacerlo, según pensaba, era casándose e instalándose en Inglaterra.

Había conocido a Christopher Donovan en una de sus frecuentes visitas al Reino Unido y cuando él se le declaró, se lo pensó mucho antes de aceptar. No se trataba de que no quisiera a Chris, sí que lo quería, pero no estaba tan segura de que él sintiera lo mismo por ella.

Había salido con Dione al sentirse despechado por una relación anterior que, según él, ya había terminado del todo. Pero ella había oído que ahora la chica quería volver con él y que los habían visto juntos. Dione le había plantado cara y él primero la había mirado asustado, y luego le había dicho que no había nada de cierto en ello.

-Creo que sería mejor que fuera sola -le dijo-. Mi padre está demasiado enfermo como para ver a extraños.

-Puede que tengas razón -dijo-. ¿Me llamarás?

-Claro que sí.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Atenas y Dione, una mujer despampanante vestida con un traje de chaqueta color crema y un top marrón a juego, cruzó la sala de llegadas con paso firme. Su cabello negro azulado acariciaba con sensualidad sus hombros a cada paso que daba con sus sandalias de tacón de aguja. Ella lo ignoraba, pero muchos hombres se volvieron cara mirarla.

Como no pensaba que nadie la estuviera esperando, Dione se dirigió a la parada de taxis y por eso se sorprendió y se alegró al ver a su madrastra.

-Phrosini, ¡qué amable! No me esperaba esto -le dio un cálido abrazo a la mujer y sin pensarlo comenzó a hablar en su segunda lengua-. ¿No tendrías que estar con mi padre? ¿Cómo se encuentra? ¿Está mejor?

Phrosini era baja y rellenita, pero bellísima y no era difícil ver por

qué su padre se había enamorado de ella. No podía ser más distinta a su madre. Su primer matrimonio sin duda había sido un error. Dione suponía que al principio habrían estado enamorados, pero su madre había sido demasiado débil como para soportar el carácter autoritario de su padre. Sin embargo, Phrosini sabía manejarlo maravillosamente sin que él se diera cuenta.

-Sigue igual -respondió Phrosini-. Aunque está muy ilusionado por tu llegada. Está muy enfermo, Dione. Estoy muy preocupada.

-¿Por qué no me lo dijiste antes?

Phrosini respondió con gesto de disculpa:

-No quería estropearte las vacaciones. Sé lo mucho que te gusta estar en Inglaterra con tu madre. Al principio pensé que se recuperaría pronto, pero no fue así y entonces empezó a preguntar por ti. No podía razonar con él.

Fueron directas al hospital.

-Lo siento, sé que te gustaría refrescarte y arreglarte, pero tu padre tiene muchas ganas de verte -dijo Phrosini.

Y cuando Dione entró en la habitación de Yannis, se quedó impactada por su aspecto. No era alto, siempre había sido delgado y pulcro, pero había perdido tanto peso que se le veía demacrado y su piel tenía un tono grisáceo. Además estaba conectado a muchas máquinas que controlaban todas sus funciones.

-¡Dione! -dijo con voz ronca-. ¡Estás aquí!

Atravesó la habitación y lo abrazó.

-Sí, padre. ¿Cómo te sientes? Está muy mal que no me dijeras que estabas enfermo.

Él le acarició la mano.

-No quería preocuparte, hija.

-¿Qué ha provocado tu infarto? Pensaba que estabas fuerte como un roble.

-Ya no -Yannis miró a Phrosini-. Cuéntaselo.

-¿Contarme qué?

Phrosini cerró los ojos y cuando los abrió, Dione pudo ver en ellos una gran preocupación.

-El negocio de tu padre ha fracasado.

-¿Qué? -Dione frunció el ceño. ¿Cómo era posible? Yannis había heredado de su padre un restaurante y lo había convertido en una cadena de éxito. No se esperaba que pudiese perder dinero.

-El negocio ha bajado mucho -dijo Phrosini en un tono desesperado-. Necesita una buena cantidad de dinero para levantarlo de nuevo y tu padre no la tiene. Paga más de lo que gana. Estamos casi en bancarrota, Dione.

Dione estaba impactada, pero no demasiado sorprendida. Había estudiado diseño de interiores en Inglaterra, quería instalarse de manera permanente y conseguir un trabajo allí, pero Yannis le había insistido en que trabajara para él. Se dedicaba a ir de un restaurante a otro para renovar todo lo necesario, pero siempre bajo la atenta mirada de Yannis.

Él era muy conservador, estaba tan chapado a la antigua que nunca le dejaba poner en práctica sus ideas modernas. Él decía que los valores tradicionales les daban a los restaurantes un ambiente especial que no debía cambiarse. Dione tenía sus dudas. La gente buscaba ambientes modernos y animados, no quería vivir en el pasado.

-Es terrible -dijo-. No tenía ni idea.

-Yo tampoco -confesó Phrosini-. Tu padre me lo ocultaba y por eso ahora está aquí -puso la mano sobre la de su marido y la apretó con suavidad-. Eres muy testarudo, ¿lo sabes?

-Tú decides, hija -dijo Yannis mirándola-. Eres mi umca esperanza.

-¿Yo? -Dione se puso la mano en el pecho-. ¿Cómo puedo ayudar yo? No tengo ese dinero -la verdad era que no tenía muchos ahorros. Su padre le pagaba el sueldo mínimo que habría pagado a cualquier otro empleado y todo se lo gastaba en los vuelos a Inglaterra.

-Quiero que vayas y le pidas un préstamo a Aris Tsardikos -susurró con voz ronca y entrecortada. Se notaba que le costaba hablar-. Él intentará sacar el mayor provecho de esto, pero si hay alguien que pueda hacerlo, ésa eres tú.

-Sé que es mucho pedir -dijo Phrosini cuando se sentaron a tomar café en su preciosa villa y comenzaron a hablar de Yannis-. Pero eres su única esperanza. Si no consigue ese dinero se morirá. No sacará fuerzas para vivir. Se está muriendo. Los médicos están haciendo todo lo que pueden pero… -su voz se fue desvaneciendo y se la veía pálida y enferma.

-Tiene que haber otra manera -repuso Dione. No tenía miedo de Aris Tsardikos, a pesar de que era un hombre muy poderoso, pero para ella sería más embarazoso que cualquier otra cosa en el mundo-. ¿Y qué pasa con los bancos?

-Se le están echando encima.

Además, Dione sabía que no tenía amigos para ayudarlo. Su padre le gustaba a muy poca gente; era un tirano y ella tenía más razones que nadie para odiarlo después de cómo había tratado a su madre. Pero era su sangre después de todo y, aunque le resultaba difícil perdonarlo, lo quería. Siempre había mantenido la calma por el bien

emocional de su madre, ya que no sabía lo que su padre sería capaz de decirle o hacerle si se ganaba su antipatía.

Jeannie y Yannis se habían divorciado hacía dieciséis años. Cuando se terminó el matrimonio, su padre volvió a Grecia y se llevó a Dione con él. De muy mala gana había dejado a Dione visitar a su madre en sus años de colegio. Ahora pasaba todo el tiempo que podía en Inglaterra y llevaba dos semanas allí cuando recibió la llamada.

-Me pides mucho.

-Lo sé -dijo Phrosini.

Dione había crecido junto a su madrastra y la quería mucho, pero deseaba que no le hubiera pedido algo que ella consideraba imposible. Para desgracia de Yannis, que siempre había querido tener hijos varones, Phrosini no había tenido hijos y por eso veía a Dione como a su propia hija.

Dione miró a la pequeña mujer griega con compasión.

-Parece que no tengo elección.

Y cuando volvieron al hospital a ver a su padre, se sintió feliz por la decisión que había tomado. Se le veía todavía más enfermo y con un tono de piel más cetrino que antes. Se tumbó en la cama respirando con dificultad, pero en cuanto oyó la noticia sonrió y los ojos se le llenaron de luz.

-Gracias, Dione. Gracias desde lo más profundo de mi estropeado corazón -le agarró las manos y se las apretó.

Dione respiró hondo mientras esperaba en la puerta y se preparaba para enfrentarse al legendario Aris Tsardikos.

La vida de su padre dependía de su éxito.

Pero ¿cómo podía resultarle fácil si eran enemigos acérrimos?

Capítulo 2

ARIS miró con interés a la mujer que estaba de pie enfrente de él. Sabía que Yannis Keristari tenía una hija, pero nunca la había visto y se llevó una grata sorpresa.

Era alta, esbelta y muy guapa y, según él pensaba, tendría unos veintitantos años. Llevaba una chaqueta gris a juego con una falda de tubo y unos zapatos de tacón alto. Tenía la chaqueta abrochada hasta justo por encima del pecho y un colgante de oro oscilaba cerca de su escote de modo tentador. No podía evitar pensar por qué llevaba la chaqueta abrochada de esa manera tan recatada en un día tan caluroso y le divertía pensar que no llevara nada debajo.

Sus ojos eran negros azulados, tenía unas pestañas muy espesas, una nariz recta y pequeña y una boca... deliciosa. No se parecía nada a su padre, lo cual era una sorpresa. Y era totalmente distinta a todas las mujeres griegas que había conocido. Estaba fascinado. Incluso más fascinado de lo que estaba con el motivo de su visita, algo que aún estaba por descubrirse.

Estaba claro que iba de parte de Keristari. Aris había oído por ahí que el negocio de Yannis Keristari tenía problemas. ¿Tenía eso algo que ver con la visita de su hija? ¿La habría mandado Yannis para ofrecerle la venta de sus restaurantes?

Acompañó a su visitante a tomar asiento, sin quitarle los ojos de encima, y esperó a que le dijera algo. Ella se movía con mucho garbo y desprendía un aroma delicioso.

-Señor Tsardikos.

-Por favor, llámame Aris.

-Esto no es una visita social -dijo con un delicioso movimiento de cabeza que descubrió un cuello largo y fino que parecía estar esperando un beso.

Aris se sentó detrás de su escritorio para evitar acercarse a ella.

-Tal vez -masculló-, pero no hay necesidad de formalidades, especialmente cuando eres la hija de un viejo... conocido mío -había estado a punto de decir «enemigo», pero pensó que eso podría haberle hecho marcharse sin contarle el motivo de su visita-. ¿Te apetece un café? Puedo decirle a alguien que...

-¡No! -dijo al instante. Tenía una misión y quería cumplirla cuanto antes.

-Bueno, ¿en qué puedo ayudarte? -cruzó los brazos y la observó atentamente con los ojos entrecerrados. Sintió un movimiento en la entrepierna que le horrorizó. Se trataba de la hija de un hombre por el que no sentía la más mínima admiración. Debería serle totalmente indiferente, pero ¿por qué no era así?

-Mi padre necesita dinero.

Sabía con seguridad que no había pretendido decirlo de un modo tan directo; se había sonrojado y eso era señal de que no era tan fría como quería aparentar.

Eso le alegró porque ahora sabía a qué atenerse. En un principio había pensado que su padre podría querer ofrecerle la compra del negocio, pero ¡dinero! ¿Cuánto le había costado a Keristari mandarla a visitarlo?

-¿Eso es todo? -preguntó con indiferencia. No tenía la más mínima intención de ayudar a ese hombre.

Dione asintió con la cabeza.

-Cree que podrías ayudarle.

Aris quería decirle directamente que no. Keristari abusaba de todo el mundo y, desde luego, no era la persona indicada con la que hacer negocios.

Pero no quería que Dione se marchara todavía. Estaba fascinado. Había algo diferente en ella que le encantaba. Era como si desconociera su propia sexualidad. ¡Cómo le gustaría iniciarla en ese campo!

-¿Por qué me lo pide a mí? -preguntó reclinándose en la butaca con las manos unidas por detrás de la cabeza-. ¿Por qué no se lo pide a su banco?

-Creo que está demasiado endeudado -admitió Dione-. Dice que eres su única esperanza. Cuenta con ello.

Dione vio incredulidad y un ligero enfado contenido en el rostro de Aris y entonces supo que su misión estaba condenada al fracaso. Pero lo tenía que intentar. Le parecía estar viendo a su padre tendido desvalido en el hospital. Aun temiéndolo y, en ocasiones, despreciándolo, no podía soportar el verlo tan enfermo y preocupado.

-¡Cuenta con ello! -repitió incrédulo y enarcando las cejas-. ¿Por qué me pide dinero a mí, al hombre que probablemente más odie en el mundo? A menos, claro está, que se le hayan agotado las demás opciones.

-No lo sé -dijo Dione mirando fijamente a ese hombre alto y, sin lugar a dudas, guapo-. No supe nada hasta ayer. He estado con mi madre en Inglaterra.

-¿Así que Phrosini no es tu madre biológica? -preguntó con interés.

Dione negó con la cabeza. Deseaba que no fuera tan apuesto. Deseaba que no la mirara como si quisiera acostarse con ella.

-Eso explica por qué no te pareces nada a tus padres.

-Cosa que no tiene nada que ver con el motivo de mi visita -dijo Dione con indignación. Desde luego que no había ido para hablar de sus orígenes.

Esbozó una sonrisa y sus dientes uniformes y blancos parecían querer atacarla; era como un lobo a punto de abalanzarse sobre su presa. Tenía que andarse con cuidado con ese hombre. Parecía relajado y tranquilo recostado en la butaca, con el cuello de la camisa desabrochado, pero su mente era tan afilada como una cuchilla.

-Tu padre te está utilizando, lo sabes ¿verdad? -señaló-. Igual que utiliza a todo el que se relaciona con él. Lo mejor que puedes hacer, Dione... ¿te importa que te llame Dione?... es volver y decirle que la respuesta es «no».

Dione respiró afligida. Menudo animal sin corazón.

-Ni siquiera has preguntado cuánto quiere -replicó con la espalda rígida y los ojos llenos de resentimiento.

-Me trae sin cuidado -dijo-. No le prestaría a tu padre ni un euro, así que ni hablemos de dejarle miles, que es la cantidad que me imagino que quiere. ¿Qué ha pasado?

Dione se encogió de hombros.

-Todo lo que sé es que está prácticamente en bancarrota.

-Mala gestión -dijo Aris con indiferencia.

-Entonces, ¿es ésa tu respuesta? -dijo bruscamente con el corazón prácticamente por los suelos.

Aris se reclinó en la butaca, con una sonrisa grabada en sus perfectos labios y un incomprensible brillo en los ojos.

-Podría haber otra solución.

A Dione le dio un vuelco el corazón.

-Podría salvar el negocio de tu padre... con una condición.

-¿Qué condición? -preguntó Dione con ansiedad.

Hubo una larga pausa antes de que él respondiera, un espacio de tiempo en el que sus ojos se pasearon de manera insolente por su cuerpo, haciéndola temblar de malestar. Pero ella no permitió que se diera cuenta de eso; se sentó remilgadamente con las manos juntas sobre el regazo y esperó a oír lo que él tenía que decir.

-Que te cases conmigo.

El impacto causado por su propuesta no pudo haber sido mayor. ¡No se conocían, eran unos extraños, y aun así él hablaba de matrimonio! ¿Estaba loco? ¿Le prestaría el dinero a su padre sólo con tal de tenerla? ¿Qué clase de monstruo era? Dione sintió un escalofrío por la espalda.

Se puso de pie y, lanzándole una mirada fulminante, dijo:

-Es lo más indignante que he oído en mi vida. ¿Qué te hace pensar

que me casaría con un perfecto desconocido?

Una ligera e insolente sonrisa se reflejó en su boca.

-Pensaba que te preocupabas por tu padre. ¿Por qué ibas a estar aquí si no fuera así?

-Me preocupo -admitió-, pero eso no implica que me venda.

Ese hombre no tenía ni idea de lo que le estaba pidiendo. Seguro que era un amante fantástico y experimentado, pero eso no significaba nada para ella. No sabía nada de él y, si ésas eran sus tácticas, tampoco lo quería saber.

-Tú decides -dijo, como si se tratara de una discusión de negocios-. Si tu respuesta es «no», entonces no tenemos nada más que hablar.

-Por supuesto que mi respuesta es «no» -respondió furiosa-. ¿Por quién me tomas? -dio media vuelta y salió del despacho como una exhalación.

-Estaré esperando si cambias de opinión -gritó con voz burlona.

-Entonces te pasarás la vida esperando -dijo entre dientes.

Dione no fue directamente al hospital; estaba demasiado nerviosa. Había tomado un taxi para ir a la oficina de Aris, pero ahora prefería andar. Caminó sin rumbo fijo durante un rato y cuando llegó al hospital, casi era capaz de reírse de la proposición de Aris Tsardikos.

Pero su padre no se rió.

-Harías bien -dijo-. Siempre he querido que te cases con un griego digno y Tsardikos lo es.

Dione pensó que era un halago, proviniendo de su padre.

-He tenido mucho miedo de que en uno de tus viajes a Inglaterra te enamoraras. Me rompería el corazón.

Por un momento, Dione estuvo a punto de hablarle a su padre sobre Chris, pero al final decidió no hacerlo. La salud de Yannis era tan mala que escuchar algo así lo habría matado. De hecho, su aspecto era peor que el del día anterior. Le costaba respirar y su piel estaba amarilla, Phrosini ya no sabía qué hacer para ayudar a su amado esposo.

-No puedo casarme con un perfecto desconocido -dijo Dione abatida.

-¿Ni siquiera puedes hacerlo por mí? -preguntó Yannis con voz ronca y un tono de enfado-. ¿Ni siquiera aunque mi vida y mi sustento dependan de ello? ¿Qué clase de hija eres?

Hizo que Dione se sintiera culpable, pero ella se mantuvo firme:

-Sería como si estuviera prostituyéndome.

-¿Con Tsardikos? Es un hombre fascinante. La mitad de las mujeres de Grecia andan tras él. Serás la envidia de miles de mujeres -se recostó en la butaca y apenas parecía respirar.

Phrosini le hizo señas para que saliera de la habitación.

-Debemos dejarle solo un rato -dijo.
-¿No ves que me pide algo imposible? -preguntó Dione mientras se dirigían al restaurante del hospital-. No le he dicho nada a mi padre y tampoco quiero que se lo digas tú, pero hay un hombre en Inglaterra al que estoy prometida.
-Pero, Dione, ¿por qué no habías dicho nada? -su madrastra estaba muy preocupada.
-¿Cómo iba a contarlo estando mi padre tan enfermo y, mucho menos, después de lo que acaba de decir?
-¿Quieres a ese chico?
-Por supuesto que lo quiero -pero la cara de Dione reveló que ese matrimonio no iba a ser un lecho de rosas.
-¿Me cuentas que estás prometida porque no quieres que tu padre pacte este matrimonio? -preguntó intuitivamente.
Dione asintió levemente sin separar los labios. Al oírlo se dio cuenta de que probablemente lo que decía Phrosini era cierto. El amor que sentía por Chris no era como todo eso que se leía en las novelas, pero había sido bastante feliz... hasta que le dijeron que lo habían visto con su antigua novia.
-Dione, ¿de verdad es ésa tu respuesta? No quiero que seas infeliz como lo fui yo con mi primer marido, como lo fue tu madre.
-Sería más feliz con Chris que con Aris Tsardikos -dijo Dione en voz baja.
-Aris es un buen hombre. Su oferta sería la solución para tu padre. Es más, le salvaría la vida. Los médicos están muy asustados hoy -dijo Phrosini con lágrimas en los ojos-. Y si no se recupera... bueno, tu padre siempre ha querido que yo siguiera con el negocio si le pasara algo.
Con eso quería decir que si no accedía, estaría dándoles la espalda a los dos. Expuesto de esa manera, ¿cómo podía negarse? Dione respiró hondo, cerró los ojos y dio el paso, odiándose por ello, pero sabiendo que era lo que tenía que hacer.
-Está bien... me... me casaré con él -sus palabras flotaron en el aire como una nube de tormenta que amenazaba con arrastrarla y ahogarla en un aluvión de infelicidad.
Phrosini la abrazó con fuerza y con lágrimas en las mejillas.
-Mi preciosa niña.
Para Dione no había nada precioso en todo aquello, pero en ese mismo momento decidió que Aris Tsardikos no lo haría todo a su modo. Ella pondría las condiciones para ese matrimonio.
Era salvajemente guapo, con diferencia el hombre más guapo que había visto en su vida: alto, un cuerpo perfectamente formado, dedos

largos, manos muy cuidadas. Era una de las primeras cosas en las que se había fijado. Pero no por eso iba a estar deseando meterse en su cama. ¡Todo lo contrario! Sería una esposa buena y consciente de sus deberes en todos los demás aspectos. Cocinaría para él, lo entretendría, lo acompañaría cuando fuera necesario, pero nada más.

Tal vez eso era lo que él esperaba de ella, que fuera una buena anfitriona. Un hombre de su posición necesitaría alguien a su lado en ocasiones especiales.

¿Y a quién intentaba engañar ella?

Había visto el modo en que la miraba, cómo sus ojos se posaban en su cuerpo una y otra vez, y también sabía lo que él pensaba, a pesar de que había hecho todo lo posible por ignorarlo.

Ya estaba empezando a lamentarse de su decisión, pero su padre se alegró tanto cuando se lo contaron... le brillaban los ojos queriendo saber más.

-¡Mi maravillosa hija! No te arrepentirás, te lo prometo.

Dione no estaba tan segura.

Pasó la noche sin dormir, preocupada, diciéndose que aún estaba a tiempo de echarse atrás, pero luego recordaba la felicidad de su padre. ¿Cómo podía negarle su último deseo?

Mientras Dione estaba sentada fuera de la oficina de Aris Tsardikos por segunda vez en dos días, le latía el corazón con fuerza. Iba a ser la cosa más dura que había hecho nunca. Entregarse a un hombre al que no conocía era una locura. Tenía que estar loca para hacer algo así.

¡Y ese hombre estaba disfrutando a lo grande haciéndola esperar!

Y cuanto más esperaba Dione, más irritada se sentía, hasta que se puso de pie dispuesta a marcharse. No podía hacerlo, ni siquiera por el bien de su padre. Nadie sabía el valor que había necesitado para acudir a la oficina; un valor que la estaba abandonando.

-¿Entramos?

Dione se dio la vuelta al oír una voz profunda y ronca y miró fijamente a unos ojos oscuros.

-Empezaba a pensar que no querías verme. Llevo veinte minutos aquí sentada.

-Soy un hombre ocupado, Dione. Y has venido sin cita previa. Pero ya soy todo tuyo. Entra -la agarró del brazo para hacerla entrar en la oficina.

Era una sala espaciosa con suelo de madera y paredes grises con fotos de sus hoteles. Su escritorio estaba enfrente de una ventana enorme con vistas a Atenas, y en una esquina había tres sillones. En

otra pared había unas cuantas librerías. Todo estaba limpio y resultaba muy frío. Tan frío como el hombre que estaba allí.

Se dirigió al escritorio para sentarse enfrente de él, como había hecho en la otra ocasión, pero él la condujo al sillón.

-Aquí estaremos más cómodos.

Dione no quería estar cómoda; quería decir lo que tenía que decir y marcharse corriendo. No era lo correcto pensar así al tratarse de su futuro marido, pero en realidad tenía la esperanza de que él cambiara de idea. Una esperanza que desapareció cuando le mostró esos dientes propios de un lobo al acecho.

-¿Estoy equivocado o has venido a decirme que te casarás conmigo?

Sus ojos se enfrentaron y Dione fue la primera en apartar la vista.

-Me gustaría poder decir que no -dijo bruscamente, sin darse cuenta de que le latía el corazón con mucha fuerza. Ese hombre era peligroso. Era enormemente atractivo, pero un peligro al mismo tiempo.

-Eres muy libre de hacer lo que quieras -lanzó esas palabras con desdén y Dione tuvo la impresión de que no le importaba nada. Que para él todo era como un juego.

-¿Quieres decir que has cambiado de opinión? -preguntó inmediatamente esperando que así fuera.

-En absoluto -respondió como si tal cosa. No la estaba ayudando, más bien, estaba disfrutando al verla con tal desasosiego.

-En ese caso -dijo con una voz que parecía un susurro-, haré lo que me pidas.

-Lo siento, no te he oído.

¡Maldito! Una sonrisa de satisfacción se marcó en sus esculpidos labios y sus ojos se llenaron de regocijo. Estaba segurísima de que la había oído. Tan sólo quería que lo repitiera. Le gustaba ver cómo se avergonzaba.

-He dicho que haré lo que digas -¿era suficiente? Había pronunciado las palabras como si estuviera lanzando un misil con la esperanza de que estallara en su cara y borrara de ésta ese regocijo.

¡Pero no tuvo esa suerte! Sonrió más todavía y se acercó a ella para agarrarle las manos.

-Ya está, ya lo has dicho. No ha sido tan horrible, ¿no?

Dione resopló y no dijo nada.

-¿No estás contenta?

-No, no lo estoy.

-Pero supongo que tu padre está loco de alegría.

-Sí, se alegró.

-Debe de haber tocado fondo.

Dione le lanzó una mirada cargada de furia.

-Así es y por eso está en el hospital luchando por vivir.

-No lo sabía.

-Hay muchas cosas sobre mi padre que tú no sabes.

-Y muchas que sí sé -masculló-. No tiene escrúpulos. Apuesto a que no dudó al decir que te casaras conmigo. Lo que no me explico es cómo ha podido tener una hija como tú.

-¿Y cómo sabes que yo tengo escrúpulos? -respondió deseando poder levantarse y salir corriendo. Era la experiencia más humillante de su vida.

-Conozco bien a la gente.

-¿Cómo sabes que si me caso contigo no lo hago por todo el dinero que tienes?

-Porque ya he redactado un contrato. He...

-¿Que has hecho qué? -lo interrumpió horrorizada-. ¿Estabas tan seguro de que iba a decir que sí?

-Totalmente -añadió, estirando sus largas piernas y uniendo las manos por detrás de la cabeza.

Se le veía tan relajado que quería pegarlo y arrancarle de su terriblemente bonita cara ese gesto de satisfacción.

-¡Desgraciado!

-¡Pero bueno, Dione! ¡Y yo que pensaba que eras una señorita!

-¡Sacas lo peor de mí!

-No es eso todo lo que pretendo sacar de ti -dijo con una cruel sonrisa- Vayamos al grano. ¿Estás aquí para decirme que te casarás conmigo a cambio de que saque a tu padre de apuros?

Dione tragó saliva, ignoró la vocecita que le decía que se levantara y saliera corriendo, ignoró la imagen de un matrimonio agradable y seguro con Chris Donovan y asintió.

-Nunca pensé que diría esto, pero tu padre es un hombre muy afortunado, ¿lo sabes? No muchas chicas harían esto por su padre. Por favor, dime, ¿por qué lo quieres tanto? ¿0 es que le tienes miedo? Te tiene igual de dominada que al resto del mundo. Me compadezco de ti, Dione, por tener un padre como el que tienes, pero aplaudo lo que estás haciendo.

-Lo aplaudes porque te beneficia -bramó, al oír cómo lo había resumido todo correctamente. ¿Todo el mundo sabía que su padre era un auténtico manipulador?

-Como ya he dicho, he mandado redactar un contrato; sólo tienes que firmarlo -se levantó y se dirigió a su escritorio.

Dione lo observó, sentía un dolor en el corazón que nunca antes había sentido. Dolor, ira, desesperación. Pero no dejaría que Aris lo notara. Cuando volvió a su asiento, ella alzó la barbilla y se sentó un

poco más derecha.

-Yo también tengo que exponer mis condiciones antes de firmar.

-¿Estás en posición de hacer eso?

-Creo que sí.

-Si me permites, no estoy de acuerdo en ese punto, pero adelante. A menos, por supuesto, que quieras leer mi contrato primero. Podrías sorprenderte gratamente.

Dione dudó en su fuero interno, pero tal vez debería de echar un vistazo antes de exponer sus condiciones.

No era un documento largo, pero básicamente le otorgaba todo el poder de tratarla como él quisiera a cambio de ayudar a su padre con sus problemas económicos. Ser mi esposa en todos los sentidos mientras yo así lo quiera, fueron las palabras que sobresalían de la página.

-¡No! ¡Rotundamente no!

-¿No, exactamente a qué? -preguntó con indiferencia. Esperaba que se fuera a negar y ahora iba a disfrutar mucho haciendo que se lo explicase.

-No me acostaré contigo -mientras que todas sus amigas habían tenido relaciones, Dione había guardado su virginidad para quien fuera su marido algún día... alguien a quien ella amara y respetara. Hasta hacía poco había pensado que Chris era ese hombre. Y no estaba dispuesta a entregarse a Aris Tsardikos. ¡Jamás!-. Y no estaremos casados más de un año. Para todo lo demás, seré tu esposa.

-No hay nada más. Una esposa es una esposa. Una esposa pasa tiempo en la cama de su marido. Una esposa satisface a su marido.

-Una esposa también cocina, limpia y entretiene.

-Ya tengo gente para hacer ese tipo de cosas -respondió con desdén-. Lo que quiero es una amante y creo que tú reúnes perfectamente todas las condiciones para ello. Eres preciosa, estás llena de vida, eres generosa. ¿Qué más podría pedir un hombre? Pero... tal vez puedo acceder a tu condición.

Aris se sonrió. Nunca había tenido en mente que durmieran separados. Por otro lado, podría ser interesante hacerle cambiar de opinión. De hecho, podría disfrutar mucho hasta conseguirlo.

La había deseado desde el primer segundo que la había visto. Era la mujer más atractiva y fascinante que había conocido. Había soñado con ella esa noche y ¡qué gran amante había sido! Si los sueños se hicieran realidad... Sentía mariposas en el estómago de pensarlo.

Por un lado sentía pena por Dione, por cómo Keristari la había

presionado. Quería hacer que esa farsa de matrimonio fuera algo real; quería que ella aprendiera a amarlo como una mujer ama a un hombre, no quería que se casara con él bajo coacción y por lealtad a su padre. A nadie le gustaba Keristari, sólo a su leal esposa. Phrosini se merecía una medalla por soportar sus bruscos modales.

¿Qué había pasado entre él y la madre de Dione? Estaba claro que ella no había tolerado su carácter autoritario y que se había alejado tan pronto como había podido. ¡Y bien por ella! Tal vez Dione le contaría la historia algún día.

-¿Entonces quieres redactar otro contrato? -preguntó ella, con la barbilla bien alta y unos ojos marrones transparentes que mostraban el desagrado que sentía por lo que estaba a punto de pasar.

Él deseaba estrecharla entre sus brazos y asegurarle que todo iba a ir bien. Que él no era un ogro, que no la haría daño. Y que admiraba lo que estaba haciendo. Pero eso no era parte del juego.

Le horrorizaba pensar que se casaría con él simplemente para satisfacer a su padre y sacarlo del problema en el que él se había metido. En su opinión, Keristari no merecía esa lealtad de su hija.

No había duda de que sentía lástima por la enfermedad de Keristari, pero eso no cambiaba la opinión que tenía de él. Incluso en su enfermedad, estaba controlando a todos los que lo rodeaban. No era forma de comportarse con sus seres queridos. Él no merecía toda esa devoción.

Estaba tan furioso con Yannis que su tono fue muy agresivo al responder:

-Claro que sí. Lo tendré listo para que lo firmes esta tarde.

-¿Tan pronto?

-¿Por qué esperar? -preguntó con delicadeza-. Me imagino que si tu padre tiene tantos problemas querrá el dinero ya. Pero si no hay matrimonio, no hay dinero. ¿Fijamos la boda para el domingo? ¿Dos días serán suficientes para hacerte a la idea?

Capítulo 3

ARIS casi se rió al ver la cara de consternación de Dione.

-¿Dos días? -preguntó con voz ahogada-. No puedes esperar más a tenerme, ¿verdad? ¡Maldito seas, Aris Tsardikos!

¡Por Dios! ¿No estaba preciosa cuando se enfadaba? Sintió sus niveles de testosterona subir y le costó no arrastrarla a sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido.

-Lo digo para que tu padre tenga el dinero cuanto antes -respondió, sorprendido de hablar con tanta frialdad cuando en su interior estaba ardiendo.

-Seguro que sí -dijo bruscamente-. He visto cómo me miras. Pero no olvides que tendremos un contrato prohibiéndote que me toques. Y que Dios te ayude si no lo cumples.

Qué persona tan enérgica. Qué mujer tan fascinante. Sus hormonas masculinas bailaban por todas partes.

-Nunca se me pasaría por la cabeza. Si pasara algo sería porque tú habrías tomado la iniciativa.

-Entonces puedes esperar hasta que el infierno se congele -le respondió con crueldad.

-Eres asombrosa, ¿lo sabías? -dijo mientras la observaba con los brazos cruzados.

-¿Asombrosa? Sólo te estoy diciendo cómo son las cosas. Esto es un contrato. Nada más y nada menos y será mejor que lo recuerdes.

-Lo recordaré -dijo. Cualquier cosa que pasara entre él y esa enigmática joven, para bien o para mal, quedaría en su memoria para el resto de su vida.

-Bien -dijo bruscamente. Se puso de pie y, después de mirarlo con desprecio con sus preciosos ojos oscuros, se dirigió a la puerta.

El no quería dejarla marchar todavía... quería que se quedara, hablar un poco más; quería conocer mejor a esa maravillosa criatura. Pero su juicio le indicó que fuera despacio. De todos modos, ella tenía que volver a firmar el nuevo contrato. Deseaba volver a verla pronto. Tal vez sería mejor en su casa, allí podrían hablar más y llegar a conocerse mejor.

Y el domingo... ¡sería suya!

Tenía mucho que preparar. No tenía tiempo que perder. Fue hacia la puerta y se despidió de ella:

-Hasta luego, Dione. Te llamaré cuando el contrato esté listo. ¿Estarás en casa?

-No tengo ni idea -le dijo fulminándolo con la mirada.

-Entonces dame tu número de móvil -esperaba que le dijera que no y por eso se sorprendió cuando se lo anotó sin decir nada. Se guardó el

papel en el bolsillo y le estrechó la mano. Ella lo ignoró y salió corriendo como si se la llevaran los demonios.

Aris se sonrió. Casi nunca le faltaba compañía femenina, pero nunca antes se había sentido tan atraído por una mujer como por Dione Keristari.

Cuando Dione salió del edificio de oficinas estaba sufriendo un tormento. Aris quería de ella exactamente lo que más había temido. ¡Una esposa en el sentido completo! Gracias que había podido convencerlo; aunque en el fondo no estaba totalmente segura de que él cumpliera su palabra. Parecía el tipo de hombre que se tomaba el brazo si se le daba la mano.

Todavía no quería volver al hospital, así que se fue al pueblecito donde vivían cerca de Atenas, se sentó en la terraza de una cafetería y pidió un café.

Era duro pensar que Aris Tsardikos había pretendido que se le entregara completamente en cuanto le pusiera el anillo de boda. ¿Cómo no entendía lo que podía suponerle que un completo extraño le hiciera el amor? Dione no quería ni imaginárselo.

Si él no cumplía su parte del trato, ella abandonaría el matrimonio pesara a quien pesara. Y si entonces Tsardikos reclamaba su dinero, su padre tendría que encontrar a otro para que le sacara del problema. Era tan simple como eso.

Pero no, en realidad no era así. No podía decepcionar a su padre. Ya se había decepcionado a sí misma al acceder a casarse, aunque si Aris redactaba el contrato según su propuesta, no podía pasar nada malo. Estaba segura de que era un hombre de palabra y, aunque disfrutaría provocándola, no la obligaría a hacer nada que ella no quisiera.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentada sola intentando asimilar el gran paso que iba a dar.

Tenía que llamar a su madre, y también a Chris, pero no le apetecía hacerlo. Lo dejaría para más tarde. Tal vez para después de la boda, cuando ya no hubiera remedio. ¿Estaba actuando tan mal? ¿Pero cómo podía contárselo en el momento en que se sentía más vulnerable que nunca?

Dos hombres, a cada cual peor, la habían acorralado. Doce meses eran una eternidad si no se era feliz. Era como si la hubieran condenado a la cárcel. Le daba vueltas la cabeza y estuvo horas sentada hasta que Spiros, el dueño, fue a preguntarle si se encontraba bien.

-Dione, llevas aquí sentada mucho rato. Pareces muy preocupada.

Le conocía prácticamente de toda la vida y le sonrió lánguidamente.

-Mi padre está enfermo. Estoy preocupada por él -ojalá hubiera sido tan sólo eso.

-Lo siento. Por favor, mándale recuerdos. Espero que se recupere pronto.

-Yo también, Spiros. Yo también.

La llamada de teléfono se produjo antes de lo que pensaba y le dio un vuelco el corazón al oír la profunda y cálida voz de Aris.

-Dione, ya está. Iré a buscarte. ¿Dónde estás?

-¡No! No hace falta. Yo iré a tu oficina.

-Estoy en casa -le dijo y a Dione se le cayó el alma a los pies.

-¿Quieres que vaya a tu casa?¡Eso sería horrible!

-Pensé que estarías más tranquila.

-Si crees que voy a estar más tranquila casándome con un animal arrogante, entonces estás muy equivocado.

Aris se rió.

-Qué vocabulario tan encantador tienes -su voz se endureció-. ¿Dónde estás?

Dione pensó que era mejor no ponerse en su contra, al menos hasta que el dinero de su padre estuviera se guro en el banco.

-Estoy en la cafetería de Spiros. ¿La conoces?

-No.

No esperaba que lo supiera. No era el tipo de sitio al que él iría.

-Dame tu dirección, yo iré a tu casa.

-Toma un taxi. Hasta luego -dijo Aris con una especie de gruñido.

Su villa era tan grande e impresionante como se había imaginado, con paredes de estuco y tejados rojos y protegida como si fuera una fortaleza. Se bajó del taxi y esperó a que éste se fuera para llamar. Después, subió por un camino con olivos a los lados y vio a Aris esperándola.

Se había cambiado de ropa y se había puesto unos pantalones informales y una camisa blanca que marcaba un torso fuerte. Sus brazos eran musculosos y estaban bronceados. Parecía más joven e imponía menos, pero Dione sabía que aún tenía que andarse con ojo. Se trataba de una visita estrictamente de negocios-.

Era extraño. En dos días ésa sería su casa. Viviría allí con Aris; sería su esposa ante la ley y ante todos sus conocidos. Pero no para ella. ¡Eso jamás! El matrimonio nunca se consumaría.

Era demasiado embarazoso contarle a alguien el verdadero motivo del matrimonio. Durante doce meses actuaría como nunca antes lo había hecho y cumpliría los deseos de su padre, pero al final se alejaría con la cabeza bien alta, orgullosa de que Aris Tsardikos no se

hubiera salido con la suya.

La villa era amplia y la decoración preciosa. Se quedó enamorada de la casa. Aunque era muy grande, no resultaba pretenciosa. Odiaba reconocerlo, pero Aris tenía un gusto exquisito.

-¡Vaya! Esto es una maravilla -dijo sin poder evitarlo.

-Espera a salir fuera -le dijo y le mostró la villa encantado de verla tan entusiasmada.

Enfrente tenían el océano. Había una piscina y un solario rodeados de palmeras y otras plantas formando escaleras que daban al mar. Era un auténtico paraíso.

-Tu casa es una maravilla.

-También será tu casa. ¿Todavía crees que has hecho un mal trato?

-En lo que respecta a mis sentimientos, sí. Pero en lo que respecta a mis sentidos, esto es el mismísimo cielo -la casa de su padre era preciosa pero no se podía comparar. Tenían piscina, pero muy pequeña en comparación y no tenía vistas al mar. Si su padre lo supiera, se moriría de la envidia.

No podía olvidar que estaba haciendo todo eso por su padre. Él la estaba obligando a vivir en ese idílico lugar. Tal vez lo mejor sería no contárselo.

-Me alegra que te guste; con esto ya tenemos media batalla ganada. Vamos al grano, ¿te parece?

Entraron a su estudio, una sala con aire acondicionado y poco mobiliario a excepción de un escritorio y una par de sillas, y le entregó un papel.

Dione se sentó a leerlo y quedó muy conforme. No le estaba pidiendo nada que ella no pudiera darle. El contrato tenía una duración de doce meses desde el día de la boda y después estaría libre. Se divorciaría de ella y depositaría el dinero en la cuenta de su padre el día siguiente a la boda, fuera cual fuera la cantidad de dinero que Yannis necesitara.

Dione pensó que era un contrato muy generoso dadas las circunstancias. Aris no iba a sacar nada y a cambio iba a dar mucho. Tenía que haber una trampa por algún lado. Pero lo leyó tres veces y no vio nada raro. Tomó una pluma y firmó. Aris refrendó.

Ya estaba. El domingo se convertiría en su esposa. Lo único que esperaba era que su padre valorara todo lo que estaba haciendo por él.

El día amaneció con un cielo azul muy soleado. Dione aún no había llamado a su madre. Quería protegerla, no quería que se preocupara ni

que temiera que Yannis pudiera aprovecharse de ella. Jeannie nunca decía nada, pero Dione sabía que a veces temía que su pasado la persiguiera.

Dione no había vuelto a ver a Aris. Le había enviado un impresionante vestido de boda de seda de color marfil y todos los accesorios a juego. Supuso que habría hablado con Phrosini porque ¿cómo si no podía saber su talla?

Pero no le preguntó a su madrastra; no le vio sentido. Ya estaba hecho. Tenía que casarse con Aris y no había remedio. Hubiera preferido llevar un traje color perla, pero se veía obligada a vestirse como si se tratara de una boda auténtica y ellos estuvieran realmente enamorados.

Había oído que iban a acudir muchos invitados. Se iban a casar en la capilla del hospital para que Yannis pudiera estar presente. No había duda de que quería asegurarse de que Dione no saldría corriendo en el último momento, lo cual era muy tentador.

Cuando pasaban unos minutos de las tres, Dione se convirtió en la esposa de Aris y rompió a llorar. Todos aplaudieron y nadie, excepto Phrosini y Yannis, supo que no era una auténtica boda.

-Estás preciosa, señora Tsardikos -dijo Aris mientras salían de la capilla decorada con miríadas de flores atadas con lazos de suave satén.

-No creo que esté preciosa. Siento que soy un fraude.

-No permitiré que digas eso -declaró de manera cortante y le apretó la mano-. A ojos de todo el mundo eres la bella chica que le ha robado el corazón a Aris Tsardikos. Serás muy famosa, agapi mou.

Dione gruñó para sus adentros. No había pensado en el revuelo que causaría su boda con Aris. Había esperado, era más, había rezado por que fuera un acto tranquilo, pero los invitados habían llegado en masa al hospital y habían abarrotado los pasillos.

La recepción se estaba celebrando en la villa de Aris y cruzaron por un camino repleto de coches que habían trasladado a todos los invitados desde la ciudad. Los jardines y las terrazas estaban decorados con flores y guirnaldas, una banda estaba tocando y la comida era exquisita.

Aris pronunció un discurso diciendo lo afortunado que era. Dione se sonrojó. Los padres de Aris le dijeron que había hecho a su hijo un hombre muy feliz, y su hermana, Alexandra, no se lo podía creer.

-Nunca pensé que Aris volvería a casarse después de lo que pasó -le dijo a Dione-. Es más, juró que nunca lo haría. Debes de ser alguien muy especial para haberle hecho cambiar de opinión.

Capítulo 4

ARIS había estado casado antes! Dione miró a Alexandra con incredulidad.

-No te lo ha contado, ¿verdad? Lo cierto es que no me sorprende, porque nunca habla de ello. Jamás. Es como si hubiera borrado de su vida lo que le pasó.

-Pero... ¿qué pasó? -preguntó Dione. Por alguna razón, el corazón le latía con mucha fuerza.

-Quizás debería dejar que Aris te lo contara -dijo Alexandra, que pareció sentirse incómoda.

Era casi tan alta como Aris y muy delgada. Tenía el pelo oscuro y cortado con mucho estilo y resultaba muy atractiva con un vestido de diseño verde claro.

-No puedes detenerte ahora -protestó Dione.

-No hace mucho que os conocéis, ¿verdad? -preguntó la hermana de Aris con prudencia.

Dione negó con la cabeza, no quería darle explicaciones. La ceremonia había pasado por su cabeza como un sueño; no recordaba nada. Ni siquiera el momento en que dio el «sí, quiero». De lo único que se había dado cuenta era de la presencia de Aris, alto y fuerte, a su lado y del momento en que se había tambaleado y él le había agarrado la mano en un gesto de apoyo.

Alexandra sonrió:

-¿Amor a primera vista? Y eso que dicen que nunca ocurre. Se nota que estáis hechos el uno para el otro. Ha estado viviendo en su propio mundo desde que se divorció. Nunca fue un matrimonio feliz, permanecieron juntos por el bien de su hijo. Eres lo mejor que le ha pasado.

-¿Aris tiene un hijo? -preguntó con voz entrecortada y el corazón latiéndole con más fuerza.

-Murió con sólo once meses. Creo que Aris no lo ha superado. Katina lo abandonó después. Se divorciaron rápidamente.

-Debió de ser terrible para él -dijo Dione respetuosamente y viendo a Aris con otros ojos-. No es de extrañar que no pueda hablar de ello -y en ese mismo momento decidió que nunca le diría que lo sabía. A menos que fuera él quien sacara el tema. Y eso era muy poco probable, dadas las surrealistas circunstancias que los rodeaban.

El día parecía interminable. Aris permaneció a su lado mientras una riada de amigos y parientes les daban la enhorabuena, y nadie habría dicho que el suyo no era un matrimonio auténtico. La forma en que él la miraba, la forma en que le acariciaba el codo, en que la sonreía, hizo que todo pareciera muy real. Y Dione también sonrió hasta que le

dolió la cara, fingiendo una felicidad que estaba muy lejos de sentir.

-Actúas muy bien -dijo Aris en voz baja después de oírla asentir que estaban hechos el uno para el otro.

-Tú también.

Phrosini salió del hospital y fue a darle la enhorabuena.

-Tu padre está muy agradecido por lo que estás haciendo.

Dione estuvo a punto de decir que no era para menos, pero no quería disgustar a su madrastra y le respondió con una sonrisa.

-Aris ha tenido buen gusto con el vestido -era fino y elegante y hacía parecer a Dione todavía más alta de lo que era.

-Está preciosa -asintió Aris como si fuera el orgulloso novio-. Creo que nuestro matrimonio será muy agradable y, sin duda, emocionante.

Dione quería preguntarle en qué sentido sería así, pero no delante de Phrosini. ¿Tal vez se refería a todas las discusiones que iban a tener? No podía ser en un sentido sexual. De eso estaba segura. Y cuando Phrosini se apartó y se quedaron solos un momento, le preguntó qué había querido decir.

-¿En qué sentido nuestro matrimonio va a ser emocionante?

-Es fácil -dijo encogiéndose de hombros-. Contigo no habrá ni un momento de aburrimiento, mi dulce Dione. Van a saltar chispas, de eso estoy seguro, como también lo estoy de que llevas todo el día deseando estar en cualquier parte menos a mi lado. Has pasado la prueba de forma admirable. Quizás es hora de que te felicite por ello -inclinó la cabeza para besarla.

Dione se puso tensa y se movió para que sus labios rozaran su mejilla. Lo habría empujado de no ser porque él la agarró del brazo y le advirtió:

-Cuidado, agapi mou, nos están mirando.

Así que Dione volvió a sonreír, ocultando el disgusto que la quemaba por dentro. Menos mal, pensó, que no había accedido al primer contrato, porque de lo contrario se habría visto en su cama esa misma noche. ¡En la cama de un extraño! Sintió escalofríos.

-¿Tienes frío? -preguntó Aris con ojos de preocupación.

-He sentido un escalofrío por la espalda -en ese momento sintió que estar casada con ese detestable marido era lo mismo que estar muerta.

Pero no era así. No era detestable. Era un hombre viril y muy apuesto e increíblemente rico, lo que le hacía atractivo a ojos de la mayoría de las mujeres. Si ella hubiera sentido lo mismo que todas ellas, habría sido mucho más fácil. Pero el hecho de que la hubieran vendido hacía las cosas muy distintas. Para Aris no significaba más que una posesión, algo que había podido comprar con todos sus

millones.
De hecho, se sentía sucia y le habría encantado salir corriendo y darse una ducha hasta sentirse limpia y pura otra vez. Había cometido un pecado al casarse con Aris. Había hecho promesas en la capilla que sabía que no podría cumplir.
Se sintió aliviada cuando el día acabó, todo el mundo se había ido y ella pudo por fin dejar de fingir y relajar la cara.
-Bien, señora Tsardikos -dijo Aris con una sonrisa de satisfacción-, he hecho muchas adquisiciones en mi vida, pero ninguna tan satisfactoria como ésta.
-¿Satisfactoria? -no le gustó la expresión de su cara; era como si estuviera imaginando futuros placeres. Si pensaba que podía hacer caso omiso de su contrato, estaba muy, muy equivocado. No dudaría en salir de allí en ese mismo instante.
-Lo que quiero decir es que eres la mujer más bella que un hombre podría desear. Me llovían las felicitaciones.
-¿Y qué entiendes exactamente por mujer?
-Pues eso. Una señora elegante y bella. Alguien a quien me encantará lucir.
-¿Y eso es todo?
-¿Qué más podría ser? A menos, claro está, que estés cambiando de opinión y quieras compartir mi cama -sus ojos oscuros atraparon los de Dione y le fue difícil apartar la mirada.
El corazón de Dione latía más y más fuerte.
-¡Jamás en la vida!
Aris sonrió como si estuviera seguro de que algún día cambiaría de opinión.
-¡Lo digo en serio!
-Entonces, ¿por qué estás tan asustada? -preguntó-. Puedes cerrar tu puerta con llave si quieres. Soy un hombre de palabra, Dione, por si no lo sabías. Como ya dije, serás tú quien dé el primer paso.
Dione sintió que su cuerpo se relajaba y sonrió de verdad por primera vez en el día.
-Eres un hombre honesto, Aris, y te agradezco que ayudes a mi padre.
-Todavía no tiene el dinero -señaló.
-Espero que no vayas a faltar a tu palabra. Yo he cumplido mi parte del trato.
-Y lo tendrá en su cuenta a primera hora de la mañana.
Miró fijamente a Dione, que volvió a sentir un ligero desasosiego. ¿Y si estaba mintiendo? ¿Y si quería llevársela a la cama antes de pagar a su padre? Cuanto antes se fuera a su habitación y se encerrara, mejor.

Fingió un bostezo:
-Estoy cansada, Aris. Me gustaría irme a dormir.
-Huyes, ¿verdad? -se burló.
Dione se mantuvo firme, alzó la barbilla y fijó la mirada en esos ojos oscuros y peligrosos.
-En absoluto. Ha sido un día muy largo -se maldijo al sentir una especie de palpitación en la boca del estómago. Se lo achacó a los nervios. No podía haber otra causa, ¿verdad?
-Te acompaño arriba. Puede que yo también me vaya a dormir. Como dices, ha sido un día duro. Pero satisfactorio a la vez, ¿no te parece?
-En lo que respecta a mi padre, sí. Pero no para mí. Estos doce meses van a ser un infierno.
-¿Y harías eso por tu padre? ¿Te someterías a pasar un infierno por él?
Dione asintió con la cabeza, sin atreverse a hablar. Visto así, parecía como un gran gesto desinteresado por su parte. Lo cierto era que si Yannis no hubiera estado muriéndose, no lo habría hecho. Si Phrosini no la hubiera convencido... Comenzó a llorar y se giró:
-Buenas noches, Aris.
-Buenas noches, mi preciosa esposa -respondió al acercarse a la puerta-. ¿Puedo darte un beso? ¿Para cerrar el trato, tal vez?
Dione quería negarse, no quería que hubiera contacto entre ellos, pero también sabía que eso sería una grosería. Iba a ser un beso breve, sus labios simplemente se rozarían.
Le puso la mano en el pecho para empujarlo en caso de que él intentara acercarse demasiado, y sintió un apasionado calor entre la palma de su mano y su corazón y entonces supo que estaba en peligro.
Pero ya era muy tarde para echarse atrás.
Al inclinar la cabeza, sus párpados se iban cerrando y ocultaban la expresión de sus ojos, pero su dedo debajo de la barbilla de Dione parecía estar dejándole huella como un hierro ardiendo. Las cosas no estaban marchando como ella quería.
Pero sorprendentemente, el beso fue comedido. Sus labios se tocaron y se separaron con rapidez.
Dione sintió un gran alivio y su cuerpo se relajó; se habría caído al suelo si Aris no la hubiera tomado en brazos. Abrió la puerta de la habitación con el pie y la echó suavemente sobre la cama.
-Gracias -susurró-. No sé qué me ha pasado.
-¿Estarás bien? ¿Quieres que mande a alguien para que...?
-¡No! -lo interrumpió Dione-. Ya estoy bien. Quisiera estar sola.

Aris apretó los labios y se dio la vuelta. El alivio de Dione no pudo ser mayor cuando finalmente salió por la puerta y la cerró. Posiblemente ése había sido el peor día de su vida y lo único que quería era dormirse y olvidarlo.

Aris entró en su habitación, se arrancó prácticamente la ropa y la dejó tirada por el suelo antes de darse una ducha fría. ¡Maldita fuera Dione! ¡Maldita fuera toda la familia Keristari!

El dinero no importaba; para él no significaba nada, pero Dione... era otro cantar. El había firmado el condenado contrato, había prometido no tocarla. ¿Cómo iba a poder cumplirlo?

Un único roce le había hecho darse cuenta de que la deseaba demasiado. Era la tentación personificada. No podía imaginarse los próximos días sin tocarla, sin besarla, sin hacerle el amor. Sería horroroso.

¿Y si se marchaba y dejaba que se las arreglara sola? ¿Y si se daba la vuelta al mundo y la dejaba sola? ¡Tal vez debería irrumpir en su habitación y poseerla! Ese último pensamiento avivó más el fuego que sentía por dentro.

¡Maldición! ¡Maldición! ¿Qué había hecho?

Pasó mucho tiempo hasta que Aris salió de la ducha, pero no se sintió mejor. Era una pesadilla, una pesadilla de la que no podía escapar... al menos no durante doce meses. Y podía ser que ni siquiera entonces pudiera escapar de ella.

Con una toalla atada por debajo de la cintura, caminó de un lado a otro de la habitación. Parecía un león enjaulado dando vueltas hasta que al final salió a la terraza y se sentó a mirar el océano.

Cerró los ojos, pero lo único que veía era la preciosa cara de Dione y el pensamiento de que nunca sería suya le atravesaba el corazón como una flecha. Había planeado jugar con calma, hacer que ella se enamorara de él sin que se diera cuenta... pero ¿cómo iba a hacer eso si su cuerpo ardía sólo con imaginarla tumbada en la habitación de al lado? ¿Si lo único que quería era entrar allí y hacerle el amor durante toda la noche?

Era lo que los recién casados solían hacer.

Qué error había cometido al pensar que podía jugar a ese tipo de juegos. Con otras mujeres, tal vez sí. Pero no con Dione Keristari. Había caído desde el primer momento en que la vio, a pesar de lo desesperada que parecía. Admiraba su valor y su lealtad; era más fuerte de lo que él jamás pudiera llegar a ser.

Se levantó y dio vueltas por la terraza, que recorría toda la casa y a

la que daban todas las habitaciones de arriba. Se detuvo cuando al doblar una de las esquinas vio a Dione apoyada en la baranda mirando el océano, como él había hecho unos segundos antes. En cuanto lo vio, se giró para entrar en su habitación, pero él le agarró la mano.

-Por favor, no te vayas.

Cuando se detuvo, de mala gana, él se movió hacia ella despacio.

Se había quitado el vestido de novia que él había elegido tan cuidadosamente y ahora llevaba un camisón de seda color crema que apenas le cubría el pecho ni el trasero. Claramente lo habían diseñado para tentar hasta al hombre más duro y se preguntó por qué habría decidido ponérselo precisamente esa noche.

Inmediatamente, ella tomó un chal y se cubrió como si acabara de darse cuenta de que estaba casi desnuda.

-No podía dormir -dijo, como disculpándose.

-Yo tampoco -admitió ella.

-Pensé que el sonido del océano te ayudaría a quedarte dormida.

-Pues no. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

-A mí me pasa lo mismo.

Qué conversación tan banal estaba manteniendo con la que desde hacía pocas horas era su mujer, pero ¿qué más podía decir? Había prometido guardar las distancias, pero lo estaba volviendo loco. Esa visión tentadora de su cuerpo había hecho que sus niveles de testosterona subieran como nunca antes lo habían hecho.

-Sentémonos a observar el océano juntos -dijo con una voz lo más normal que pudo-. ¿Te apetece beber algo?

-No, gracias, pero sí, me sentaré contigo.

Proponerle que se sentaran juntos era lo único que se le había ocurrido para que ella no se marchara. Pensar en no volver a verla le resultaba terrible. Había sido una sugerencia estúpida, pero lo único que esperaba era que el tiempo borrara el resentimiento que ella sentía hacia él.

La luna estaba casi llena e iluminaba el agua como una luz fluorescente de tal modo que incluso sin lámparas en la casa, Aris podía ver claramente la cara de Dione. Parecía triste y etérea y el no poder acariciarla resultaba muy difícil.

-¿Cómo está Yannis? -preguntó.

-No lo sé.

-En la boda parecía estar muy débil.

-Lo está. Phrosini está muy preocupada.

-¿Y tú? ¿Estás preocupada?

-Claro -respondió tras una breve pausa-. Quiero a mi padre. ¿Por qué

si no me habría metido en todo esto?

Él quería decir que Keristari no se merecía su amor, pero también quería que en esos minutos juntos hubiera paz, así que se mordió la lengua.

-¿Crees que el dinero hará que se recupere?

En su fuero interno, y después de haberlo visto en la boda, Aris estaba seguro de que no. Parecía estar a las puertas de la muerte.

-La falta de dinero es lo que lo enfermó -le dijo con arrepentimiento-, así que supongo que sí. Todo lo que podemos hacer es rezar y esperar.

-Eres una buena hija.

Dione no respondió. Parecía inmersa en sus propios pensamientos, se sentaron el uno junto al otro en butacas de mimbre y meditaron sobre los acontecimientos que los habían unido.

Al momento se dio cuenta de que ella se había que dado dormida y con cuidado la tomó en sus brazos y la llevó a la cama, donde la echó y la cubrió con una sábana. No se despertó y él se quedó allí de pie mucho rato mirando a esa bella e intocable dama.

Cuando volvió a su habitación no durmió. Se pasó toda la noche pensando en Dione y preguntándose si realmente sería posible hacerle cambiar de opinión.

Cuando Dione se despertó, lo primero que pensó fue que no recordaba haberse metido en la cama. Podía recordar haber estado sentada en la terraza con Aris, pero nada más después de eso. Su cuerpo primero sintió calor y luego frío al pensar que él podría haberla metido en la cama. Y si había sido así, ¿qué más había hecho? ¿La había mirado? ¿La había tocado? No tenía la bata puesta; sólo ese ridículo y minúsculo camisón. ¿Qué la había hecho ponérselo precisamente esa noche? ¿Qué impresión le habría causado?

Se levantó de un salto y se dio una ducha fría antes de ponerse un top suelto de algodón y unos vaqueros cortados. No quería causarle a Aris una impresión equivocada.

Pero había perdido el tiempo. Cuando bajó, él no estaba allí y el ama de llaves le dijo que se había ido a la oficina.

-Me dijo que le dijera que lo sentía mucho, al ser éste su primer día de matrimonio, pero que le había surgido algo importante. Dijo que esta noche se lo compensaría.

-Gracias -dijo en voz baja.

Dione pasó el día nadando, tomando el sol y visitando a su padre. No parecía estar mejor y estaba preocupado por saber cuándo iba a tener el dinero en su cuenta.

-Yo he cumplido mi parte del trato -le aseguró-. Aris ha ido a la

oficina; supongo que está preparándolo todo.

-Más le vale -refunfuñó Yannis.

No parecía interesado en el hecho de que su hija hubiera vendido su alma; lo único que quería era el dinero. Dione lo odiaba por ello y no se quedó mucho rato. Y cuando volvió a casa, Aris se encontraba allí.

-¿Dónde has estado? -preguntó con un gesto tan sombrío que podría haber convertido el día en noche.

-Viendo a mi padre -respondió altiva-. ¿Te importa mucho lo que haga?

-Pensé que te habías marchado.

-¿Por qué iba a hacer eso? -preguntó.

-Anoche no estabas feliz.

-Tampoco lo estoy hoy, pero eso no significa que no cumpla con mi parte del trato -respondió acaloradamente-. ¿Has ultimado lo que estaba pendiente?

Aris asintió con la cabeza:

-Así que ya nos podemos ir de luna de miel. He pensado en Inglaterra. He supuesto que te gustaría presentarme a tu madre. ¿Ya le has contado que tiene un yerno?

Capítulo 5

CUANDO el avión de Aris aterrizó en Inglaterra, Dione sintió que se le caía el alma a los pies. Pensar en contarle a su madre que se había casado en secreto era terrible. Pero también estaba Chris. ¿Cómo iba a explicárselo?

Aris había hecho todo lo posible por darle conversación durante el vuelo, por lo que Dione se había encerrado en su deprimente mundo y lo había ignorado.

-Si no haces ningún esfuerzo, Dione, todos sabrán que nuestro matrimonio es una farsa. Y te advierto que si se filtra, tu padre se verá metido en más problemas que nunca. Un contrato es un contrato. Será mejor que lo recuerdes.

Sus oscuros ojos, casi de un negro azabache, traspasaron su cráneo como si fueran los taladros de un cirujano, a Dione se le heló todo el cuerpo. No había duda de que ese hombre había hablado en serio.

-No incumpliré nuestro contrato -le respondió con la cabeza bien alta y con unos ojos tan oscuros y amenazadores como los suyos-. No temas.

-Entonces, ¿a qué viene ese distanciamiento? -preguntó acercando su cara a la de ella-. ¿Por qué un viaje entero callada como una tumba? ¿No crees que esto es tan malo para mí como para ti?

-Vete al infierno, Aris. Estás disfrutando con esto. Te refugias en el poder que tienes, lo es todo para ti.

-Poder en un sentido comercial, sí -asintió-, pero en lo que respecta a mi vida privada es muy distinto. No quiero que sientas que tienes que ponerte una máscara ante el resto del mundo; quiero que disfrutes el estar casada conmigo. Quiero que te relajes y que te diviertas, y yo también quiero disfrutarlo. Podríamos hacerlo, Dione, si no me miraras como si fuera una especie de monstruo.

Dione casi se rió, ya que así era exactamente como lo veía. Un gran monstruo depredador, que lo tomaba todo y no daba nada. La había tomado a ella a modo de pago por ayudar a Yannis y ella no pensaba que estuviera muy equivocada al pensar que en algún momento de la relación, él reclamaría su trozo de carne. Las promesas se hacían para romperlas y eso no le haría perder el sueño a Aris Tsardikos.

-Delante de alguien importante, seré la esposa perfecta -le aseguró con frialdad-. Pero cuando estemos solos… -se calló a propósito para decirle sin palabras que sería mejor que no esperara nada que no estuviera en el contrato.

A Aris se le habían ensanchado las aletas de la nariz cuando se giró para mirar por la ventanilla, y ahora que habían aterrizado, su mano encima de su brazo ayudándola a bajar era como una empuñadura de

hierro.

Un coche los recogió y los llevó a un ático en el South Bank de Londres y en todo ese rato ninguno de los dos habló. Las vistas de la ciudad desde las ventanas que iban desde el suelo hasta el techo eran impresionantes, pero Dione no tenía humor para admirar nada. Tampoco hizo ningún comentario sobre la elegante decoración, ni sobre el hecho de que su habitación y la de Aris estuvieran comunicadas por una puerta.

-¿Cuándo voy a conocer a tu madre? -preguntó después de que se hubieran dado una ducha y se hubieran cambiado de ropa-. Tal vez deberíamos invitarla a cenar fuera si crees que así va a resultar más fácil. En un sitio con mucha gente no le dará un ataque de nervios.

Se había puesto unos chinos negros y un polo con el cuello abierto que dejaba ver el vello oscuro de su pecho. A Dione no le gustaban los hombres con pelo en el pecho, pero tenía que admitir que ver a Aris así le dio ganas de tocarlo para averiguar si su vello era suave y fino o fuerte y tupido.

-Mi madre no se va a poner histérica. Se quedará sorprendida, incluso impactada, pero aceptará la noticia con tranquilidad, igual que hace siempre.

Aris se acomodó más en la silla, estiró las piernas y cruzó los pies.

-No parece que tuviera nada que ver con Yannis Keristari.

-Supongo que no -respondió encogiéndose de hombros.

-Cuéntame algo sobre ella. Cuéntame por qué no funcionó su matrimonio.

-Preferiría no hablar de ello -no estaba preparada para hablar de eso con Aris. Lo cierto era que él era el yerno de su madre y que debería contárselo, pero para ella todavía era un extraño que no se merecía que le contara unos detalles tan íntimos. Dudó que se lo llegara a contar algún día.

-A veces ayuda -dijo, con una comprensión que la sorprendió. Ella no se había dado cuenta de que estaba revelando su tormento interior, aunque no sabía por qué después de tantos años le seguía haciendo tanto daño. A pesar de ese refrán que decía que el tiempo lo cura todo, aquella herida parecía que nunca fuera a desaparecer.

Dione se levantó de la silla y se dirigió a la ventana, dándole la espalda a Aris.

-¡No en este caso! De todos modos, y dado que el nuestro no es un matrimonio normal, no creo que esto sea asunto tuyo.

-Me gustaría que lo fuera -se había levantado sin hacer ruido y se había dirigido hacia ella en silencio. Al oír su bronca voz junto a su oído, Dione dio un respingo.

Se volvió rápidamente y se encontró cara a cara con él, estaban prácticamente pegados el uno al otro. El calor de su cuerpo se acercó a Dione como una mano invisible y, aunque ella quería moverse, no quería darle la satisfacción de saber que la molestaba.

Así que se quedó quieta como una roca y mirándole a sus impresionantes ojos negros. En ellos se reflejaba el azul del cielo y el gris de los edificios, haciendo que adquirieran una mezcla de tres colores. Eran brillantes como el cristal y la tuvieron subyugada durante varios segundos.

-Ahora no, Aris -dijo en voz baja, sin estar muy segura de si estaba diciendo no a algo más que a su pregunta. A algo más peligroso. Porque eso era lo que parecía. Se puso nerviosa cuando él empezó a mirarla. La miraba de un modo tan intenso que sabía que tenía que moverse, y moverse de inmediato. ¿Pero entonces, por qué sintió como si sus pies estuvieran pegados al suelo?

Al final fue Aris quien se apartó, pero antes sonrió con satisfacción.

-Si tú no puedes tomar una decisión, lo haré yo -dijo-. Iremos a ver a tu madre, le daremos la noticia y, si no ha cenado, la llevaremos a cenar fuera.

-¿Y qué pasa si no está en casa? -preguntó, queriendo alargar ese momento todo lo posible.

-Ese problema lo resolveremos cuando llegue el momento. Algo me dice que no estás deseando contarle a tu madre que estamos casados. Será un impacto, lo sé, y se sentirá decepcionada de que no la hayamos invitado, pero déjamelo a mí... haré que se alegre.

Y Dione no dudó de que así fuera.

Aris Tsardikos era un auténtico cautivador. Sólo a un día de haberse casado sin que ella quisiera, ya estaba empezando a sentir una ligera atracción física. Nunca podría ser nada más. Lo odiaba por haberle tendido esa trampa, pero tenía que admitir que era el hombre más sexy que había conocido en mucho tiempo. Chris no era nada comparado con él.

¿Tal vez ése era el momento de hablarle a Aris sobre Chris, antes de que su madre se adelantara y lo mencionara? Pero él ya la estaba llevando hacia la puerta y no tuvo ocasión.

Dione tenía llave de la casa de su madre, pero en lugar de entrar, llamó al timbre y esperó. Notaba la presencia de Aris, alto y autoritario, detrás de ella. Tuvo que llamar una segunda vez antes de que abrieran la puerta.

-Cariño -dijo Jeannie, con sus ojos azules iluminados mientras le daba un abrazo-. ¡Qué sorpresa tan maravillosa! Creía que todavía estabas en Grecia -entonces vio a Aris y en su rostro se reflejó una

expresión de extrañeza-. Pasad.
La siguieron hasta su pequeño y abarrotado pero agradable salón y Dione notó cómo Aris lo llenaba con su presencia. Era un hombre enorme, mientras que su madre era pequeña y muy frágil y con un pelo castaño que estaba empezando a ponerse gris.
-¿Cómo está Yannis? -preguntó Jeannie, aunque estaba claro que todavía se estaba preguntando quién era el acompañante de su hija.
-No está bien -respondió Dione, contenta de que el momento de la presentación se retrasara. No tenía ni idea de cómo se lo tomaría su madre. En ese momento Jeannie no podía apartar la vista de Aris. ¿Y quién podía culparla por ello? Era guapísimo y desbordaba encanto. Y aunque hasta el momento no había dicho ni una palabra, su sonrisa ya lo había dicho todo.
-Lamento oír eso -respondió su madre-. ¿Y éste es... un amigo de tu padre?
-Pues... la verdad es que no. Bueno, sí, supongo que sí; se conocen por los negocios.
-Entiendo.
Dione sabía que no era así, y que cada vez se iba a ir enfadando más. Iba a ser bastante peor de lo que se había imaginado. Y sin darse cuenta empezó a juguetear con los anillos que llevaba en el dedo, el enorme solitario de diamante y la maravillosa alianza de oro.
Jeannie gritó:
-¡Dione, te has casado!
Aris intervino para ayudarla.
-Y yo soy el afortunado. Mucho gusto en conocerla, señora Keristari.
El silencio se apoderó de la habitación, lo único que se oía era el tictac de un viejo reloj de pie.
Dione no sabía el tiempo que había pasado, pero para ella eran horas. La cara de su madre mostraba sorpresa y consternación. Como mujer que no daba rienda a sus emociones, dejó que sus ojos hablaran por ella. Y no parecía estar feliz.
Aris fue el primero en hablar:
-Soy Aris Tsardikos, pero me llaman Aris -y tendió su mano.
Jeannie tardó en estrecharla, y ni siquiera entonces habló; tenía los ojos empañados y llenos de desconfianza.
-Siento que nuestro matrimonio le haya impactado, señora Keristari -dijo, con una cálida y tranquilizadora sonrisa-. Tengo que admitir que ocurrió todo muy deprisa. Pero cuando el amor llega, ¿por qué esperar? -echó un brazo sobre los hombros de Dione y la besó en la boca.
Un escalofrío le recorrió la espalda. Aunque el beso no había

significado nada, desencadenó una reacción completamente inesperada. Algo que tendría que analizar más tarde. No sabía si maldecir a Aris o darle las gracias. No había decidido aún si contarle la verdad a su madre o mentirle diciéndole que Aris y ella estaban felizmente casados.

Estaba claro que Jeannie no aprobaría que se hubiera casado con Aris para ayudar a su padre. No después del modo en que las había tratado a las dos. Así que tal vez era mejor que su madre no supiera la verdad. Al menos, no en ese momento. Tal vez en el futuro, cuando todo hubiera pasado, cuando Aris y ella se hubieran divorciado y ella pudiera seguir con su vida.

Ahora Jeannie tenía la mirada puesta en Dione para preguntarle cómo había ocurrido.

-Lo siento, mamá. Sé que te ha impactado, pero pasó como ha dicho Aris. El amor nos golpeó como un rayo. Sabíamos que teníamos que estar juntos.

-Me lo podrías haber dicho -susurró la mujer.

-Lo sé, pero ni siquiera había tiempo para que llegaras a Grecia para la boda. De todos modos, tampoco pensaba que fueras a venir por...

-Lo entiendo -dijo, aunque estaba claro que no entendía el porqué de tanta prisa-. Bienvenido a la familia, Aris -dijo con educación.

-Me disculpo por no habérselo hecho saber -dijo, tomando su mano y besándola en un gesto desmesurado-. Nos casamos anteayer... fue todo tan rápido... pero decidimos que nuestra prioridad era venir y contárselo. Su hija es maravillosa y creo que vamos a ser muy felices.

-Ya lo somos -asintió ella.

Y después de unas cuantas más palabras reconfortantes por parte de Aris, Jeannie se relajó, sonrió y les deseó lo mejor.

Cuando, unos minutos después, se sentaron a tomar un té, Dione pensó que el primer mal trago ya había pasado. Aris ya tenía a su madre comiendo de la palma de su mano e incluso la hacía ruborizarse cuando la adulaba diciéndole que parecía demasiado joven como para tener una hija casada.

-¿Sabe Aris lo de Chris? -preguntó su madre cuando Aris se excusó para atender una llamada de negocios.

Dione negó con la cabeza y parecía sentirse culpable.

-¿Por qué no?

-No le vi sentido a contárselo.

-Sé que Chris no sabe nada de esto porque lo vi ayer. ¿Qué vas a decirle? En serio, Dione, esto no es propio de ti. Siempre juraste que nunca te casarías con un griego después de lo que pasó con tu padre.

Dione podía entender la preocupación de su madre en lo que

respectaba a Chris. Ella misma estaba preocupada por cómo se lo iba a decir. ¿Tal vez podría convencer a su madre para que se lo contara ella? No, eso no sería justo; hacer eso sería de cobardes. Tendría que ir a verlo y esperar que no se enfadara demasiado.

-Aris es distinto a mi padre. Nunca me hará el daño que mi padre te hizo a ti.

-Espero que tengas razón.

-Señora Keristari -Aris entró en el salón-. Me gustaría mucho que nos conociéramos más. Permítanos que la llevemos a cenar. Tomaremos su comida favorita, su vino favorito y...

-Por favor, llámame Jeannie -lo interrumpió-. Y gracias por el ofrecimiento, pero ya he cenado. Estaba a punto de sentarme a ver mi programa favorito.

-Entonces la estamos molestando. Lo siento. ¿Qué tal mañana por la noche?

-Mañana... yo...

Cuando su madre dudaba, Dione sabía que estaba buscando una excusa. No quería cenar con Aris. Su madre no estaba acostumbrada a tantos halagos ni a tanta atención... lo encontraba embarazoso. Y cuando sonó el timbre de la puerta, Jeannie se levantó corriendo a contestar.

-No presiones a mi madre -le avisó Dione-. La estás abrumando. Ella lleva una vida muy sencilla.

-Ya me estoy dando cuenta. No te pareces en nada a ella, ¿verdad? Eres la persona con más agallas que he conocido. Supongo que en eso te pareces a tu padre.

-Simplemente sé cómo hacerme valer -respondió Dione-. Mi madre no sabe. No obstante, es la mujer más dulce que existe. Odio haberla mentido sobre lo nuestro. Aunque se lo ha tomado sorprendentemente bien, después del impacto inicial. Y yo...

-¡Dione! ¡Estás en casa!

Sus palabras fueron interrumpidas por una voz muy familiar y un par de brazos fuertes la levantaron del suelo y le dieron una vuelta en el aire. Dione se fijó en su madre que movía la cabeza diciéndole que no le había dicho nada a Chris sobre Aris. Parecía aterrorizada. Jeannie odiaba los altercados, haría lo que fuera por evitarlos, y ahora se iba a ver inmersa en uno.

Y claro, Aris tampoco sabía nada de Chris.

Capítulo 6

CUANDO Chris la bajó e intentó besarla, Dione lo apartó. Eso sí que era lo peor que podía pasar. No tenía ni idea de que Chris visitaba a su madre. Lo que ella esperaba era haber ido a verlo sola, haberle contado la noticia sin tener a Aris justo detrás de ella.

Chris era mucho más bajo que Aris, con el pelo rubio rojizo y la tez clara. Durante muchos meses había creído que estaba enamorada de él y se había deprimido bastante al enterarse de que él y su antigua novia se estaban viendo de nuevo. De hecho, cuando se fue a Grecia se había quitado el anillo. Por alguna razón no había querido que su padre lo supiera y por otro lado había empezado a pensarse lo de casarse con él. Si salía con una antigua novia antes de casarse, ¿qué no haría después?

¿Tal vez fue ése uno de los motivos por los que aceptó casarse con Aris?¿De verdad no lo habría hecho de haber estado profundamente enamorada de Chris? ¿Si hubiera confiado totalmente en él?

Al fin Chris se dio cuenta de que había alguien más en la habitación. Un hombre alto, de aspecto griego y con una expresión dura marcada en su bello rostro.

Dione dudó por una fracción de segundo, sabía que la noticia le haría daño, pero tenía que acabar con aquello y, cuanto antes, mejor.

-Chris, éste es Aris, mi... mi marido.

-¿Marido? ¿Estás casada? -la voz de Chris adquirió un tono ensordecedor y su rostro se encendió-. ¿Qué demonios está pasando? Se supone que estamos prometidos.

Dione oyó a Aris respirar hondo y no se atrevió a mirarlo.

-Iba... Iba a contártelo, Chris, pero todo pasó tan deprisa. Me enamoré perdidamente de Aris. Me pidió que me casara con él, acepté, y dos días después estábamos casados. Lo siento mucho.

-Seguro que lo sientes -dijo Chris con desdén-. Un idiota con mucho dinero te hizo perder la cabeza -le lanzó una mirada de desprecio a Aris-. Y no te molestes en negarlo, machote, porque ya me he encontrado con otros de tu clase. He visto la limusina fuera, me pregunté de quién sería. Eres un partidazo, ¿eh?

-Me parece que no lo entiendes del todo -dijo Aris sin alterar la voz, aunque Dione podía ver el fuego en sus ojos.

-Entonces explícamelo -respondió Chris lanzando con sus ojos azules una mirada beligerante.

Dione nunca había visto ese lado de Chris. Al principio, se había sentido mal por él, pero ahora él se estaba comportando como un loco.

-En mi opinión -respondió Aris con furia contenida-, Dione no debía

de estar muy enamorada de ti; de ser así, no se habría fijado en mí.

-Así que eso es lo que piensas, ¿eh? Eso demuestra lo poco que sabes. Está claro que la enamoraste con tu dinero.

-Y crees que el dinero es importante, ¿verdad? ¿Crees que Dione abandonaría al amor de su vida, si eso es lo que crees que eres, por tener dinero? Me parece, amigo mío, que no conoces nada a Dione.

Dione los miró a los dos y puso su mano en el brazo de Chris.

-¡Por favor, dejadlo ya!

-¿Por qué tengo que callarme? -respondió Chris con rabia. La apartó y se puso enfrente de Aris-. Debería darte una paliza.

-Adelante -respondió el apuesto griego con los brazos cruzados sobre su impresionante pecho.

Chris fue el primero en echarse para atrás, pero sus ojos seguían brillando de ira.

-Creo que deberíamos irnos -susurró Dione a Aris.

-No hasta que no se vaya él -respondió calmado-. No quiero que se quede molestando a tu madre.

Chris miró a Jeannie como rogándole que le dejara quedarse, pero la madre de Dione hizo un gesto con la cabeza.

-Creo que será lo mejor -dijo Jeannie.

Cuando Chris ya se había marchado, dando un gran portazo, Dione le tomó una mano a su madre.

-Lo siento muchísimo. Nunca pensé que Chris se comportaría así. No es el hombre que yo creía. ¿Te visita muy a menudo?

-Un par de veces a la semana. A veces, más. Viene a cenar, nos sentamos y charlamos...

-Se está aprovechando de ti, mamá. Sabes que odia tener que cocinar. Tienes que acabar con esto.

-No espero que vuelva a venir ahora que sabe que estás... casada -pronunció la palabra con dificultad y Dione la abrazó.

-Lo siento, mamá.

-Está bien. ¿No dijisteis algo de ir a cenar? ¿No es hora de que os marchéis?

-¿Quieres que te dejemos sola?

Jeannie asintió con la cabeza.

-Entonces nos vamos -dijo Dione.

-¿Seguro que estarás bien, Jeannie? -preguntó Aris con preocupación.

Jeannie volvió a asentir con la cabeza.

-Siento que Chris te hablara así.

-No te disculpes. Supongo que tampoco estaría contento si me hubiera pasado a mí.

Dione pensó que tenía razón. Él se habría vuelto completamente loco; seguro que el otro chico no habría salido tan bien parado.

Ya en el coche, hubo un silencio terrible y vio que Aris no había puesto el coche en marcha. Se quedó mirándola con ira en el rostro y le habló con una voz muy fría.

-¿Por qué no me dijiste nada de tu prometido?

-¿Habría cambiado algo eso?¿Le habrías dado a mi padre el dinero sin condiciones? No lo creo.

-¿Así que dejaste a tu novio desinteresadamente? -sus ojos oscuros la atacaban-. ¿0 tal vez no fue tan desinteresadamente?¿ Cómo es posible que te comprometieras con un cerdo sin escrúpulos como ése? Está tratando a tu madre de un modo despreciable. La está utilizando, está viviendo a su costa.

-Lo sé -dijo Dione en voz baja-. Y estoy consternada. Él solía venir a cenar bastante a menudo cuando yo estaba en casa, pero nunca imaginé que lo siguiera haciendo.

-Tu madre es demasiado buena.

Dione asintió con la cabeza. Qué cierto era eso.

-Me parece que te he salvado de un destino terrible. La paciencia tiene un límite, ¿no es así?

Dione no dijo nada. Estaba demasiado ocupada pensando en el cambio de Chris.

Aris apretó los labios y arrancó el coche. El motor rugió y el coche bajó la calle a toda velocidad. Pero no fueron a cenar, volvieron a su apartamento.

Una vez dentro y con un vaso de whisky en la mano, volvió a sacar la conversación.

-¿Cuánto significa ese hombre para ti? -preguntó con sus oscuros ojos inquisitivos y con el cuerpo tenso por la furia reprimida.

Dione se encogió de hombros, intentando aparentar desinterés mientras que en el fondo estaba hecha un manojo de nervios.

-¿De verdad importa eso? -lo cierto era que Chris ya no significaba nada. Jamás se hubiera imaginado que se pudiera llegar a comportar de una manera tan agresiva. Y aprovecharse de su madre... eso ya era el colmo.

-No te imagino dejando al hombre que amas de verdad por ayudar a tu padre. Ninguna chica haría eso. ¡Y menos por un manipulador como Keristari! ¿0 es eso? Te manipuló para que lo hicieras. ¿Te amenazó con hacerte pasar un infierno si no le ayudabas?

-Nada de eso -dijo Dione con un movimiento brusco de cabeza y con los ojos llenos de resentimiento-. La elección fue completamente mía.

-¿Y se supone que me tengo que creer eso? Antes lo pensaba, hasta

que me he enterado de lo de tu prometido. Tenía todo el derecho a enfadarse. Yo habría matado si me hubiera pasado a mí.

-Justo antes de marcharme de Inglaterra me enteré de que había estado viéndose con su antigua novia.

-¡Ah! -los ojos de Aris se iluminaron-. ¿Así que habrías roto el compromiso de todos modos?

-Supongo que sí -admitió, no quería prolongar más esa tensión. Se sentía sin fuerzas. Había sido un día muy largo. Lo único que quería era irse a dormir; ni siquiera tenía hambre.

-¿A lo mejor te hice un favor? -su cuerpo se relajó-. ¿Te importaría tomarte algo conmigo antes de cenar?

-No quiero nada. Estoy cansada -pero le alegró que el tema se hubiera acabado, que él hubiera aceptado que su compromiso se habría roto de todos modos. No era que él diera la impresión de que le importara si ella había estado realmente enamorada de Chris. Él estaba jugando con ella y con su padre y estaba disfrutando con ello. No le importaba en absoluto herir sus sentimientos.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, pero Aris fue más rápido. Una mano fuerte se posó sobre su hombro y la giró, quedando uno enfrente del otro.

-No te vas a ir todavía. Eres mi esposa, Dione, y quiero que me acompañes. Es más, te lo exijo.

Después de los últimos días en los que había ido de un lado a otro como si estuviera en trance, sin acabar de creerse lo que le estaba pasando, eso era la gota que colmaba el vaso.

-¿Que me lo exiges? ¡Pues, mala suerte, porque me voy! No hay nada en nuestro contrato que diga que tenga que desempeñar el papel de una esposa atenta cuando no haya nadie delante. ¿Se te había olvidado ya?

Aris no parecía perturbado lo más mínimo por su arrebato. De hecho, sonrió e hizo un gesto con la cabeza.

-¿Tienes idea de lo atractiva que resultas cuando tus ojos lanzan esas miradas cargadas de fuego y tu cuerpo se muestra tan enérgico? -su tenue acento se había hecho más grave y estaba claro lo que quería decir.

Aris se quedó decepcionado cuando vio que Dione se marchaba. No quería que ella le tuviera miedo; esas cosas no estaban en sus planes para nada. Era arrebatadoramente sexy y cada parte de él deseaba acariciarla, besarla y finalmente, llevarla a la cama.

Aunque había accedido a su ridículo contrato, no tenía intención de

esperar por ello. Era un hombre fogoso y no estaba acostumbrado a tener que mantener las distancias con sus amigas.

Y ésta no era sólo una amiga, ¡era su mujer!

¡Esa era su luna de miel!

¡Ella debería estar en su cama!

Su paciencia se estaba agotando. Sus hormonas masculinas se estaban descontrolando. Y cuando Dione se disponía a salir de la habitación, él tuvo que contener una respuesta violenta.

-No tengas miedo, mi bella esposa. No tengo intención de echarme atrás en lo que dije, pero ¡no puedo evitar adularte! Eres el sueño de todo hombre, ¿lo sabes?

-No, no lo sé. Y ese tipo de halagos no te llevarán a ninguna parte.

-No espero que lo hagan -respondió suavemente. Era una chica impresionante, nada que ver con su madre, que era dulce y discreta en lo que decía. No sabía qué podría haber visto Jeannie en Yannis Keristari. Eran polos opuestos. Tal vez Keristari había pensado que podría moldearla a su modo. Claramente, la mujer tenía carácter. De no ser así, no habría sido capaz de salir de ese matrimonio. «Bien por ella», pensó.

Le gustaba Jeannie; le gustaba mucho. Pero Chris Donovan le había caído mal inmediatamente. Menudo cerdo. No podía entender qué podría haber visto Dione en él. Ella podría haber encontrado a alguien mejor. Si al final de esos doce meses se separaban, él esperaba que ella encontrara alguien que la quisiera de verdad y a quien ella también quisiera. Se lo merecía.

-Me gustaría que cenaras conmigo -dijo, no quería que se fuera a su habitación todavía. No, mientras pudiera evitarlo. Quería que compartiera su cama, esa noche y todas las demás. Iba a ser un infierno no acercarse a ella-. Mi ama de llaves es un ángel; preparará algo en un momento.

-No tengo hambre -insistió.

-No has tomado nada desde el desayuno, Dione. No podrás dormir con el estómago vacío.

-Ese es mi problema, no el tuyo.

Su voz se endureció:

-Eres mi esposa; quiero cuidar de ti. Insisto en que comas algo.

Dione lo miró, con los ojos brillantes de rabia, y él quiso estrecharla entre sus brazos y decirle que todo iba a ir bien. ¿Pero sería así? Se había casado con él sólo por una razón. Una ridícula razón. Keristari no se merecía su lealtad y él no dudaría en decírselo si se le presentaba la oportunidad.

-Parece que no me dejas elección -dijo, con la cabeza bien alta y los

ojos brillando con indignación e ira.

Estaba preciosa. Sus hormonas seguían revoloteando y tuvo que apartarse para no tomarla entre sus brazos y besarla.

Cuando dio su ultimátum no se había dado cuenta de lo irresistible que podía ser y respiró profundamente varias veces mientras iba a buscar al ama de llaves.

Ya sola, Dione también respiró profundamente. Estaba completamente segura de que Aris la encontraba atractiva y ella deseó haber sido lo suficientemente fuerte como para haberse ido a su habitación. Por otro lado, podría ser divertido provocarlo y a la vez mostrarse fría e inalcanzable. Era lo mínimo que se merecía.

Cuando volvió, ella estaba sentada en una de las butacas; tenía las piernas cruzadas y se podían apreciar unos seductores muslos. Él intentó no hacer caso, se dirigió al bar y se sirvió otro whisky.

-¿Qué te pongo? -preguntó después de dar un buen trago-. ¿Un gin tonic? ¿Martini? ¿Vino?

Conocía tan poco de ella, que no sabía que nunca bebía.

-Sólo una tónica, gracias, con hielo y limón.

-¿Nada más fuerte?

-No pruebo el alcohol.

-¿Por alguna razón en particular? -preguntó alzando las cejas.

-Ya vi a mi padre beber demasiado -respondió.

-¡Ah! Me preguntaba por qué no habías probado el champán en nuestra boda. ¿Preferirías que yo no bebiera?

-Claro que no.

Le dio el vaso de cristal y se sentó enfrente, ignorando sus piernas a propósito y posando sus brillantes ojos en su cara.

¡Él también podía ser un caballero!

Pero aun así, Dione no pensaba que sus pensamientos fueran tan caballerosos. Ella no era tonta; sabía que la deseaba y que su acuerdo matrimonial iba a ser más duro de lo que había pensado. Ella tendría que ser la fuerte.

Hablaron de no mucho hasta que el ama de llaves les dijo que la cena estaba lista. La mesa estaba puesta en un comedor elegante y tomaron consomé de pollo seguido de tortilla de queso y ensalada y de postre helado de frambuesa. Todo era muy ligero y estaba delicioso y Dione se quedó sorprendida de lo que había comido.

Después, volvieron al salón para tomar el café y salieron a una amplia terraza acristalada con puertas correderas. Estaba adornada con palmeras exóticas y plantas coloridas y se sentaron a ver las luces

sobre Londres. Por primera vez, Dione se sintió relajada al lado de Aris.

-Me encanta tu apartamento -dijo impulsivamente.

-Sí que es bonito -asintió.

-¿Pasas mucho tiempo aquí?

-Un par de meses al año, tal vez, depende del trabajo que tenga.

-Es un desperdicio -dijo Dione pensativa-. Es tan bonito.

-Pero no tan bonito como tú.

De pronto Dione se dio cuenta de que la estaba mirando y sintió un calor por el cuerpo.

-No tienes que halagarme -dijo suavemente-, éste no es un matrimonio normal, lo sabes.

-Si lo fuera, no estaríamos sentados aquí ahora. Estaríamos en la cama, Dione. Es nuestra luna de miel -hubo un momento de silencio-. Jamás pensé que la fuera a pasar así.

-Sabías en lo que te estabas metiendo -señaló, parecía que se le iba a salir el corazón. Había que admitir que Aris era un hombre excitante y resistirse a él no parecía una muy buena posibilidad.

Sin avisar, Aris se levantó.

-Me voy a la cama. Quédate aquí si te apetece -su voz era seca y fría.

-Creo que me quedaré -dijo. Se quedaría al menos hasta que Aris estuviera metido en la cama. Sus habitaciones estaban demasiado juntas y no sabía si la puerta que las separaba tenía la llave echada. Debería haberlo comprobado delante de él, cuando le estaba enseñando la casa, para asegurarse de que él sabía cuáles eran las reglas.

-Hasta mañana, entonces -dijo fríamente.

-Hasta mañana, Aris.

La rozó al pasar y ella sintió un cosquilleo en la piel; no se pudo relajar ni siquiera cuando él ya se había ido.

Pasó una media hora hasta que se fue a la cama y para entonces Dione estaba tan cansada que olvidó comprobar la cerradura.

Capítulo 7

N0 TE resistas! ¡Te vienes conmigo!

-¡No, papá, no! ¡Me haces daño!

-¡Entonces haz lo que te digo, niña!

-No quiero ir contigo; quiero quedarme con mami -y gritó.

Dione sintió unos brazos fuertes rodeándola y trató de liberarse.

-¡Huye, huye!

-Dione -oyó una voz distinta esa vez-. ¡Despierta! ¿Me oyes? Despierta.

Dione abrió los ojos y en lugar de ver a su padre, vio a Aris. Un Aris fuerte, protector y preocupado. Se dio cuenta de que todo había sido un sueño, la recurrente pesadilla que la había perseguido durante años.

Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras dejaba que Aris la abrazara y le diera consuelo.

Pasaron varios minutos antes de que dejara de sollozar y de temblar.

-Lo... lo siento.

-No lo sientas, agapi mou. ¿Ya estás bien?

Dione asintió con la cabeza.

-¿Quieres algo? ¿Un vaso de agua tal vez? ¿0 quieres que siga abrazándote?

-Sí, por favor -susurró, acurrucándose en su pecho. Sorprendentemente, se sentía a salvo en los brazos de Aris; segura y cuidada. Y aunque sabía que era peligroso, aunque él no llevaba más que unos boxers negros, deseaba que se quedara con ella lo que quedaba de noche.

Le apartó el pelo de la cara y le susurró palabras de consuelo, y cuando ya se había calmado del todo, le preguntó:

-¿Quieres contármelo?

Dione nunca había pensado que le revelaría a Aris lo que le había pasado cuando era niña, pero de pronto quiso que lo supiera.

-Es sobre mi padre -dijo.

Aris la abrazó más fuerte.

-Continúa.

-Sólo tenía seis años y él creía que mi madre estaba teniendo una relación con otro hombre, pero resultó estar equivocado. Aun así, decidió que no estaba preparada para criar a su hija y me sacó de la cama en mitad de la noche, me metió en el coche y volamos a Grecia. No ha visto a mi madre desde entonces -terminó con la voz quebrada.

-¡El muy cerdo! Debiste de estar aterrorizada.

-Lo estaba -asintió con voz ronca-. No dejé de llorar en días, y cuando ya no pude llorar más, me volví la niña más mala que te puedas imaginar. Creo que a veces él deseaba haberme dejado con mi madre. Pero entonces, recibió una carta del abogado de mi madre especificando los derechos que tenía y solía dejarme ir a verla, pero claro, con un guardaespaldas. Necesitaba asegurarse de que yo volvería -añadió en tono despectivo.

A Dione se le había roto el corazón cada vez que tenía que dejar a su madre, y Jeannie la abrazaba llorando y le decía que no tardarían en volver a verse. Con los años, Dione había llegado a entender que su madre había tenido demasiado miedo a enfrentarse a Yannis por si él le quitaba a su hija del todo.

-¿Y te quedaste con él aunque eras lo suficientemente mayor como para marcharte? -preguntó Aris desconcertado-. No lo entiendo.

Dione respiró hondo y comenzó a hablar:

-Porque me daba miedo que todavía pudiera hacerle daño a mi madre. Siempre se ha sentido muy vulnerable frente a mi padre. Le hizo tanto daño que todavía no lo ha superado.

Aris la abrazó con más fuerza y la besó cariñosamente en la frente.

-¡Pobrecita! Por si sirve de algo, me gusta tu madre. Es dulce y amable y sufrió al vernos a Chris y a mí discutir por ti. Por eso me contuve. ¿Pero qué viste en él?

Dione se encogió de hombros, contenta de que hubiera cambiado de tema. Se había sentido como si le estuviera desnudando el alma, y era doloroso, a pesar de que Aris parecía comprenderla.

-Supongo que buscaba el amor. Parecía el chico adecuado para mí.

-¿Y ahora?

-Creo que conoces la respuesta -Dione notó que se sentía cada vez más cómoda en los brazos de Aris. Quizás demasiado cómoda, porque algo dentro de ella despertó unos sentimientos que podían ser peligrosos-. Mis padres se divorciaron -dijo, intentando ignorar lo que estaba sintiendo-. Y Yannis se casó con Phrosini. Empecé a quererla. Es muy buena conmigo y también lo es con mi padre.

-¿No la trata tan mal como trata a los demás?

-Phrosini es una mujer muy fuerte.

-Le hace falta -dijo entre dientes-. Y eso te ha hecho fuerte a ti también, aunque no lo suficientemente fuerte como para haber mandado a tu padre al infierno cuando te dijo que fueras a verme. No es que me moleste que lo hicieras -añadió, dándole unos cariñosos golpecitos con el dedo en la nariz a Dione-. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

-¿Incluso aunque llore como un bebé y te despierte? -preguntó con una compungida sonrisa.

-Incluso -asintió y, acercándola todavía más a él, añadió-: No mereces nada de lo que te está pasando, Dione.

-Pasó hace mucho tiempo -dijo-. Ya debería haberlo superado.

-Los recuerdos de la infancia son difíciles de borrar, especialmente algo tan traumático como eso. Tal vez deberías hablarlo con alguien.

-¿Te refieres a un terapeuta?

-Tal vez.

-Sólo tengo pesadillas cuando estoy nerviosa.

-¿Así que estar aquí conmigo te provoca tensión?

-Claro que me causa tensión. Me han obligado a casarme -¡como si él no lo supiera!

Pero para él era un juego agradable, e incluso excitante. El no tenía novia, así que podía permitirse pasar un año jugando a ese juego.

-Yo no quiero suponer una tensión para ti -dijo con una voz que había adquirido un tono más sexual-. Quiero que te relajes y que disfrutes el tiempo que pasemos juntos. Doce meses te parecerán una eternidad si estamos enfrentados.

-Eso no ocurrirá si mantienes tu parte del trato -le recordó, intentando ignorar los rápidos latidos de su corazón cuando sus dedos rozaron la suave piel de su mejilla, le acariciaron el pómulo y siguieron hasta el contorno de los ojos para luego rozarle la nariz. Y al final, le agarró suavemente la barbilla y dirigió su cara hacia la suya.

El noventa y nueve por ciento de su cuerpo, le decía a Dione que se apartara rápidamente. El uno por ciento restante estaba subyugado a él. El aroma masculino invadió su nariz y se filtró a través de sus sentidos hasta que se sintió como drogada. Y cuando su boca se acercó a la de Dione, ésta no tuvo ni la fortaleza ni la voluntad de girarse.

Aris también pareció olvidar que un beso, o cualquier forma de contacto, estaba prohibido... a menos, por supuesto, que él hubiera interpretado la ausencia de resistencia como una aceptación por parte de Dione. Ese beso era como una droga y un murmullo de satisfacción escapó de sus labios.

-Theos! -dijo Aris, y tomando eso como a modo de rendición, intensificó el beso, su lengua entró en la boca de Dione, explorando, enroscándose y saboreando.

Dione sintió una sensación inexplorada hasta el momento, una sensación que corrió por sus venas hasta llegar a la parte más íntima de su cuerpo, donde finalmente estalló.

Aris era un hombre muy peligroso; y sería un amante más peligroso todavía. Si podía excitarla así sólo con un beso, ¿qué no podría hacer

si lo intentara de verdad?

¿Y por qué ella no estaba luchando contra eso?

No quería tener relaciones con Aris Tsardikos y luego romper su matrimonio como si nada hubiera pasado. Pero, aun así, estaba permitiendo que la besara y no quería que parara; quería que Aris se quedara con ella el resto de la noche por si volvía a tener esa pesadilla. Pero esperar que durmiera junto a ella sin tocarla sería pedir lo imposible, lo sabía, y lo mejor era detenerlo en ese mismo momento.

¿Pero cómo podía si estaba disfrutando tanto de ese beso? ¡Tanto que le daba miedo! No obstante, siguió besándolo y de una forma tan desesperada como para haberse avergonzado por ello. En lugar de eso, sintió una extraña euforia que nunca antes había sentido.

¡Tal vez porque nunca antes había besado a nadie como él!

Era un hombre alto, de buena posición económica, con un inmenso sex-appeal y completamente irresistible para cualquier chica.

Ella tampoco había podido resistirse, y acariciaba su oscuro y musculoso pecho. El vello era suave y sedoso y sintió la necesidad de acercarse e inhalar su fragancia masculina. Por supuesto, no lo hizo. En lugar de eso, separó los dedos y lo apartó.

Una ligera sonrisa se marcó en los bellos labios de Aris.

-¿Te encuentras mejor?

Dione asintió con la cabeza, sin atreverse a hablar. Estaba tan llena de emoción que no podía emitir una palabra.

-Un beso alivia la mayoría de las heridas -dijo con una suave sonrisa-. Al menos eso es lo que mi madre solía decirme.

-Pero tu madre no se refería al tipo de beso que me acabas de dar.

-¿Qué importa eso, mientras haya funcionado?

A ella sí le importaba.

-Creo que ya estaré bien -le dijo en voz baja y temblorosa. No era extraño teniendo en cuenta que por dentro echaba chispas. Besar a Aris era lo más alarmante que le había pasado. Una experiencia que no esperaba repetir.

Una vocecita interior le decía que estaba mintiendo, que le encantaría que Aris la volviera a besar, que en realidad deseaba que Aris pasara la noche con ella. Pero no le hizo caso.

-¿Estás segura?

Dione volvió a asentir con la cabeza.

Aris se levantó de la cama a regañadientes y se quedó mirándola, con los brazos cruzados sobre su ancho y fuerte pecho. Su piel parecía brillar como el oro por la luz de la lámpara; incluso su pelo negro azabache brillaba. Era un hombre perfecto y Dione sabía el peligro de

involucrarse demasiado. ¡Como si casarse con él no hubiera sido involucrarse demasiado!

-Dejaré la puerta abierta y así, si me necesitas, sólo tienes que llamarme.

Dione sonrió levemente. No lo llamaría. De hecho, dudaba que fuera a dormir.

-Entonces, buenas noches, Dione -y la volvió a besar, pero esa vez era el tipo de beso que le daría a un niño. Sin embargo, tuvo un efecto alarmante en ella; cerró los ojos y contuvo la respiración, escuchando cómo salía de la habitación y liberando un silencioso, pero profundo, suspiro.

Al principio se quedó echada despierta pensando en lo que había pasado y preguntándose si Aris ahora esperaría más de ella. Si era así, quedaría bastante decepcionado. La había pillado en su momento más vulnerable, pero se aseguraría de que no volviera a pasar.

Y mientras estaba echada pensando, se quedó dormida. Ya no soñó, y al despertarse, los cálidos rayos de sol de la mañana la alcanzaban a través de las cortinas medio abiertas.

-¿Cómo te encuentras? ¿No has tenido más pesadillas?

Abrió los ojos impactada y se sentó en la cama.

-¿Qué demonios haces aquí?

-Un saludo cariñoso después de lo que pasó anoche.

-Te agradezco que me ayudaras -respondió, sintiéndose incómoda por la presencia de Aris en la habitación-, pero esto está fuera de lugar.

-No te parecía eso hace unas horas -bramó.

-No sabía lo que hacía -dudó que él creyera esa mentira porque incluso a sus propios oídos sonaba poco convincente.

-Así que así es como te suelen consolar, ¿verdad? -dijo con desdén.

Dione movió la cabeza sin dar crédito a lo que oía.

-Tienes una mente enferma; anoche no podía pensar con claridad; no sabía lo que estaba haciendo. Pero ahora lo sé y ten por seguro que no volverá a pasar.

-¿Es eso una promesa? -dijo con una tensa sonrisa marcada en sus labios.

La miró como si no la creyera y eso la hizo enfadar más. Salió de la cama y se quedó de pie frente a él con los brazos en jarras, inconsciente de que lo único que llevaba encima era un camisón corto de algodón que se alzaba todavía más al quedar fruncido por sus manos.

-Creía que eras un hombre de palabra, Aris Tsardikos. Está claro que me equivocaba. Te aprovechaste de mí en un momento de necesidad y

por eso te odio.

-¿Que me aproveché? -bramó, alzando las cejas sin dar crédito a sus palabras-. No noté que intentaras resistirte. Recuerdo haber dicho que tú serías quien diera el primer paso y, para mí, eso es lo que hiciste. Rozar tu cuerpo contra el mío era como una invitación. Demonios, Dione, no soy de piedra.

-¡Te odio! -explotó-. Sal ahora mismo y deja que me duche y me vista -afortunadamente, Aris ya estaba vestido y su magnífico cuerpo estaba cubierto.¡ Aún no había olvidado cómo estaba casi desnudo! Esa imagen la acompañaría durante mucho tiempo.

Durante el desayuno, él le preguntó qué le gustaría hacer más tarde. Ella lo miró y dijo:

-Me gustaría ir a ver a mi madre... sola.

-Me parece que no -dijo en tono grave-. Es nuestra luna de miel.

-Las lunas de miel son para los enamorados, no para los enemigos.

-Entonces tendremos que hacer algo para que deje de ser tu enemigo, ¿no te parece?

Y Dione podía ver que lo decía en serio. Había una cruda determinación en su rostro y una fría sinceridad en sus ojos.

-Lo que hagas no va a servir de nada. Cada vez que te miro, pienso en mi padre. Lo hago por él, no por tu gratificación personal.

-Pero imagina lo bien que te lo podrías pasar mientras tu padre está contando mi dinero.

-Mi padre está muy enfermo. ¿Cómo te atreves a hablar de él de ese modo?

-¡No estará tan enfermo cuando no se pensó dos veces el utilizarte! Y ya que he dado una gran cantidad de dinero, pretendo recibir lo que mi dinero merece. Recuerda eso, Dione, la próxima vez que intentes arremeter contra mí. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas; tú eliges.

Capítulo 8

ARIS sabía que no tenía que haberse enfadado con Dione, pero era difícil intentar no acercarse a ella. La noche anterior había visto su oportunidad, la había aprovechado y no tenía remordimientos.

Besarla había sido incluso mejor de lo que se había imaginado. En su mente, no sólo la había besado, también le había hecho el amor.

Y esa noche, después, de que hubiera vuelto a su habitación, con su cuerpo atormentado, había deseado que aquello fuera el principio de algo especial y excitante. Dione no tenía nada quee ver con las otras chicas. Por lo general, salían por ahí intentando cazar al más rico. Hasta su ex mujer se había interesado por su cuenta bancaria y el divorcio le había costado bastante más de lo que se habría imaginado.

Por el contrario, a Dione parecía ni siquiera gustarle él. Había que admitir que había respondido a su beso, lo que él interpretó como una buena señal. ¡Pero qué equivocado estaba! No fue nada más que gratitud por haberla ayudado a superar su pesadilla.

Se mordió los labios al pensar en Keristari apartándola de su madre siendo ella tan pequeña. ¡Qué animal! Había arruinado dos vidas con su egoísmo. Era un cerdo al que no le importaba nadie y ahora Aris deseaba no haberle dado el dinero.

Excepto por el hecho de que, de no ser así, nunca habría podido conocer a Dione. ¡Y entonces tampoco estaría sintiendo su duro rechazo! Su reacción de esa mañana le había sorprendido porque había empezado a pensar que ya estaba consiguiendo algo. Ahora parecía que estaba en el mismo punto que al principio.

Le había dado un ultimátum, pero nunca la forzaría a nada. Por otro lado, sabía que no podría vivir con ella sin poder ni siquiera tocarla. Tendría que emplear todos sus encantos y artimañas.

Sonrió de satisfacción; iba a pasárselo muy bien.

-Me alegra que te parezca divertido -dijo Dione irritada.

-Venga, Dione, no estés tan tensa. Nos quedan doce meses; no puedes pasarte todo ese tiempo odiándome.

-Pero no tengo por qué dejar que me hagas el amor -respondió enseguida-. Para mí, un trato es un trato y anoche tú te lo saltaste.

-No me detuviste.

-Necesitaba consuelo.

-¿Pero no el que yo te ofrecí? -preguntó, era el momento de hablar claro-. No tienes que responder a eso; ya lo has dejado muy claro. Ve a ver a tu madre si quieres -y dicho eso, salió de la habitación.

Dione no se paró a pensar por qué Aris había cambiado de parecer;

le bastaba con que lo hubiera hecho, y a los veinte minutos ya estaba parando un taxi. Pero antes de que éste pudiera ni siquiera detenerse, Aris se colocó con su coche delante.

-Sube.

No le dio opción y Dione se sentó junto a él.

-Gracias -dijo en voz baja.

-De nada.

Fue una respuesta escueta y Dione supuso que estaba enfadado con ella por querer ir sola. Pero no le importaba; necesitaba espacio, necesitaba tiempo para ordenar sus confusos pensamientos. Desde el beso, había tenido sentimientos encontrados hacia Aris, lo que indicaba que había disfrutado de aquel beso.

La dejó en casa de su madre y le dijo que la recogería a las doce para ir a comer. Sus palabras eran bruscas y Dione supo que sería mejor no discutir.

Jeannie se sorprendió al verla otra vez tan pronto y Dione le dio un cálido abrazo.

-Siento que te enteraras de lo de Aris de ese modo -se disculpó-. Todo pasó como te conté. En el momento que nos conocimos supimos que estábamos hechos el uno para el otro.

-Al menos podrías haberme llamado -dijo Jeannie con pena en sus ojos azules.

-Sí, pero sabía que no había tiempo para que volaras hasta allí y dudaba que hubieras venido al estar Yannis. Fue idea de Aris que te lo dijéramos personalmente. ¿Te gusta? -preguntó, intentando parecer emocionada cuando en el fondo le dolía tener que mentir a su madre.

-Parece... muy agradable -respondió Jeannie-, por lo que he visto. Es muy guapo y tiene unos modales perfectos. Espero que te haga feliz. Yo fui feliz con tu padre una vez, pero cambió cuando nos casamos. Confío en que Aris no haga lo mismo.

-No lo hará; es completamente diferente a mi padre. Ni siquiera le gusta Yannis.

-A poca gente le gusta -admitió Jeannie-. Me sorprende que le hayas dejado estando todavía en el hospital. ¿Qué opinó de que te casaras con Aris?

-Está contento por mí -lo cual no era mentira. Yannis estaba eufórico, aunque tal vez no tanto después de enterarse de que se habían ido a Inglaterra de luna de miel. Le había pedido a Phrosini que se lo dijera.

-¿Por qué no me sorprende? -preguntó Jeannie secamente-. Siempre ha querido que te casaras con un griego. Y su sueño ya se ha hecho realidad. ¿Vais a instalaros en Grecia?

-El negocio de Aris está allí.
-¿A qué se dedica?
-Tiene una cadena hotelera por todo el mundo. Creo que hay un hotel en Londres.
-¿Así que es muy rico? -ahora Jeannie habló con desdén.
-No me he casado con él por eso, si es eso lo que estás pensando.
-La ambición de Yannis era ser rico -señaló Jeannie-. En mi opinión, eso agria a los hombres. Tienen una visión muy pequeña del resto del mundo.
-Aris no es como mi padre.
-¿Estás segura?
Dione asintió con la cabeza. -Entonces me alegro por ti, cariño.
Jeannie hizo té y se sentaron y hablaron un rato más, hasta que surgió el tema de Chris.
-Nunca supe que podía ser así -dijo Dione.
-Yo tampoco -admitió su madre-. Me abrió los ojos. Si se atreve a volver a aparecer por aquí le diré exactamente lo que opino de él.
Dione sonrió. No se imaginaba a su madre haciendo eso, aunque parecía que ahora tenía más carácter que antes.
-¿Sabes? Me preguntó si podía mudarse aquí conmigo. Ser mi inquilino. Al parecer, lo van a echar de su piso.
-¿No habrás dicho que sí? -preguntó Dione consternada. Le parecía que lo que Chris buscaba era comida y alojamiento gratis.
Jeannie negó con la cabeza.
-La verdad es que siempre me pareció que había algo raro en él, aunque por tu bien intentaba que me gustara. Pero me gusta más Aris -admitió con una sonrisa-. Me alegra ver que haces caso a tu corazón. Tengo mis reservas, claro está, al haber sucedido todo tan rápido... pero lo mismo me pasó a mí con tu padre. Me enamoré a primera vista.
Era la primera vez que su madre le contaba eso y Dione le tocó la mano.
-¿Crees que Aris me tratará mal?
-Estoy preocupada, como cualquier madre por su hija, pero en principio parece muy agradable.
-Es mucho mejor que Chris -dijo Dione enérgicamente-. ¿Sabes que justo antes de marcharme a Grecia descubrí que había estado viéndose con su ex novia?
-No lo sabía.
-Lo negó cuando le pregunté. Pero mi fuente era muy fiable. No tenía derecho a decirme esas cosas sobre mi boda con Aris cuando ya me había engañado.

-Cuánta razón tienes -dijo Jeannie-. Me pregunto si se pasará hoy a por su comida.

-No creo que se atreva. Tal vez debería quedarme por si viene.

-Puedo enfrentarme a él -dijo su madre con un tono de voz mucho más seguro que de costumbre-. Ya he visto lo que es. No tienes que esperar.

Dione estaba impresionada. Yannis había destrozado tanto la confianza de su madre en sí misma que rara vez podía defenderse. Era un cambio espectacular. Pero, aun así, dudaba si dejarla sola.

Cuando Aris fue a recogerla, ella abrió la puerta.

-¿Te importaría venir más tarde? Tengo que ver a Chris; vendrá en un momento.

-¿Para qué? ¿Qué más tenéis que hablar? -preguntó severamente.

A punto de decirle que no tenía nada que ver con su relación, Dione cambió de idea.

-Hay unas cosas que tengo que decirle -le dijo fríamente.

-¿Tal vez debería quedarme y oírlas?

-Y tal vez no sean asunto tuyo -repuso bruscamente.

La miró fijamente durante unos segundos. Era una lucha de voluntades y Dione no tenía intención de echarse atrás. Al final él gruñó:

-Muy bien -y se marchó. Los neumáticos del coche chirriaron cuando aceleró y casi al momento, Chris torció la esquina.

-¡Dione! -gritó mientras bajaba del coche-. No esperaba encontrarte aquí. ¿Ése que se iba era tu ... eh... marido?

Ella asintió con la cabeza.

-¿Qué ha pasado? ¿Ya os habéis peleado? -los ojos de Chris se iluminaron de alegría.

-Nada de eso -le dijo y volvió hacia la casa-. Mi madre tiene algo que decirte y pensamos que era mejor hacerlo en privado.

Chris alzó las cejas.

Jeannie fue directa.

-Lo siento, Chris, pero ya no eres bienvenido en mi casa.

-¿Has sido tú, verdad? Ahora que te has casado con ese hombre crees que puedes decirle a tu madre lo que tiene que hacer.

-No tiene nada que ver con el matrimonio de mi hija -dijo Jeannie de manera cortante-. He dejado que me trataras como a una estúpida, pero se acabó. Quiero que te vayas, Chris, y no quiero que vuelvas.

Chris estaba tan impresionado por el cambio de Jeannie como lo estaba Dione.

-¿Qué es esto, una conspiración?

-Si quieres verlo así -dijo Dione-. Tanto mi madre como yo pensamos

que esto ya es inaceptable.

-Y adivina quién le metió esa idea a tu madre en la . cabeza -dijo con desdén-. ¡Muchas gracias, Dione! Primero te fugas y te casas con el primer hombre rico que se te cruza en el camino y ahora me prohibes la entrada en esta casa. No eres la chica que yo creía que eras, Dione. Que Aris se quede contigo. Pronto verá que eres una bruja.

Y dicho eso, se dio la vuelta y se marchó.

Dione y Jeannie se miraron y sonrieron sin dar crédito a lo que había pasado. Cuando Aris apareció estaban tomando un té. Extrañamente, él parecía feliz. Dione prometió a su madre que volvería a verla antes de marcharse y siguió a su marido hasta el coche.

Condujo en silencio y con fuerza, pero no a gran velocidad. Aunque todavía estaba enfadado, su alto atractivo sexual lo ocultaba. Dione casi podía respirar la pasión que él llevaba dentro.

Cuando pararon a la puerta de un club privado, les llevaron el coche a una zona de aparcamientos secreta y Aris la llevó dentro, donde el ambiente era silencioso y opulento y todo el mundo parecía conocerse.

Aris hizo caso omiso de los saludos y llevó a Dione a un rincón tranquilo del comedor donde nadie pudiera escuchar su conversación. Fue directo al grano.

-¿Qué era eso tan importante que tenías que hablar con el idiota de tu novio sin que yo estuviera delante?

Dione lo fulminó con la mirada.

-Chris ya no es mi novio.

-Claro que no -gruñó Aris-. Era sólo una forma de hablar. Pero espero que no le dijeras nada de nuestro matrimonio, ni le prometieras que cuando se acabara volverías con él.

Si se suponía que la feroz luz de sus ojos tenía que asustarla, no lo hizo. Dione estaba acostumbrada a hombres como él.

-Nadie sabe nada de nuestro trato, de eso puedes estar seguro. No me humillaría a mí misma.

-¿Así que encuentras el estar casada una humillación? -se burló.

-¿Tú qué crees? Que te obliguen a casarte no es la idea que tengo de algo maravilloso.

-Nadie te puso una pistola en la cabeza -señaló a la vez que indicaba a un camarero, que rondaba las mesas, que aún no estaban listos para pedir.

-Sí, pero es como me siento. Lo hice por mi padre, pero no veo nada agradable en todo esto.

-Podrías si lo intentaras -su voz había bajado un tono-. Anoche lo demostraste. Dime, ¿respondías a los besos de Chris como a los míos? Tal vez no te has dado cuenta, pero mostraste una pasión escondida que me gustaría explorar.

-¡Jamás! -gritó, sin hacer caso a la pregunta sobre Chris porque la verdad la hubiera asustado-. Estás olvidando los términos de nuestro contrato.

-¡No lo he olvidado, créeme! Pero supongo que algún día la pasión se apoderará de nosotros.

Dione quería arremeter contra él; pero a la vez sabía que lo que había dicho era verdad. Sólo tendría que bajar la guardia una vez y él no dudaría en aprovecharse. Cuando pasara eso, estaría perdida.

-Supones demasiado -le dijo irritada.

-¿Estás diciendo que no eres apasionada? ¿Que tú y Chris nunca hicisteis el amor hasta sentir que estabais flotando?

-Lo que Chris y yo hacíamos no te importa -respondió enfadada y sintiendo cómo se sonrojaba. ¿Qué pensaría Aris si supiera que era virgen? ¿Pensaría que era demasiado santurrona? ¿Le diría que era de hielo, como Chris le había dicho a veces?

Se alegró cuando Aris hizo señales al camarero y pidió las bebidas. Miraron la carta, pero ella no sabía lo que quería, así que Aris pidió por ella. Tenía un efecto alarmante en ella que unas veces le hacía sentirse fuerte y con el control en sus manos, y otras, débil como un gatito.

-¿Tienes planeado ver a Chris otra vez?

La pregunta la pilló por sorpresa.

-Para tu información, mi madre le ha dicho que no vuelva a poner los pies en su casa. Estoy jugando a esto como a ti te gusta.

-¿Ves nuestro matrimonio como un juego?

-¿No lo es? ¡Un juego de poder entre tú y mi padre! Odio que me hayáis puesto en esta situación.

Aris alzó las cejas, se recostó en la silla y la observó.

-Si odias a tu padre, ¿por qué te atas a mí por él?

Dione lamentó haber estallado. Sí que odiaba a su padre a veces, pero también lo quería. Y siempre le daría su lealtad. Tal vez él la había manipulado para que pensara así, pero de cualquier modo, nunca lo abandonaría.

-No he dicho que lo odie... sólo odio lo que me ha hecho. Y lo he hecho por el bien de su salud. No quiero discutir esto más -deseaba que la comida llegara pronto para poder dejar de hablar.

-Es un hombre muy afortunado. Y yo también soy afortunado por tener una esposa tan maravillosa -parecía que su mal humor había

desaparecido, y con una sonrisa, extendió la mano por encima de la mesa y agarró su mano.

Dione sintió una especie de corriente eléctrica que recorrió su brazo y pasó a su cuerpo, donde se convirtió en fuego. ¡Y todo eso sólo porque la había tocado! ¿Pero qué estaba pasando?

Su pulgar la acariciaba, pero también la atormentaba y quería apartarlo; por otro lado, no quería darle la satisfacción de saber que la estaba molestando. Lo de la noche anterior había sido un gran error. Había apreciado su ayuda, pero nunca debió haberle dejado que la besara.

Durante la comida, hablaron de todo menos de ellos mismos, cosa que Dione agradeció. Y para cuando terminaron, ya se sentía más cómoda a su lado.

Luego pasearon viendo Londres como si fueran turistas. Y cuando volvieron a su apartamento, Dione se sentía cansada pero feliz.

Aris no le había vuelto a hacer preguntas incómodas y no intentó ningún acercamiento. Si ésa iba a ser su actitud el resto de su «luna de miel», entonces podía soportarlo.

Su ama de llaves tenía la cena preparada y después de todo el paseo, Dione tenía buen apetito. No fue hasta más tarde, cuando Aris y ella estaban en la terraza con la Novena Sinfonía de Beethoven sonando de fondo, cuando una sensación de inquietud la invadió.

Notaba que Aris no dejaba de mirarla y se preguntaba si debería escapar antes de que fuera demasiado tarde. ¿0 le estaba dando demasiada importancia y no era lo que ella creía?

-¿No está Londres precioso por la noche? -le preguntó Dione.

-No tanto como tú.

-No tienes por qué hacerme cumplidos -dijo alarmada. No era fácil ignorar las miradas de aquel hombre, y menos cuando lo que expresaban era deseo.

-¿Por qué no? Todas las mujeres se merecen halagos.

-Pero nuestra relación es diferente -protestó.

-Lo que hace que sea mucho más excitante. Eres una mujer muy sexy, Dione.

-Y tú tienes mucha labia -respondió, intentando ignorar los latidos de su corazón-. Pero no te llevará a ninguna parte.

-¡Qué lastima! Me gustaría mucho llegar a alguna parte contigo -sus palabras se convirtieron en una insinuación.

Dione se levantó.

-Esta conversación es ridícula. Me voy a mi habitación.

-No tan deprisa -Aris la agarró del brazo-. Ya he prometido que no pasará nada sin tu permiso, así que ¿por qué tienes que irte? Quieres

evitar dar rienda suelta a tus sentimientos, ¿verdad?

-Estás loco -respondió Dione bruscamente. Pero ella también lo estaba porque lo que él había dicho era cierto. Las agradables horas que había pasado en compañía de Aris habían desencadenado emociones que hubiera preferido no sentir.

-Um... No lo creo -dijo divertido-. Siéntate, Dione; todavía no vas a ninguna parte. Creo que estás olvidando que eres mía, y me apetece que me acompañes el resto de la noche. No quiero estar aquí sentado solo.

Aunque estaba sonriendo, su voz denotaba dureza y, muy a su pesar, Dione se volvió a sentar. «Maldito». Estaba claro que se estaba acostumbrando a salirse con la suya, y ella, como una tonta, lo estaba permitiendo. ¿Por qué siempre había pensado que podía hacerle frente?

Lo podría haber hecho si su débil cuerpo no hubiera decidido responder. No tenía nada que ver con su cabeza ni con su mente, era culpa de sus traicioneras extremidades, y de sus nervios, que eran demasiado sensibles.

Aris movió su silla para quedarse frente a ella e, inclinándose, tomó sus manos.

-No tienes nada que temer, Dione. No soy ningún lobo feroz.

Tiró para intentar soltarse, pero la había agarrado fuerte y al final se rindió. Un gran error, porque en unos segundos su corazón se descontroló.

-Estamos juntos en esto, tú y yo. Y doce meses es mucho tiempo si no lo estás pasando bien Si fuera tú, Dione, dejaría de luchar y me divertiría.

-Para ti es distinto -estalló-, tú estás disfrutando con todo esto; pero yo no. ¿Tienes idea de lo que supuso para mí contárselo a mi madre?

Aris se encogió de hombros.

-Me pareció que entendió lo del amor a primera vista. Tu mentira fue muy convincente, agapi mou. ¡Tan convincente que hasta yo empecé a creerme la historia! A lo mejor te sientes atraída por mí, aunque no lo admitas. Podríamos probar.

-Ni se te ocurra -gritó cuando Aris acercó su cabeza a la suya. Pero entonces vio que no podía hacer nada para detenerlo. Con el corazón latiéndole con fuerza y un calor que le quemaba las extremidades, dejó que se apoderara de sus labios con un beso que encendió su alma.

Si no la hubiera besado la noche anterior, si no hubiera sentido el portento de sus besos, podría haber encontrado la energía necesaria para rechazarlo. Pero, como una tonta, se bebió cada segundo de gozo

y cuando él intensificó el beso, cuando la llevó hacia su regazo, no se resistió.

Podía sentir su calor y una palpitación que la hizo perder el control y besarlo a la vez que acariciaba los contornos de su cara y de su cabeza por debajo de su brillante pelo.

-Dione, cómo te deseo -dijo con la voz entrecortada mientras se besaban.

Y Dione, para su vergüenza, admitió en silencio que ella también lo deseaba.

Capítulo 9

FUERA, bajo esa calurosa noche de verano, Aris parecía más griego que nunca, y despertó los sentidos de Dione como no lo podría haber hecho un inglés.

Sus pezones se endurecieron y sintieron un cosquilleo cuando se rozaron contra su fuerte pecho y, sin hacer caso de la voz que la avisaba desde su mente, Dione se vio arrastrada por sus besos, y su lengua buscaba la de Aris con sensualidad. Estaba dando señales equivocadas, lo sabía, pero carecía de voluntad para apartarse.

El beso se hizo más íntimo y sus calores corporales se unieron en un pasional fuego. Aris tocaba y acariciaba la piel desnuda de sus brazos y de su cuello, y Dione se retorcía sin control, consciente del calor que sentía entre los muslos y de la necesidad que sentía de calmarlo.

Nunca antes había sentido la necesidad de romper con urgencia los votos que ella misma se había impuesto. Estaba claro que en su mente Aris era un experto en el arte de la seducción, mucho más apasionado que cualquier inglés con el que hubiera salido.

Por otro lado, eso no significaba que se estuviera enamorando de Aris. No era más que atracción química. ¡Pero qué atracción! Un deseo se encontraba con el otro... aunque Dione ignoraba de dónde había salido el suyo. ¡Fuego encontrándose con fuego! Daba igual cómo lo llamara, todo significaba lo mismo.¡Deseaba a Aris!

Era un sentimiento nuevo y extraño, una estimulación de sus sentidos, una anticipación de lo desconocido, de la pura grandeza de los sentimientos que habían sido despertados. Le habían dicho que era una mujer fría muchas veces y ahora sabía por qué. Nunca antes nadie había podido excitarla hasta hacerla sentirse embriagada por una necesidad que su cuerpo le pedía.

Cuando tuvo un escalofrío de placer, Aris dejó de besarla y la miró preocupado.

-¿Tienes frío, agapi mou?

Respondió con un breve movimiento de cabeza al no poder ni hablar.

Aris la tomó entre sus brazos.

-Aquí estarás más cómoda, supongo.

Dione sabía que tenía que protestar; todavía quedaba algo de cordura en su mente que le decía que a la mañana siguiente se odiaría a sí misma si dejaba que Aris se saliera con la suya. Pero se dejó llevar por la locura. Dejó que la llevara a su dormitorio y la echara sobre la cama.

-¿Te parece bien? No quiero que hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

Dione llevó la cara de Aris hacia la suya. Nada más le importaba en ese momento de locura, sólo quería sentir a Aris dentro de ella. El dolor que sentía en su parte más íntima sólo podía ser aliviado por ese hombre espectacularmente sexy... ¡que resultaba ser su marido!

No sabía si era ese hecho lo que hacía que le pareciera bien lo que estaba pasando. Todo lo que sabía era que quería que él le hiciera el amor. ¡En ese mismo momento!

Sintió el gemido de Aris que, con una insoportable lentitud, le desabrochó los botones de la blusa. Los pechos de Dione florecieron como pétalos y parecieron erguirse por propia voluntad para que él pudiera tocarlos.

Aris emitió un pequeño gemido al acariciar y explorar por dentro de su sujetador hasta que acarició sus pezones, como preámbulo de lo que quedaba por pasar. Luego la giró para desabrocharlo y quitárselo. Una sonrisa se fijó en sus labios, una sonrisa de puro placer mientras devoraba sus curvas con su mirada.

Cuando su pecho quedó al descubierto, lo besó apresuradamente. El cuerpo de Dione se arqueó involuntariamente, agarraba su cabeza con sus manos y con sus dedos acariciaba su pelo, sus caderas giraban mientras oleadas y oleadas de deseo desesperado fluían por ella.

Pero Aris no tenía prisa. Era una seducción lenta y deliberada, quería ir arrastrándola poco a poco hasta que no hubiera vuelta atrás.

-¿Así? -preguntó, alzando la mirada y con sus suaves labios a escasos milímetros de sus pechos.

Ella asintió con la cabeza.

-No sé lo que me estás haciendo, pero quiero más.

-Los dos lo queremos -bramó y sus manos rápidamente se fueron hacia su falda y la deslizaron sobre sus caderas descubriendo unas bragas de encaje a juego con su sujetador. Estaban húmedas y ella sintió vergüenza cuando las deslizó por sus piernas hasta quitárselas-. Ahora eres toda mía.

Había mucha intensidad en sus oscuros ojos y, con la frenética energía de un hombre poseído, se arrancó su propia ropa y saltó a la cama para echarse junto a ella. Había dejado de ser un juego de seducción y ahora se trataba de un ferviente deseo que necesitaba calmar de inmediato.

Dione no tuvo tiempo de tener miedo; apretó los dedos sobre los hombros de Aris mientras él entraba en su cuerpo. El dudó por un momento, al notar resistencia, pero no había vuelta atrás. No podía parar y ella tampoco quería que lo hiciera.

Cuando ella alcanzó el clímax se sintió flotando fuera de sí. No estaba preparada para las oleadas de sensaciones que corrían por su

cuerpo y que le hacían respirar entrecortadamente; el corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que se podía escuchar fuera de la habitación.

Quería aferrarse a Aris, que estaba sintiendo las mismas convulsiones, pero él se apartó bruscamente cuando ella lo tocó, y salió de la cama. Su cuerpo estaba empapado en sudor, pero recobró la compostura antes que ella y, con una voz llena de furia, dijo:

-¿Por qué demonios no me has dicho que eras virgen?

Dione tragó saliva, desconcertada por las duras palabras. Estaba destrozando un momento precioso, ¿no se daba cuenta? Siempre había querido que su primera vez fuera especial y hasta ese momento lo había sido. Ahora lo estaba estropeando.

-Si a mí no me importa, ¿por qué a ti sí? -preguntó y se cubrió con la sábana.

-Maldita sea, Dione, sí que importa. Nunca te habría tomado de un modo tan brusco si lo hubiera sabido.

-No me quejo -dijo, levantándose y rodeándose con la sábana.

Aris no pareció darse cuenta de que todavía estaba desnudo.

-Pero no me gusta. Nunca en mi vida le he hecho eso a una mujer.

-¿No has disfrutado? -preguntó desafiante; empezaba a sentirse degradada.

-Por supuesto que sí... pero ése no es el problema -su tono pasó a ser de preocupación-. ¿Estás bien?

Dione asintió con la cabeza.

-Sólo necesito darme una ducha -y, sintiéndose totalmente humillada, corrió hacia la puerta que comunicaba las dos habitaciones y la cerró.

Aris resopló. ¡Maldición! No había podido controlarse. Se había dado cuenta, había notado que Dione era virgen, pero no se había detenido. ¿Por qué clase de cerdo lo habría tomado?

Su cuerpo todavía ardía de pasión, pero nunca había estado tan enfadado consigo mismo. Dione había dicho que no importaba, pero la había tomado sin pensar en sus sentimientos.

Nunca más podría volver a hacerle el amor porque ese momento volvería a su cabeza. Ella había estado tan fantástica entre sus brazos... que él había empezado a desear más noches como ésa.

Si le hubiera dicho que era virgen, las cosas habrían sido distintas. La habría tratado con la dulzura que se merecía; él habría disfrutado iniciándola en esos actos amorosos. Pero en lugar de eso...

Se encorvó cuando se dirigió a la ducha. Una ducha fría y larga, pero no le sirvió para disminuir su ira. Y no tenía ganas de hablar con Dione. Tenía que salir del apuro sin dejarle ver a ella lo mucho que su

error lo había afectado.

Ella se había hecho la dura, había fingido que no le importaba, pero él sabía lo mucho que la virginidad suponía para una mujer y, especialmente, para una mujer de la edad de Dione.

Nunca antes se había odiado tanto a sí mismo como en aquel momento, y cuando la oyó cerrar con llave la puerta que unía los dos dormitorios, sintió que se le caía el alma a los pies.

Dione no pudo dormir. Se había ido a la cama diciéndose que no le importaba, pero en su corazón estaba luchando por aceptar lo que había pasado. No había sido sólo culpa de Aris. Ella era igual de culpable. Se habían abalanzado el uno sobre el otro como dos animales hambrientos de sexo, ¡algo que nunca se imaginó haciendo!

Por otro lado, tal vez era bueno que Aris estuviera decepcionado consigo mismo. Podría mantenerle alejado de ella en el futuro; porque si continuaban haciendo el amor durante los doce meses que duraba el contrato, podría ser difícil romper.

Al final, Dione cayó en un sueño sin pesadillas y se despertó sintiéndose a gusto consigo misma, hasta que un horrible pensamiento la golpeó. ¿Y si se había quedado embarazada? Aris estaba tan impaciente que no había usado protección, y ella tampoco había pensado en ello. ¿Podría pasar en la primera vez? Le avergonzaba admitir que no lo sabía. Sólo podía esperar que no y no tenía ninguna intención de hacerle partícipe de sus miedos a Aris.

Se vieron en el desayuno y deliberadamente evitaron mencionar lo que había pasado la noche anterior. Dione se preguntó cuáles serían los planes de Aris para el día. Si hubieran sido unos recién casados normales, probablemente habrían estado todo el tiempo en la cama, sin salir del apartamento nunca, pero dadas sus extremas circunstancias, eso no podría haber pasado.

Parecía que Aris tampoco había dormido, tenía ojeras y el pelo revuelto.

-¿Qué vamos a hacer hoy? -preguntó ella, en parte para romper el silencio, y en parte porque quería saber lo que había planeado.

-Estaría bien un paseo por Hyde Park. ¿Montas a caballo? Podríamos hacerlo, si te apetece.

-No -y aunque supiera montar, habría sido incómodo para ella sentarse a horcajadas en la silla. Pero claro, a él no se le había ocurrido pensar en eso.

-Lo siento, no es la pregunta más adecuada. ¿Te duele mucho? -dijo, para sorpresa de Dione.

-Estoy bien -mintió.

Movió la cabeza en un gesto de enfado consigo mismo.

-Fui un estúpido. Me dejé llevar. Te pido perdón.

-Olvidemos todo esto -dijo Dione inmediatamente, aunque apreció su disculpa-. Lo hecho, hecho está. Ya he terminado. Vamos.

Sorprendentemente, lo pasaron muy bien, ambos haciendo un gran esfuerzo por no recordar los hechos de la noche anterior.

-Me imagino que no sueles pasar así los días -comentó Dione mientras descansaban en un banco del parque después de pasear durante una hora y media. Habían estado charlando, sacando distintos temas de interés... una ardilla gris, un petirrojo, mirlos, patos; todo lo que les llamó la atención.

¡Cualquier tema era bueno con tal de no hablar de ellos!

-La verdad es que no -añadió, sonriendo por primera vez en toda la mañana-. Normalmente estoy de un lado para otro, aquí, allí, en todas partes. No puedo recordar la última vez que me tomé un descanso como éste.

Cuando Aris sonrió y su rostro se suavizó, Dione olvidó lo que había pasado entre ellos.

-Debería darte vergüenza. Todo el mundo necesita tiempo para relajarse.

-Soy el primero en admitirla Pero dirigir un negocio como el mío no deja mucho tiempo libre para la relajación.

-Tienes un hotel aquí en Londres, ¿verdad?

-Sí, uno de los mejores -respondió orgulloso.

-¿Puedo verlo?

-Si te interesa.

-Claro que sí.

Él parecía encantado.

-Entonces te llevaré mañana.

Después de eso, el ambiente pareció calmarse y durante el resto del día estuvieron charlando como si fueran grandes amigos. Dione sabía que tenía que sentirse encantada porque eso era lo que había querido desde el principio, pero después de la noche anterior, después de que él la hubiera elevado a las estrellas, ¿cómo podía sentirse feliz con una relación platónica? Todo su cuerpo se sentía diferente. Más vivo, más femenino, más todo. Incluso deseaba que Aris volviera a hacerle el amor.

Pero no iba a ser así. Después de otra de las deliciosas comidas de su ama de llaves, salmón cocido con guisantes y patatas diminutas, Aris

respondió a una llamada en su despacho, y cuando regresó, su gesto no era agradable.

-Tengo que volver a casa. Algún imbécil ha entrado en nuestro sistema y ha descargado información personal.

Dione frunció el ceño.

-¿Y se supone que lo tienes que solucionar tú?

-No yo personalmente, ya han llamado a la policía, pero quiero estar allí. Afecta a toda la empresa; podríamos estar metidos en un grave problema. Nos vamos en una hora. Le he pedido a Mary que nos haga las maletas.

-Yo lo podría haber hecho -dijo enérgicamente, pero él apenas la escuchó. Podía ver cómo su cerebro estaba funcionando a toda máquina; ella no existía en ese momento-. ¿Te ayudaría que yo me quedara aquí? -preguntó vacilante-. Así podrías ir directamente a tu oficina.

-¿Y dejarte aquí a disposición de Chris Donovan? Eso nunca. Tú te vienes, quieras o no.

Fue un viaje silencioso en el jet privado de Aris. Su cabeza estaba en lo que estaba ocurriendo y parecía no notar la presencia de Dione. A ella eso le habría venido bien de no ser porque le hubiera gustado que él hubiera compartido con ella sus miedos y sus pensamientos.

Había dos coches esperando en el aeropuerto, uno para llevar a Aris a su oficina, y otro para llevarla a ella a casa y, aunque no había dormido nada por la noche y se fue derecha a la cama, lo único en lo que podía pensar era en el problema de Aris. A pesar de que la hubieran forzado a casarse, en esos días él se había convertido en gran parte de su vida y estaba realmente preocupada por él.

Más tarde esa mañana, fue a ver a su padre y lo encontró sentado en la cama del hospital y muy mejorado.

-Tengo que darte las gracias, mi leal hija -dijo-. ¿Qué tal la vida de casada? ¿Aris está cuidando de ti?

-Por supuesto; es todo un caballero -respondió, maravillada por el hecho de que su padre pudiera hablar de ello como si se tratara de un matrimonio en toda regla.

-Espero que no sea demasiado caballero -dijo con un brillo en los ojos-. ¿Dormís... juntos?

-Creo que lo que hagamos es asunto nuestro -respondió Dione, hablando con más dureza de lo que solía hablar a su padre-. Ya tienes tu dinero, ¿no te basta con eso? ¿Dónde está Phrosini?

-Acaba de irse, pero volverá; la podrás ver más tarde.

-No me voy a quedar tanto, padre -pensó en contarle el problema de Aris, pero al final decidió que no. Si Yannis se enterara, se regodearía.

Mientras su negocio se estuviera recuperando, no le importaba lo más mínimo el resto de la gente.

-Pensaba que ibais a estar fuera más tiempo.

-Ya conoces a Aris; es como tú... no puede mantenerse alejado de su trabajo.

-¿Pero.., no sois completamente felices?

-Nos llevamos bien, a pesar de las circunstancias.

-¿Le importará que sigas trabajando para mí?

-¿Qué? -Dione abrió los ojos de par en par-. No puedes esperar que siga con mi trabajo después de haberme vendido.

-¡Dione! -Yannis estaba escandalizado.

-¿No es eso lo que hiciste conmigo? -respondió enfadada-. ¡Venderme! Ya no te pertenezco. Me alegra que te estés recuperando, pero créeme, no voy a venir a visitarte cada día. De hecho, no mereces ninguna visita -era la primera vez que había hablado a su padre de esa manera, pero algo dentro de ella había estallado y se sentía liberada. ¿A lo mejor, después de todo, su padre le había hecho un favor?

Capítulo 10

ARIS ni siquiera llamó. Dione llevaba todo el día esperando para saber cómo estaban marchando las cosas y le dolió que no se pusiera en contacto con ella. Tal vez él pensó que no era de su incumbencia.

Cuando al final volvió a casa, ya era casi medianoche y ella estaba en la cama. ¡Aunque no dormida! Se había quedado echada esperando a oírle llegar y sintiéndose más sola que en toda su vida. En los cuatro días que llevaban casados, se había acostumbrado a su presencia, incluso había empezado a sentirse cómoda con él, y lo echaba de menos.

Se puso una bata encima de su minúsculo camisón y bajó las escaleras. Aris estaba recostado en un sillón en el enorme salón, con un vaso de whisky en la mano, parecía tan tenso y cansado que Dione sintió lástima de él.

-Aris, ¿qué tal va todo?

-Poco a poco. ¿Qué haces levantada a esta hora?

-Estaba preocupada por ti -dijo con sinceridad.

-¿Por qué?

-¿Por qué? Porque... -estuvo a punto de decir «porque eres mi marido». Pero eso habría implicado que eran un matrimonio normal y que ella lo quería y se preocupaba por él, y las cosas no eran así-. Porque es terrible que eso le pase a cualquiera. ¿Están las cosas muy mal?

-Podría haber sido peor si no se llega a descubrir. Pero va a llevar muchas horas de trabajo y podría dejar a la compañía estancada unos meses. Gracias a Dios que la policía ya está trabajando en ello.

-¿Crees que podría ayudarte de algún modo? Soy buenísima con los ordenadores.

-¿En serio?

Ella asintió con la cabeza.

-¿No me dijiste que eras diseñadora de interiores y que trabajabas para tu padre?

-Sí, pero ya no. Fui a verlo esta mañana y se lo dije.

-¡Bien por ti! Seguro que no le sentó muy bien.

-Le dije que ya que me había vendido a ti, había dejado de pertenecerle.

A Aris le cambió el gesto, pero no negó que ahora ella le perteneciera, algo que hirió a Dione profundamente. De algún modo, desde la noche que habían hecho el amor, se había sentido distinta con respecto a él y había pensado que tal vez a él le había ocurrido lo mismo. No era amor, nada de eso, pero sí un sentimiento de amistad en lugar de un acuerdo escrito en un trozo de papel.

Al no responder, dejó claro que para él nada había cambiado. La había comprado para hacer con ella lo que quisiera. Y si le apetecía ignorarla durante un día entero, ella tendría que aceptarlo.

-Pareces cansado -dijo, cambiando de conversación-. ¿Por qué no te vas a la cama?

-¿Y piensas que podría dormirme? Vete a la cama, Dione, no hay nada que puedas hacer.

Sin mostrar su dolor, dio media vuelta y se dirigió hacia arriba. Se quedó echada esperando a oírle irse a dormir, pero al final se quedó dormida antes que él. Y a la mañana siguiente, él ya se había ido cuando ella se despertó.

Pero tenía una visita.

-Señora Tsardikos, es la señora Tsardikos -dijo el ama de llaves como disculpándose-. La he llevado al salón.

Dione frunció el ceño extrañada y preguntándose el porqué de la visita de la madre de Aris.

Pero la sofisticada mujer que se dio la vuelta y la miró cuando entró en la habitación no era su suegra, sino una perfecta desconocida.

-Soy Katina, la primera mujer de Aris -dijo finalmente. Pero no extendió la mano para saludarla-. Y tú eres la siguiente tonta.

-¿Disculpa? -la mujer era bellísima, con un peinado precioso y un maquillaje perfecto. El rojo fuerte de sus labios hacía juego con sus uñas, pero el traje de chaqueta negro que llevaba la hacía parecer muy dura.

-Sentí que era mi obligación venir y avisarte por si no te habías dado cuenta de dónde te habías metido exactamente.

-Creo -dijo Dione, odiándola con la mirada- que eso es asunto mío -la mujer parecía muy autoritaria. No era extraño que su matrimonio no hubiera durado.

-Aris puede parecer un perfecto caballero por fuera -siguió la mujer como si Dione no hubiera hablado-, pero en realidad es un cerdo. No se lo deseo ni a mi peor enemigo.

-Hasta el momento no he visto que sea nada de lo que has dicho -respondió Dione.

-Por eso he venido en cuanto os habéis casado. Si sigues mi consejo, saldrás de esto lo antes posible.

Dione miró con hostilidad a su visita, apenas podía creer lo que estaba oyendo.

-No necesito consejos, y menos tuyos.

-¿Qué te ha dicho de mí?

-¡Nada! Pero es normal que la ex mujer de mi marido me resulte hostil. Gracias por venir pero esperaré a descubrir por mí misma cómo

es Aris.

-Estás cometiendo un gran error -susurró Katina, sentada en el borde de uno de los sillones y sin mostrar ninguna intención de marcharse todavía-. En doce meses estarás deseando haberme escuchado y haber hecho algo al respecto. Por favor, dile a Anna que me haga un café.

-¡Lo siento! -exclamó Dione con exagerada educación-. Estoy perdiendo los modales. Por favor, discúlpame -ya fuera del salón sintió que podría escupir fuego. En absoluto sentía no haberle ofrecido nada a esa insoportable mujer. ¿Qué habría visto Aris en ella?

Le llevó unos momentos recuperar la compostura y volver al salón, y mientras tomaban café estaba deseando que la mujer se fuera.

-Habéis tenido una luna de miel increíblemente corta -dijo Katina-. ¿Qué ha pasado?

-¿Intentas decirme que has estado vigilándonos? -preguntó Dione indignada. Estaba impactada de oír que la mujer sabía tantas cosas-. Si agradeces haberte librado de Aris, ¿a qué viene tanto interés por nosotros?

-Lo hago pensando en ti.

-No lo creo. Algo me dice que te gustaría volver con Aris. ¡Intentas librarte de mí, eso es lo que estás haciendo!

-No me volvería a casar con Aris ni aunque se arrodillara y me suplicara.

Pero Dione no la creyó. Si no estaba interesada por él, ¿por qué estaba allí? Esa historia de que quería avisarla de cómo era Aris no le sonaba a verdad. Sólo quería causar problemas.

-Es un mujeriego. Aunque esté casado contigo, no eres la única mujer en su vida. ¿Alguna vez te has preguntado por qué pasa tanto tiempo en el trabajo? No es más que una tapadera.

-¿De verdad? Y tienes pruebas, ¿no? Tal vez lo hacía cuando estaba casado contigo, pero nuestro matrimonio es distinto. A mí no me engañará.

-Lo dices tan segura que me das lástima. Pero, claro, llevas casada muy poco tiempo. Yo también confiaba en él. Y mira lo que pasó cuando perdimos a nuestro hijo... ¿lo sabías, verdad?

Dione asintió con la cabeza.

-Lo tomó como una excusa y se marchó. Por supuesto, me culpó a mí. Dijo que yo había cambiado, pero la verdad es que Aris no quiere verse atado. Para él no eres más que una novedad. Si fuera tú, saldría de este matrimonio antes de que él te saque a ti.

-Lo siento -dijo Dione fríamente, incapaz de seguir mostrándose cortés-, pero no recuerdo haberte pedido consejo.

-Es gratuito -dijo Katina, dejando la taza vacía y levantándose a

continuación-. Dile a Aris que he venido. No hace falta que me acompañes -y salió por la puerta.

Dione estaba tan enfadada que no logró descansar, y cuando Aris volvió a casa por la noche, lo primero que hizo fue contarle la visita que había recibido.

-No tenía derecho a venir aquí -bramó-. Deberías haberme llamado. Habría venido enseguida y le habría dicho que se fuera. ¿Te ha disgustado?

¡Como si a él le importara mucho! Dione ni siquiera se dignó a contestar.

-¿Qué quería?

-¡Advertirme sobre ti!

La ira tiñó su cara de rojo.

-Me pregunto quién demonios le contó que nos hemos casado.

-Supongo que es conocido por todos -dijo Dione irónicamente. La boda no había sido ningún secreto. De hecho, había sido una celebración bastante más grande de lo que ella habría deseado dadas las circunstancias-. Pero me interesa el hecho de que me dijera que no eres el marido apropiado. ¿Hay algo que no sepa? ¿Tienes arrebatos de ira?

-Sabes de sobra que no. ¿Le contaste algo sobre nosotros?

-¿Crees que soy tonta? -replicó-. También te diré que no me gustó nada Katina. No entiendo qué viste en ella.

-A veces me pregunto lo mismo -admitió en voz baja.

-Está claro que ha venido a causar problemas.

-Si vuelve a venir quiero que me lo digas inmediatamente. Vendré y la veré. No tenía derecho a hablarte de ese modo.

-No vale la pena. No pudo conmigo.

-Me alegra que le hicieras frente -dijo Aris.

-No soy como mi madre.

-Me imagino que habrás tenido años de práctica con tu padre -dijo con gesto de ironía-. Yannis es la persona más abusona y manipuladora que conozco.

-Estoy de acuerdo -respondió ella-, y si no fuera mi padre no le daría ni la hora. Pero la sangre tira, como se suele decir. Me ha dado una buena educación y nunca me ha faltado de nada; no podría darle la espalda.

-Eres una mujer increíble, Dione. Ven aquí -y le hizo una señal para que se acercara a él.

Se acercó con cautela y cuando él la echó sobre su regazo, ella no se resistió. Podía sentir el fuerte latir de su corazón e, incluso después de un largo y duro día de trabajo, todavía olía muy bien. Su masculino

aroma era como un afrodisíaco y la embriagó al momento.

-Hoy he ido a verlo -dijo, intentando hacer como si fuera muy normal estar sentada en su regazo-. Tiene bastante mejor aspecto.

-¿Cómo no iba a estarlo? -gruñó Aris-. Ya tiene lo que quería.

«¿Y tú no tienes lo que querías? Tú diste el ultimátum. Yo estaba en medio de todo», estuvo a punto de decir. Pero sólo lo pensó y en lugar de eso, preguntó:

-¿Te arrepientes de algo?

-Pregúntamelo dentro de seis meses. Hasta el momento nuestro matrimonio ha sido tranquilo.

-¿Te lo esperabas así? -preguntó, sin entender cómo podían estar manteniendo esa conversación cuando su cuerpo estaba rebosante de deseo.

-No me esperaba discutir con un novio celoso -le dijo a modo acusatorio.

-Y yo no me esperaba tener que enfrentarme a una ex mujer -respondió ella.

-Touché! Pero en su caso no se trataba de celos, porque fue ella la que se marchó.

-Nunca me dijiste nada sobre ella -insistió Dione, le resultaba más fácil ignorar la tensión que sentía por dentro mientras hablaba de su ex mujer.

-¿Por qué tendría que haberlo hecho? -preguntó con brusquedad-. Este no es un matrimonio idílico en el que ambas partes se confiesan para que no haya trapos sucios. No había nada en nuestro contrato que dijera que tuviéramos que confesarlo todo. No te he dicho que te acercaras para hablar de amores pasados. Es el presente lo que me interesa. Te necesito, Dione, y te necesito ahora.

Apretó sus brazos alrededor de su cuerpo y su confesión le provocó una emoción que fue directa hacia sus acaloradas venas. Apretó sus músculos en un esfuerzo por contener la pasión que la estaba invadiendo y casi temía mirarle a los ojos por si él veía el deseo que estaba sintiendo.

En cambio, lo que ella vio fue una pregunta, una que no se esperaba después de lo que había pasado la última vez. Había pensado que desde entonces él le haría el amor siempre que quisiera, como si tuviera derecho a hacerlo. No le importaba nada el dolor; lo deseaba... mucho. Y él debió de ver la respuesta en sus ojos porque se acurrucó en su cuello y comenzó a mordisquearlo con suavidad, a chuparlo, a besarlo y así siguió moviendo sus labios hasta que los llevó a su boca.

Dione le agarró la cabeza y gimió como para expresarle sin palabras el deseo y el placer que sentía.

-Esto es lo que un hombre necesita después de un duro día -dijo mientras la besaba-. ¡El dulce sabor de una mujer! Alguien que le haga olvidar sus preocupaciones -su respiración se volvió más fuerte, su voz más ronca y su deseo por ella más intenso.

El pulso de Dione palpitaba en su garganta tan fuerte que parecía ahogarla. Cuando Aris rompió los tirantes de su camisón impaciente por besar sus ardientes pezones, ella sintió una extrema excitación.

Acarició sus pechos con sus largos dedos, los mordisqueó con delicadeza y cuando alzó la mirada para ver la reacción de Dione, sus ojos estaban vidriosos. Todas las preocupaciones del trabajo habían desaparecido y ahora estaba perdido en un mundo donde sólo importaban los sentidos.

Dione no fue consciente del momento en que su camisón había caído, sólo era consciente de que sus dedos habían marcado un sendero sobre su vientre y de que ahora jugaban entre sus muslos. Era absolutamente delicado, pero al actuar así la estaba excitando más que si la hubiera tomado apresuradamente, como en la otra ocasión.

Cuando ya no lo pudo soportar, cuando su cuerpo entero se retorcía y pedía que saciaran su pasión, cuando gritaba de placer y desesperación, él le dijo:

-No te muevas -se sacó la camisa por la cabeza y se quitó los pantalones. Cuando se quedó desnudo la llevó de nuevo hacia él y esa vez fue ella la que lo rodeó con sus brazos y llevó su cabeza hacia la suya, sin dejar de mover el cuerpo sensualmente contra el de él-. ¿Qué me estás haciendo? No puedo soportarlo -gimió él.

Con la habilidad adquirida por la experiencia, la echó sobre él y a la vez se puso un preservativo. Dione se sintió aliviada aunque si no lo hubiera hecho, ella tampoco habría tenido fuerzas para decirle que dejara de hacerle el amor. Nunca antes había sentido una necesidad tan poderosa. Su cuerpo entero vibraba tanto que casi le dolía.

Sus manos capturaron sus sensibles pechos y sus dedos acariciaban sus pezones mientras la llevaba a un sofá de piel. Allí, la echó y la frialdad de la piel fue un alivio para su ardiente cuerpo. Despacio, la tomó por detrás, sin dejar de preguntarle si le hacía daño, pero ella siempre negaba con la cabeza, incapaz de decir nada.

El no se apresuró. Le hizo el amor lenta y sensualmente hasta que Dione pidió más.

-Más deprisa, Aris, más deprisa -gritó- No puedo soportarlo.

La obedeció al momento y Dione alcanzó el clímax un par de segundos antes que Aris. Sus rodillas no aguantaron y ambos cayeron al suelo, aún se estremecían de placer y respiraban entrecortadamente, se sentían como si hubieran muerto y estuvieran en el cielo.

Finalmente, se quedaron tendidos sin moverse.

-¿Te has sentido bien, agapi mou?

Más que bien... había sido increíble, pero ¿quería admitirlo? ¿En qué se estaría metiendo si lo admitía?

-Nunca me imaginé que hacer el amor resultara tan debilitante -dijo con una irónica sonrisa.

La piel de Aris brillaba a la luz de una de las lámparas, y él resultaba imponente. Desnudo o vestido, excitado o relajado, era un hombre fascinante. Jamás había pensado, cuando accedió a casarse con él, que estaría suplicándole que le hiciera el amor a los pocos días.

Había pensado que los doce meses siguientes iban a ser un infierno; pero por el contrario, parecía que iba a disfrutarlos.

Capítulo 11

EN LAS semanas siguientes, se unieron más de lo que ella había pensado. De todos modos, en su mente siempre estaba la idea de que se trataba tan sólo de un acuerdo temporal. Aris seguía preocupado por los asuntos de su empresa, aunque la policía había seguido y detenido al hacker, que, a su vez, resultó ser un ex empleado descontento. Por lo demás, pasaban todo el tiempo libre que le quedaba juntos.

Ella dormía en la cama de Aris; hacían el amor tantas veces que sólo pensarlo hacia que Dione se avergonzara y él la fastidiaba diciéndole que se había obsesionado con el sexo.

-Hacer que te casaras conmigo fue uno de los mejores pasos que he dado -dijo una noche tras una sesión de amor especialmente larga y satisfactoria.

-Espero que no estés pensando en alargar el contrato. Un contrato es un contrato, nunca lo olvides -no quería que él se hiciera ninguna idea equivocada.

Cuando Aris hacía el amor, lo hacía llevado por el deseo más que por cualquier sentimiento, y para ser sincera, a ella le ocurría lo mismo. Era increíble, pero era sólo eso, sexo; no se podía ver unida a Aris por el resto de su vida.

-Soy un hombre de palabra, Dione. Serás libre de marcharte cuando pasen los doce meses.

Cuando Dione se despertó una mañana sintiéndose mal, pensó que era por el pescado que habían tomado la noche anterior. Pero cuando volvió a pasar y echó cuentas, supo que la peor de las pesadillas se había hecho realidad. ¡Estaba embarazada!

¡Y estaba atrapada! Atrapada por un griego, ¡igual que le había pasado a su madre!

Aris siempre se iba a la oficina antes de que Dione se levantara y aún no sabía nada del miedo que la estaba consumiendo. Tampoco ella quería decirle nada porque aún no se sentía con fuerzas para tratar el tema.

-¿Estás bien, Dione? Estás pálida -estaban sentados fuera, junto a la piscina una noche, reposando la cena, y Dione había cerrado los ojos. Se sentía culpable por no contárselo a Aris; pero por otro lado, temía más su ira e intentó retrasar el terrible momento todo lo que pudiera.

-Estoy bien -dijo mirando a unos ojos sorprendentemente preocupados y esperando actuar lo suficientemente bien como para salir del paso.

-A lo mejor no sales lo suficiente. ¿Qué haces cuando estoy trabajando?

Dione no podía creerse que él se mostrara tan interesado. Todo lo que parecía importarle era que ella estuviera lista y esperándolo cuando llegaba a casa. No había una sola noche en la que él no quisiera hacer el amor. Su virilidad resultaba increíble. Aunque ella tenía que reconocer que sus propios deseos se parecían bastante a los de él. Y eso sí que le parecía increíble.

-No mucho -admitió-. Casi me arrepiento de haber dejado de trabajar con mi padre.

A veces nadaba, pero no le gustaba sentarse al sol. Tenía el cabello oscuro como su padre, pero la piel clara como la de su madre y se quemaba con facilidad. Pasaba la mayor parte de su tiempo leyendo o navegando por Internet en un ordenador que Aris le había dado. Visitaba a Phrosini y a su padre, pero todos sus amigos trabajaban durante el día. Era una vida muy ociosa, pero no era la vida que a ella le gustaba.

-Quizás debería presentarte a las mujeres de mis amigos. Parece que se pasan todo el tiempo de compras o las unas en casa de las otras.

-No, gracias -dijo Dione al momento-. Sólo quedan diez meses; me las arreglaré.

-¿Es que estás contando los meses?

-¿No lo harías tú si estuvieras en mi lugar?

-A lo mejor me equivoco, pero pensaba que eras feliz. Parece que te complace verme cuando vuelvo a casa del trabajo.

Dione alzó los hombros, pero no dijo nada. El placer que sentía era puramente sexual; hasta Aris lo sabía.

Resopló enfadado, se levantó y entró en la casa. Dione pasó esa noche en su propia cama. No debería haberle hablado de esa forma porque a partir de ese momento la vida se volvería insoportable.

A la mañana siguiente, Aris ya se había ido a trabajar y ella estaba en el baño con arcadas, como de costumbre, cuando oyó un ruido. Echó un vistazo por encima del hombro y vio a su marido, la estaba mirando. Se pasó un pañuelo de papel por los labios y se giró, sus ojos escondían culpabilidad.

-¿Significa esto lo que creo que significa? -preguntó bruscamente.

Dione asintió con la cabeza. Las palabras sobraban.

-¿Por qué no me lo dijiste?

-¿Por qué me estabas espiando? -respondió furiosa.

-Me olvidé de una cosa. Estás embarazada, ¿verdad?

Hizo que sonara como una acusación.

-Y si lo estoy, ¿de quién es la culpa?

-No hace falta decir que tomo precauciones. Y no hace falta decir que tú no has dado muestras de no disfrutarlo. De hecho, tu apetito es

tan grande como el mío.

-Puede que sí, así que debió de pasar la primera vez. En ese momento no te preocupaste de que pudiera quedarme embarazada. Lo único que querías era satisfacer tus deseos.

Aris cerró los ojos y ella casi pudo oírlo contar hasta diez.

-¿Has ido al médico?

Dione negó con la cabeza y la habitación empezó a darle vueltas. Aris se puso a su lado y la sujetó con su fuerte brazo. Con la otra mano llenó un vaso de agua y le hizo dar un sorbo.

-Así mejor. Vuelve a la cama. Llamaré a mi médico.

-No estoy enferma -se quejó.

-Entonces iremos a verlo nosotros. El embarazo no está confirmado, ¿no?

Dione odió que se preocupara.

-Iré a ver a mi médico sola.

-¿Estarás bien si me voy ahora? Tengo un asunto importante del que ocuparme.

«Dime algo distinto», pensó Dione. Pero era un alivio que se marchara, como lo fue que él ya supiera lo del bebé.

Dione no tenía ganas de que él volviera a casa esa noche. Normalmente se daba un baño y se preparaba para él, pero sospechaba que iba a haber un cambio en su relación.

-¿Qué te pasa, Aris? Hoy no has sido tú mismo. ¿Ya tienes problemas con tu mujer?

Aris miró a su colega y se esforzó por sonreír.

-En absoluto, es todo lo que un hombre podría desear -excepto por el hecho de que ahora, por su propia estupidez, ella estaba esperando un hijo suyo. Sólo pensarlo era insoportable.

-Está claro que te pasa algo -insistió Dimitri-. ¿Puedo ayudarte?

-Puedes meterte en tus asuntos -bramó e inmediatamente se arrepintió cuando vio la cara de consternación del hombre.

Aris siempre había tenido buena relación con sus empleados; los trataba muy bien y ellos lo respetaban por ello. Y Dimitri era su hombre de confianza. Estuvo mal pagar su ira con él.

-No debería haber dicho eso. Es verdad, tengo un problema, pero es personal y no quiero hablar de ello.

-Tú decides, Aris. Pero si necesitas hablar, aquí me tienes.

Aris asintió con la cabeza.

Ni siquiera podía empezar a describir el impacto de ver a Dione vomitando y saber inmediatamente a qué se debía. ¿No había pasado

lo mismo con Katina? ¿Y no había ella también intentado ocultárselo?

Se había excusado diciendo que su matrimonio había atravesado un mal bache y que ella había pensado que se enfadaría. ¿Qué clase de hombre se enfadaría al saber que esperaba un hijo, sobre todo estando casado? Un niño nacía para que lo quisieran y cuidaran. Para que lo guiaran en la vida, para enseñarle valores.

¡Y un niño no debía morir siendo aún un niño!

Los recuerdos le invadieron y tuvo que contener las lágrimas.

¿Pero cuál era la excusa de Dione para no decírselo? ¿También había tenido miedo de que él se enfadara? Su relación había superado algunos baches recientemente y él ya había empezado a pensar que algo más serio se estaba desarrollando.¡ Y ahora ella quería apartarlo de su lado!

Eso sólo demostraba una cosa. Que la visión que Dione tenía de su relación era totalmente distinta a la que tenía él. Para ella, su matrimonio era igual de falso que en el día de la boda.

¡Y al dejarla embarazada le había arruinado la vida!

No podía soportar el pensar que le había hecho daño por segunda vez y comprendió que debía ir a casa e intentar solucionar las cosas. Era difícil, dadas las circunstancias, pero tenía que intentarlo. Necesitaba asegurarle que nunca la abandonaría, que estaría con ella en todo, que se aseguraría de que no sufriera. Incluso aunque ella no quisiera seguir casada, él la apoyaría.

Cuando volvió a casa, la encontró tumbada a la sombra en la piscina con un diminuto bikini negro. Aún no se le notaba el embarazo; estaba delgadísima y preciosa y sus hormonas masculinas entraron en acción.

Alzó los ojos y no parecía muy contenta de verlo.

-¿Qué haces aquí a esta hora?

-¿Has ido al médico? -rebatió, ignorando su pregunta.

-Todavía no.

-¿Has pedido cita?

-No.

-¿Y por qué no? -su voz se alzó al igual que su frustración. El pretendía consolar a Dione, asegurarle que se ocuparía de todo, pero la actitud de Dione no se lo permitía.

-Porque no me había dado cuenta de que fuera tan importante. ¿Por eso has venido? ¿Para asegurarte de que cumplo tus deseos? -se levantó y se quedó de pie frente a él, con las manos en las caderas y la barbilla alzada.

-Estoy aquí porque es culpa mía que tú estés así.

-Al menos tienes una cosa clara -respondió furiosa.

-Y quiero cuidar de ti.

-¿Porque es lo correcto? Gracias, pero no; no necesito tu ayuda. Nunca ha sido mi intención quedarme contigo un día más de lo necesario y nada ha cambiado para mí.

¡Y lo decía muy en serio!

Y estaba preciosa enfadada. Tanto, que él deseaba abrazarla y besarla hasta dejarla sin sentido.

-Por el amor de Dios, ve y ponte algo -se había prendado de ella demasiado. Lo que había empezado como un juego, se estaba convirtiendo en algo mucho más serio.

Dione no necesitó que se lo dijera dos veces; corrió hacia la casa como si la persiguieran. Aris colgó su chaqueta en el respaldo de una silla, se quitó la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa. Había pasado frío en el coche, pero ahora el calor del sol del mediodía se le echaba encima y nada le hubiera apetecido más que quitarse la ropa y darse un baño. Pero como le había pedido a Dione que se vistiera, no podía hacer eso. Cerró los ojos y se insultó a sí mismo por haber permitido que la situación se desarrollara de ese modo.

Dione tardó en vestirse. Lo que quería hacer era salir de la casa y no volver a ver a Aris. Era el único culpable. Ella no lo había invitado a que le hiciera el amor.

«Pero tampoco lo detuviste», le dijo una voz interior.

Y era verdad, pero si se lo admitía a Aris, sería su condena. ¡Era culpa de Aris! Si no hubiera insistido en ese ridículo matrimonio, entonces nada de eso habría pasado.

Muy a su pesar, volvió a salir. Aris estaba sentado con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, pero los abrió en cuanto ella pasó por su lado. Se sentó al borde del sillón de lona que había ocupado antes, dobló las rodillas y lo miró.

Durante unos largos segundos, ninguno habló. El resentimiento latía entre ellos como un corazón gigante. La cara de Aris estaba rígida, su mirada firme y, cuando Dione pensó que no podría soportarlo más, él dijo:

-¿Adónde vamos con esta actitud? Ante todo, necesitas ir al médico; necesitas que te confirmen si estás realmente embarazada.

-¡Como si mi cuerpo no me lo hubiera dicho ya! -dijo enfrentándose a él con la mirada.

-Y como parece que te muestras reacia a organizarlo, mientras te estabas vistiendo he pedido cita para las once con un ginecólogo muy bueno.

-¿Cómo te atreves? -Dione estaba indignada por el hecho de que él

estuviera llevando el asunto-. ¡No tienes derecho!

-Tengo todo el derecho, teniendo en cuenta que soy el padre.

-¿Y entonces qué? -preguntó enfadada- ¿Fingimos ante el resto del mundo que somos tremendamente felices? ¿Y qué hacemos cuando finalice el contrato? Porque lo que te aseguro es que no me voy a quedar contigo.

-Eso lo solucionaremos cuando llegue el momento.

-La solución de un cobarde -murmuró Dione, aunque él tenía razón. No había mucho que pudieran hacer hasta que naciera el bebé.

Se sentaron en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos, hasta que una de las sirvientas fue a decirles que la comida estaba lista. La sirvieron dentro, donde había aire fresco y Dione podía respirar mejor. La comida era una simple tortilla y ensalada, con yogur de postre. A pesar del malestar por la presencia de Aris, se comió todo el plato.

-¿Vas a volver al trabajo?

-Voy a quedarme a trabajar desde casa -la informó con frialdad.

-No tienes que quedarte conmigo -protestó, sin poder imaginarse nada peor dadas las circunstancias-. No estoy enferma; estaré bien.

-Estoy seguro de eso. Pero me voy a quedar de todas formas. Creo que deberías descansar esta tarde.

-¿Y qué crees que he estado haciendo toda la mañana? Es lo único que hago.

-Bien.

-No, no está bien. Estoy aburridísima.

-Siento que estés así. ¿Hay algo que quieras hacer?

Dione resopló. No necesitaba que fuera educado con ella. Hubiera preferido su ira. Era una situación irreal y lo odiaba por haberla metido en ella.

El sonrió al ver que ella no decía nada.

-Podríamos irnos a la cama.

-¿Y hacer más de lo mismo que nos ha metido en esta situación? -gritó-. ¡No, gracias! No habrá más sexo entre nosotros.

-No puedes quedarte embarazada dos veces.

-No tienes ni idea, ¿verdad? Sólo imaginarte tocándome me pone enferma.

-No puedes decir eso en serio.

-¿Ah, no?

-Sería imposible. Tu cuerpo necesita al mío tanto como el mío al tuyo. ¿Tal vez podríamos hacer la prueba? -sonrió forzadamente y caminó hacia ella.

-¡No te atrevas a tocarme!

Aris se detuvo a escasos centímetros de ella y, para desilusión de Dione, su traicionero corazón pareció salírsele del pecho, sus pulsaciones vibraban a la vez que su corazón latía… incluso sus pezones respondieron ante su cercanía. ¡Todo su cuerpo suspiraba por satisfacer su deseo! Lo odiaba y a la vez lo deseaba.

Aris alargó sus brazos y como una tonta, ella fue hacia ellos. La abrazó y ella sintió un calor que la confortaba, pero el tener que admitirlo, la abrasaba a la vez.

-No sirve de nada que nos peleemos -le dijo, acurrucándose contra su oreja-. Lo hecho, hecho está. Puede que no nos guste, pero no podemos evitarlo.

-Tienes razón -admitió ella y alzó su boca para besarlo.

En el momento en que sus labios se encontraron, desapareció la cordura. Ella estaba de nuevo perdida en un mundo donde sólo importaban los sentidos. ¡Sentidos que estaban fuera de control! Su tacto… sentirlo bajo sus dedos, sentir ese cuerpo musculoso, sentir ese deseo incontrolado.

-Vamos donde nadie nos moleste -le dijo mientras la besaba.

Dione asintió con la cabeza, no quería soltarse, y por eso se alegró cuando él la levantó en sus brazos y la subió a la habitación.

Aris cerró la puerta con el pie y se apresuró a quitarse la ropa, mientras Dione hacía lo mismo. El deseo los estaba consumiendo y necesitaban calmarlo, y para Dione fue una experiencia alucinante y preciosa al mismo tiempo.

¿Se arrepentía? Se hizo varias veces esa pregunta en las horas siguientes mientras Aris estaba trabajando en su despacho, y la respuesta siempre era la misma. No, no se arrepentía.

Capítulo 12

EXACTAMENTE a las once en punto Dione y Aris entraron en la consulta del doctor y a las once y diez minutos el embarazo estaba confirmado.

-Enhorabuena -les dijo el doctor.

No fue una sorpresa, pero aun así Dione miró a Aris consternada. El tomó su mano y sonrió e intentó no mostrarle al doctor que no estaban demasiado encantados con la noticia.

-Vamos a celebrarlo -dijo él.

-Mamá, tengo que decirte una cosa -a Dione le latía el corazón como si ella fuera una niña de dieciséis años en lugar de una mujer casada-. Estoy embarazada.

Había tomado la decisión de no ocultárselo a su madre. Ya le había hecho bastante daño a Jeannie al casarse sin decirle nada. No se merecía que también le ocultaran lo de su primer nieto.

Hubo una pausa al otro lado del teléfono, una larga pausa.

-Di algo -dijo Dione.

-Estoy encantada... si tú lo estás -respondió Jeannie prudente.

-Creo que estoy más impactada que otra cosa -confesó Dione.

-Ha venido demasiado pronto. ¿Cómo se lo ha tomado Aris?

-También está impactado. Pero seguro que en cuanto nos hagamos a la idea, estaremos encantados. Es muy protector conmigo; quiere que descanse todo el tiempo. Seguro que piensa que estoy enferma.

-Tu padre hacía lo mismo. Los hombres no entienden esas cosas. ¿Para cuándo nacerá?

-¡Para marzo! Mamá, ojalá estuvieras aquí.

-Sabes que no puedo ir, cariño.

Claro que Dione lo sabía. Jeannie nunca pondría los pies donde estuviera Yannis.

-Pero podrías venir a casa antes de marzo y tener el bebé aquí -propuso su madre.

-Eso me encantaría, pero no creo que a Aris le gustara mucho la idea.

-Claro que no. Querrá estar contigo. Te reservará una plaza en el mejor hospital de maternidad y estará pendiente de ti en todo momento. Te quiere mucho, Dione.

Ayudó el hecho de que su madre pensara que Aris era bueno para ella porque, ¿cómo podía decirle a su madre que sólo el pensar en estar junto a él el resto de su vida la aterrorizaba? ¿Cómo podía explicarle el miedo que tenía a queе él se llevara al niño si ella no

cumplía sus deseos? Sería como si la historia de su madre se repitiera y ella no le deseaba eso a su hijo por nada del mundo. Sabía el dolor y la angustia que eso causaba, las pesadillas que nunca desaparecían del todo.

Charlaron un buen rato y cuando colgó, Dione vagó alrededor de la villa como un alma en pena.

No había manera de que sintiera nada de ilusión por la nueva vida que le esperaba. Cualquier madre normal habría estado haciendo planes y preparativos y compartiendo su ilusión con cualquiera que la escuchara.

Para cuando Aris llegó a casa, la encontró en tal estado que le preguntó si estaba enferma.

-¿Tú qué crees? ¿Cómo te sentirías si estuvieras en mi lugar? -había estado dando vueltas por la habitación, sin ganas de que él volviera a casa, y deseando estar en otro lugar.

-Creo -dijo él en voz baja, agarrándola de los hombros y haciendo que se sentara-, que deberías intentar relajarte. Sé que ninguno de los dos está feliz con lo que ha pasado, pero ya está hecho y no hay vuelta atrás. Si quieres que tu niño sea feliz, entonces tú también tienes que serlo.

-¿Y cómo lo sabes? -preguntó con los ojos brillantes.

Como respuesta, él se sentó a su lado y su rostro se cubrió de una profunda tristeza.

-Hay algo que necesito contarte.

Inmediatamente, Dione supo lo que él iba a decir y la invadió un sentimiento de culpa porque había hablado sin pensar.

-Katina y yo tuvimos un hijo.

No la miró mientras hablaba, algo que ella agradeció porque no quería que él notara que ya lo sabía.

-Nuestro matrimonio fue un error desde el principio. Siempre estábamos discutiendo; teníamos distintos objetivos en la vida. El de Katina era ser una aburrida mujer de su casa y una perfecta asidua a las fiestas. Y eso no encajaba con mi estilo de vida. Soy adicto al trabajo, como ya te habrás dado cuenta, y cuando llego a casa necesito relajarme. Al contrario que Katina. Ella es una persona de la noche. No teníamos nada que ver y estábamos a punto de separamos cuando se quedó embarazada.

Aris tenía las manos apretadas contra las rodillas y se movía hacia delante y hacia atrás a medida que los recuerdos volvían. Dione se mantuvo en silencio. Esa era una cara de Aris que desconocía... un Aris profundamente afectado y retrospectivo.

Estuvo tentada a tomarle la mano, pero pensó que sería mejor no

hacerlo. Era mejor dejarlo tranquilo hasta que le hubiera contado toda la historia.

-A Katina no le hacía muy feliz ser madre; sentía que eso acabaría con su hedonista estilo de vida. Pero yo pensé que ayudaría a salvar nuestro matrimonio y estaba entusiasmado. Nikos nació y durante unos meses Katina pareció asentarse y parecía feliz. Pero poco a poco el deseo de volver a ir a fiestas la invadió.

Aris se levantó de golpe y se dirigió a la ventana. El cielo se había vuelto púrpura con los reflejos rojos del sol que acababa de ponerse. Era uno de los más bellos y espectaculares cielos que Dione había visto en su vida. Pero sabía que Aris ni siquiera lo había apreciado. En su mente, lo único que estaba viendo era la destrucción de su hijo y de su matrimonio.

Una vez más, quiso consolarlo, pero volvió a pensar que era demasiado pronto. Esperó ansiosa a que continuara con la historia.

-Una noche me llamaron por un problema del trabajo. Se daba la desafortunada coincidencia de que la niñera de Nikos tenía la noche libre. Katina había estado planeando salir a un cumpleaños y no le hizo ninguna gracia saber que no había nadie para cuidar de Nikos. Ella no se fiaba de nuestra ama de llaves, así que se lo llevó con ella. Y lo hizo sin que yo supiera nada.

Se giró para mirar a Dione, que respiró aceleradamente al ver auténtico horror en sus ojos. Pero siguió callada.

-Katina se salió de la carretera mientras conducía, frenó contra un perro o algún otro animal. Ella tan sólo resultó con unos arañazos y un brazo roto, pero Nikos murió.

Dione respiró horrorizada, consternada por lo que estaba escuchando, e instintivamente se levantó y corrió hacia Aris. Las lágrimas lo cegaban y ella lo rodeó con sus brazos.

-Lo siento tanto, tanto -dijo, también con lágrimas en los ojos.

Durante unos minutos, permanecieron abrazados el uno al otro, llorando, hasta que Aris se apartó.

-Eso ocurrió hace siete años, y no ha pasado un solo día en que no haya pensado en él.

-Lo entiendo -dijo Dione con voz suave.

-Katina y yo nos divorciamos poco después. Sigue soltera y no tiene hijos y sigue sin perderse ni una fiesta. Lo nuestro nunca habría funcionado. Ya sabes por qué me enfadé el día que vino a verte.

Dione tragó saliva y asintió con la cabeza.

-En ocasiones ha intentado volver conmigo, aunque seguro que es porque se le está acabando el dinero. Le di una buena suma después del divorcio y si se lo ha gastado ya, mala suerte. No tiene trabajo; le

gusta verse como una señorita ociosa.

Movió la cabeza como en un intento de desprenderse de todos los pensamientos que le hacían daño.

-Lo siento, no pretendía preocuparte con todo esto.

-Me alegra que me lo hayas contado -dijo con una leve sonrisa.

-Nikos ahora tendría siete años y medio. Nació un día antes de Navidad -ahora se estaba hablando prácticamente a sí mismo y una ligera sonrisa se marcaba en sus labios.

Dione creía estar segura de que Aris se había imaginado a su hijo convirtiéndose en un joven inteligente, travieso, lleno de preguntas, y tal vez muy parecido a su padre. Lo que había pasado era terrible y no podía ni imaginarse cómo se hubiera sentido ella en las mismas circunstancias. Katina había mencionado ligeramente a su hijo, pero no había mostrado la profunda pena de Aris, cosa que Dione encontró sorprendente.

Hubo un largo silencio en el que ambos estuvieron ocupados inmersos en sus propios pensamientos. Después, como si quisiera desprenderse del manto de melancolía que lo había envuelto, abrazó a Dione.

-¿Te gustaría ayudarme a olvidar durante unas horas?

¿Cómo podía negarse? De la mano, subieron a la habitación y comenzó la experiencia más dulce que Dione había tenido desde que conoció a Aris. Al contrario de lo que ella se esperaba, él la desnudó lentamente, besando cada centímetro de su cuerpo. Ella quería más y lo quería en ese mismo momento, pero cuando lo agarró para atraerlo hacia ella, él le dijo con una misteriosa sonrisa:

-Paciencia, mi amor.

Así que se quedó echada hasta que la desnudó completamente. Sentía cómo besaba sus pechos y su vientre y a medida que iba bajando su deseo iba creciendo. Cuando se arrodilló ante ella y su lengua y sus labios comenzaron a explorar sus partes más íntimas, echó la cabeza hacia atrás y maulló como una gatita. Quería echarse en la cama, que él le hiciera el amor como sólo él sabía, pero él no estaba listo todavía. Alzó la mirada y vio sus ojos drogados por el placer y con una sonrisa de satisfacción se levantó. Durante un segundo, Dione pensó que se iba a marchar dejándola allí. Al contrario, con una voz que más bien era un susurro, dijo:

-Es mi turno.

Dione nunca había tenido el placer de desnudar a Aris. Ahora, con las manos temblorosas, le desabrochó la camisa mientras lo besaba. Era una experiencia completamente nueva para ella y cuando le quitó la camisa, hizo lo que él le había hecho a ella. Besó sus masculinos

pezones, exultarte al oírle gemir de placer. Otra nueva experiencia, sus pantalones, y cuando no pudo quitarle el cinturón, él lo hizo por ella. Bajó la cremallera lentamente y empezó a disfrutar del juego. Él la había atormentado hasta casi volverla loca y ahora ella haría lo mismo con él. Esperó a que se quitara los pantalones y los calzoncillos y entonces comenzó a besar y a acariciar el objeto de su deseo. Tímidamente lo llevó a su boca y Aris prácticamente se sintió morir de placer. Cuando finalmente gimió y la detuvo, se miraron y se tendieron en la cama y él comenzó a hacerle el amor despacio y sin dejar de mirarla. Esperó hasta que la sintió con el cuerpo a punto de estallar y sólo entonces dio rienda suelta a sus propias sensaciones. Dione se sintió al borde del desmayo, luchaba por respirar y gritaba el nombre de Aris.

Aris también luchó por mantener el control y cuando se apartó, cuando se tumbó con un brazo estirado sobre ella y el otro colgando por el borde de la cama, sintieron que para ellos no había futuro ni había pasado, sólo importaba el momento y la liberación de sus emociones.

Había sido duro hablarle a Dione de Nikos, y había odiado haberse derrumbado por el dolor delante de ella. Pero estando echado junto a su bello cuerpo, Aris sintió que la infelicidad que sentía por la muerte de Nikos se había colocado en un lugar muy especial de su corazón donde estaba a salvo.

No podía explicarse cómo se las había apañado para lograr excitarlo tanto. Lo había hecho con gran facilidad, considerando que cuando la conoció era virgen; era como una hechicera haciendo uso de su magia, sabía instintivamente cómo excitarlo.

¡Y lo hacía tan maravillosamente bien! Él estaba echado y agotado, pero sabía que en muy poco rato estaría listo para empezar de nuevo. Giró la cabeza y le sonrió vagamente. Ella estaba radiante, su piel suave y sonrosada y sus oscuros ojos luminosos.

-Eres increíble, ¿lo sabes?

Dione mostró una sonrisa contenida y misteriosa.

-Hice lo que sentía.

Él se dio la vuelta para poder verla mejor, acarició sus pechos y sintió la calurosa suavidad de su piel; su respiración aún no se había acompasado.

-Eres una sirena. ¿No soy un hombre afortunado?

Dione se quedó en silencio y él supuso que ella no se sentía tan afortunada. Pero ¿quién podía culparla? Pasó su mano sobre su

vientre, aún bastante plano, pero con un bebé dentro.

La miró a los ojos y supo que ella estaba pensando lo mismo y al momento se levantó de la cama sintiendo una aplastante culpa. ¿Cómo podía estar disfrutando de su cuerpo cuando tenía que llevar una carga tan pesada?

En los días que siguieron, Aris hizo todo lo posible por mantener las distancias, pero era difícil, prácticamente imposible. Había momentos en los que no podía mantenerse alejado de ella. Y ella nunca lo detenía cuando él quería hacer el amor; de hecho, su deseo solía ser tan fuerte como el suyo.

Era lo único que tenían en común, la pasión que sentían el uno por el cuerpo del otro. Mirándolo fríamente, era una situación descabellada, pero en la oscuridad aterciopelada de la noche, todo parecía recobrar sentido.

Él sabía que tenía que responsabilizarse de ese niño y no tenía intención de eludir esa responsabilidad, pero durante años había estado perseguido por la muerte de Nikos y, por mucho que lo intentara, no podía quitarse de la cabeza la idea de que pudiera pasarle lo mismo al bebé que estaba por nacer. Era un sentimiento irracional, tal vez, pero no podía ignorarlo. No compartía sus pensamientos con nadie, ni siquiera con sus padres.

-Aris, tus padres nos han invitado.

-¿No habrás aceptado? -acababa de volver después de un agotador día de trabajo en la oficina y de una reunión con la policía. Ya no tenían duda de que el hacker era el ex empleado, lo habían acusado y tenía que presentarse ante el juez en unos días.

-Les dije que los llamarías. Quieren que vayamos a cenar el sábado por la noche.

Se quedó aliviado.

-Pensaba que era para cenar esta noche, y no tengo fuerzas para volver a salir de casa -tenía un gran cansancio emocional y no quería más que pasar una tranquila noche en casa. ¡Tal vez inmerso en el cuerpo de Dione! Era un placer que siempre le hacía sentirse mejor.

-Dione, qué alegría verte -la madre de Aris, majestuosa vestida de negro, con su pelo canoso recogido en un moño, le transmitió su alegría mientras los acompañaba hacia el jardín cerrado en la parte trasera de la villa-. Pensé que podríamos sentarnos fuera un rato ahora que el calor ya se ha ido.

Era una casa mucho más pequeña que la de Aris y amueblada con un estilo muy acogedor. Dione se sintió muy a gusto inmediatamente.

Un aspersor mantenía el césped verde y las flores parecían agachar sus cabezas cuando les caían las gotas de agua. El ambiente era de relajación y frescura, e incluso Aris parecía relajado.

En los últimos días había sido todo lo contrario. Dione no sabía si era por el asunto del juicio o por la difícil circunstancia en la que se encontraban. ¡Tal vez se debía a las dos cosas! Ella se había olvidado del hacker, pero a Aris le había afectado y también a su negocio. Se sentía un poco culpable por no preguntarle cómo iban las cosas.

El padre de Aris, una versión más mayor de su hijo, sirvió la bebida y, una vez sentados, la madre miró directamente a Dione.

-Dime, ¿cómo van las cosas? Aris tendría que haberte traído antes a vernos, pero sé que está muy ocupado. De todos modos, tú puedes venir siempre que quieras. Eres bienvenida.

-Gracias -era verdad, aparte de unas breves palabras en la boda, no habían tenido más contacto con los padres de Aris y mientras estaban en camino, le había recordado que aún no les habían comunicado a sus padres que estaba embarazada. «Queda mucho tiempo para eso», había dicho él. En otras palabras, él no quería que lo dijera. Tampoco tenía que preocuparse por ello; ella estaba haciendo todo lo posible por olvidar que estaba embarazada. No era fácil con tanto malestar por las mañanas, pero, aparte de eso, se sentía mejor que nunca.

-¿Ya te has hecho a tu nueva casa?

-Sí, es preciosa.

-Supongo que tus padres te estarán echando de menos. ¿Vivías con ellos?

Dione asintió con la cabeza.

-Y creo que tu padre ha estado enfermo. ¿Cómo está? He comido en sus restaurantes. La comida es muy buena.

-Está mejor, gracias. Ya ha pasado lo peor y ha salido del hospital.

-Qué bien. Dale recuerdos. Aris no nos ha contado nada de ti. ¿Tienes hermanos?

A Dione no le gustaba que la interrogaran y miró a Aris esperando que la rescatara. Pero él estaba charlando con su padre y no pareció darse cuenta.

-Soy hija única.

-¡Qué lástima! Aris y Alexandra estuvieron muy unidos. Sólo se llevan trece meses. ¿Tu madre no quiso tener más hijos?

Dione respiró hondo e intentó responder sin alterarse.

-Yannis se divorció de mi madre. Ella vive en Inglaterra y no se volvió a casar. Y mi madrastra, no ha tenido hijos -y rezó para que no le hiciera más preguntas personales. Pero no fue así.

-Eso es una pena -la señora Tsardikos se inclinó hacia ella y le

agarró las manos.

-¿Cuántos años tenías cuando tus padres se divorciaron?

Al final, Dione miró a Aris, que fue a su rescate. -Haces demasiadas preguntas, mamá. ¿Por qué no hablas a Dione de tu poesía? Seguro que le encantaría leer algo.

La señora Tsardikos le soltó las manos.

-¿De verdad? -y sus ojos se iluminaron de emoción.

Dione asintió. ¡Cualquier cosa con tal de evitar que siguiera invadiendo su privacidad!

Sonriente y feliz, la mujer entró corriendo en la casa.

-Tendrás que disculpar a mi esposa. Es preguntona !por naturaleza. Bébete eso y te traeré otra copa, lo necesitarás antes de que acabe la noche. Cuando Helena empieza con sus cosas, no hay quien la pare.

-Dione no bebe alcohol. Lo siento, olvidé decírtelo.

-Y yo aquí pensando que no bebía porque no le gustaba lo que le había preparado. ¿Qué te apetece? ¿Zumo de naranja? ¿Agua mineral?

-Sólo agua, por favor -respondió Dione, y cuando el padre de Aris se marchó, ella miró a Aris enfadada-. ¿Por qué no me advertiste sobre tu madre? Creo que quiere conocer la historia entera de mi familia.

-Es curiosa, eso es todo. No lo hace con mala intención. Pero la poesía es su hobby y ya sólo te preguntará si te gusta o no lo que escribe. Tengo que admitir que a mí no me gusta mucho.

-¿Y qué pasa si a mí tampoco? ¿Se lo digo?

Aris se encogió de hombros.

-Como quieras.

En otras palabras, «apáñatelas tú».

Pero Dione pasó la siguiente media hora muy contenta. Afortunadamente, le gustó la poesía de Helena: era rica e invitaba a la reflexión; trataba aspectos de la vida. Y ahora entendía por qué hacía tantas preguntas. Sabía mucho sobre la gente, por qué actuaban de una determinada manera, sus penas y alegrías, sus creencias y opiniones.

-¿Has pensado en publicarlas? -preguntó. Estaban escritas en un cuaderno de tapa dura con una letra maravillosa y Dione ya se las imaginaba impresas, tal vez, con ilustraciones a los lados.

-No, cariño; no son lo suficientemente buenas. Creo que es hora de cenar. Vamos dentro -y ahí acabó su poesía.

Fue una larga y entretenida cena con una variedad de carne y pescado deliciosa y un increíble flan de fresa de postre. El padre de Aris sugirió tomar el café fuera. Le encantaba su jardín y cuando más feliz estaba era trabajando en él o hablando de él.

Cuando Dione se iba a dirigir al jardín, Helena puso una mano en su brazo y la retuvo hasta que los hombres se alejaron.

-Hay una cosa que debo preguntarte, hija. ¿Por qué no me has dicho que estás embarazada?

Capítulo 13

LOS OJOS de Dione se abrieron de par en par y su corazón se aceleró. ¿Cómo lo había descubierto Helena? ¿Se lo había dicho Aris?

-Aris no me ha dicho nada -le aseguró su suegra, leyendo sus pensamientos-. Pero soy una mujer; sé estas cosas. Debería ser un momento de alegría, pero Aris no parece muy feliz.

¿Cómo lo había adivinado? ¿Seguro que no conocía las circunstancias de su matrimonio? La cara de Dione se puso colorada. Si Aris le había dicho algo, ella...

-Tengo razón, ¿verdad? Él no está feliz. Y te diré por qué. Es por el pequeño Nikos. Mi hijo no me cuenta mucho; es más, no me cuenta nada, muy a mi pesar. Pero la muerte de Nikos le rompió el corazón -y entonces se llevó la mano a la boca y la miró horrorizada-. ¿Lo sabías?

-Sí, Aris me lo contó.

El rostro de Helena pareció aliviado.

-Nunca me perdonaría si hubiera dicho algo fuera de lugar. Creía que mi Aris no tendría más hijos. Él idolatraba a ese niño y nadie podrá reemplazarlo -levantó las manos y las movió con desesperación-. Creo que está equivocado; creo que este niño que esperas será bueno para él. Pero tienes que tener paciencia, Dione, si al principio no parece feliz.

«Si supiera la auténtica razón del descontento de Aris», pensó Dione, pero le sonrió.

-Seguro que tienes razón.

-Me alegra que hayamos hablado. Será nuestro pequeño secreto hasta que Aris me lo comunique.

Cuando se unieron a los hombres Aris preguntó a Dione con la mirada, pero ella sonrió y comenzó a hablar con naturalidad como si nada fuera de lo normal hubiera pasado. Unos minutos más tarde apareció Alexandra. Su madre la reprendió por no haber dicho que iba a ir.

-Podrías haber cenado con nosotros.

-No sabía que teníais una reunión.

Y al poco rato, Aris anunció que se marchaban. -Vuelve cuando quieras, Dione -dijo su madre abrazándola fuerte-. No esperes a que Aris te traiga. En el camino a casa, Aris le preguntó de qué le había hablado su madre después de la cena.

-Vi que te retuvo un momento.

-Nada importante -dijo Dione, al no querer traicionar la confianza de su madre.

-Quiero saberlo. No quiero secretos.

Dione suspiró y supo que no habría calma hasta que no se lo dijera.

-Vale, pero no le puedes decir que lo sabes. Ha adivinado lo del bebé.

-¿Qué? -exclamó incrédulo-. ¿Cómo? -Intuición femenina, supongo.

-¡Maldición!

-¿Tanto importa? -preguntó-. En cuanto se me empiece a notar, todo el mundo lo sabrá.

-Quería elegir el momento. Y ahora no era la ocasión.

Dione no estaba segura del porqué, pero con sólo mirar a sus fieros ojos, supo que no se atrevía a preguntar.

Dependiendo del día, Dione dormía unas veces en su cama y otras en la de Aris. Esa noche, cuando llegaron a casa, se fue directa a su habitación. No sabía por qué el hecho de que su madre supiera lo del bebé le había disgustado tanto. Había que reconocer que él no deseaba ese niño, pero ya estaba hecho, no había vuelta atrás, así que ¿por qué mantenerlo en secreto?

Se despertó el domingo por la mañana y el ama de llaves le dijo que Aris había salido, probablemente a su oficina, y que se había ido incluso antes de que ella se levantara.

Ir a trabajar los domingos era algo que hacía de vez en cuando; su madre le había dicho que solía hacerlo desde su divorcio. ¡Y ahora volvía a sentirse infeliz y quería sumergirse en el trabajo! ¿Era eso? No era culpa suya que su madre lo hubiera descubierto. Si tenía que enfadarse con alguien, era con su madre.

A media mañana se sintió lo suficientemente bien como para enfrentarse a él y, en un impulso, le pidió al chófer que la llevara a su oficina. Aris había pedido que siempre hubiera un coche fuera listo a su disposición. El hecho de que ella tuviera coche no le importaba, así que lo tenía metido en el garaje, probablemente preguntándose por qué su dueña lo había abandonado.

Tal vez estaba equivocada y él tenía mucho trabajo, pero no le apetecía quedarse en casa sin hacer nada. Ese matrimonio había sido idea de Aris y no podía eludir sus responsabilidades cuando algo no le gustara.

El edificio de oficinas estaba en el centro de la zona empresarial de Atenas, un magnífico edificio de mármol que, por sí solo, hacia ver que la empresa tenía éxito. Pesadas puertas de cristal y un hombre fornido de uniforme guardaban la entrada.

-He venido a ver a mi marido -dijo Dione después de que él la mirara desconfiado-, el señor Tsardikos.

-El señor Tsardikos no está aquí.

-Sí que está.

-No lo he visto. Espere un momento -y comenzó a hablar por un interfono-. No, no está aquí. Siento que haya hecho el viaje en balde, señora Tsardikos -y sonrió por primera vez-. Encantado de conocerla. Había oído hablar de la nueva señora Tsardikos, pero es usted más bella de lo que dicen.

-Gracias -repuso, aunque estaba demasiado enfadada con Aris como para mostrarse agradable-. ¿Podría estar en algún otro sitio? Sé que hoy ha tenido que salir por un asunto de trabajo.

-Podría probar en el hotel. A veces va allí los domingos.

Los hoteles Tsardikos eran unos de los principales hoteles de Atenas; la realeza y las personas más ricas se alojaban allí y Dione jamás había pisado ese lugar antes. Cuando se bajó del coche, estiró el cuello para mirar el imponente edificio. «Impresionante» no era suficiente para describirlo y cuando la hicieron pasar se sintió abrumada.

Todo era de mármol y espejos. Antes de que hubiera llegado a la recepción, Dione vio a Aris bajar por las escaleras del brazo de una impresionante pelirroja. Se estaban riendo y parecían sentirse muy cómodos el uno con el otro.

Le dio un vuelco el estómago y se mareó; no como le ocurría por las mañanas, era totalmente diferente. ¡Celos! ¡Estaba empezando a enamorarse de Aris!

El descubrimiento la atragantó como una espina. Era lo último que se habría esperado. Teniendo en cuenta que su matrimonio no era más que una farsa, Aris era libre de verse con otras mujeres, ¿verdad? Era increíble lo mucho que le dolía lo que estaba viendo.

Caminó hacia él y la cara que él puso fue algo que permanecería con ella mucho tiempo.

-Dione! -exclamó, acercándose a ella rápidamente-. ¿Pasa algo?

-No -respondió tan agradable como pudo, dadas las circunstancias-. Necesitaba salir un poco, eso es todo.

Para su sorpresa, él parecía encantado.

-Me alegro. Deja que te presente a Belinda, mi ayudante personal.

Belinda dio un paso hacia delante y extendió su mano.

-¿Eres la esposa de Aris? Por fin te conozco. Encantada.

Le dio la mano de manera afectiva y sus ojos eran cordiales.

-No sabía que Aris te hacía trabajar los domingos también.

-Trabajo siempre que Aris quiera -respondió la pelirroja sonriendo hacia él.

-Belinda lleva conmigo muchos años. Es medio inglesa, como tú, y no sé lo que haría sin ella.

-Qué suerte tienes -dijo Dione con una sonrisa forzada.

-¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

-Me lo dijo el conserje. Conoce tus movimientos mejor que yo.

-Bueno, ya he terminado aquí -dijo Aris-. Belinda y yo estábamos a punto de irnos a casa. Vamos -y agarró a Dione del brazo-. Nos vemos mañana, Belinda.

Cuando ella se había ido, apretó más el brazo de Dione.

-¿Qué esperas conseguir persiguiéndome?

-No te estaba persiguiendo. Simplemente estaba harta de estar sola. Perdona si os he molestado.

Su mirada se endureció.

-No sé de lo que estás hablando.

-No importa -respondió Dione en voz baja.

Aris apretó los labios hasta que no fueron más que una fina línea en su cara.

-¿Me equivoco al pensar que sospechas que hay algo entre Belinda y yo?

-¡Claro que sí! -pero ni siquiera para ella sus propias palabras sonaron convincentes.

-Te equivocas y lo sabes. Será por culpa de tus hormonas.

-No pasa nada con mis hormonas -dijo tranquila, no quería discutir con Aris. Sabía lo que había visto y lo único que quería era irse a casa.

-Créeme, lo sé. Son tus hormonas.

Y debería saberlo porque él ya había pasado por eso antes. Eso era lo que él esperaba que ella le hubiese reconocido, pero no lo hizo. Se subió en su propio coche, que un empleado había situado en las puertas del hotel en cuanto él pisó la calle.

Pero Dione no se impresionó por la lograda organización, estaba demasiado deprimida, demasiado dolida por lo que acababa de descubrir. No tenía idea de cómo había podido ocurrir. Enamorarse de un hombre como Aris era un error fatal.

Cuando llegaron a casa, lo primero que él hizo fue servirse una bebida, lo segundo fue quedarse de pie mirando por la ventana mientras supuestamente ponía sus ideas en orden, y lo tercero fue ponerse detrás de la silla donde Dione se había sentado.

-¿Así que piensas que tengo una amante? ¿Crees que tengo una aventura con mi ayudante personal? -esas palabras la atravesaron como balas-. ¿De verdad crees que haría algo así estando casado contigo?

-Nuestro matrimonio no es como los demás -le recordó-. Eres libre de tener todas las aventuras que quieras -le dolió decir eso, pero era cierto, le gustara o no.

-Aun así, tengo mis principios. Y especialmente desde que esperas a

mi bebé.
-¡Tu bebé! ¡Espero que no estés intentando decir que yo no criaré al niño! -había pensado en eso una y otra vez, pero no se había decidido... ¡hasta ahora! No podía permitirse correr el riesgo de que en algún momento él le quitara el niño. Tenía que dejar eso claro desde un principio.
Como respuesta, Aris la agarró por los hombros y Dione estaba segura de que la habría zarandeado de no ser por su estado.
-Ignoraré ese comentario, Dione, y lo achacaré a tu cambio hormonal.
-¿Pero qué te pasa con mis hormonas? Fueron tus hormonas las que nos han metido en este lío.
Sus miradas se encontraron y se quedaron mirándose; Dione se negó a apartar la mirada y fue Aris quien se movió. Fue a tomar su vaso y engulló la bebida antes de servirse otra con la que hizo exactamente lo mismo.
-No quiero discutir contigo, Dione.
-Yo tampoco. ¿Belinda conoce las circunstancias de nuestro matrimonio?
-¿Por quién me tomas?
-No te conozco lo suficiente como para saber cómo eres.
-No se lo he dicho ni a Belinda ni a nadie, y espero que tú hayas hecho lo mismo.
-Por supuesto.
-Esta conversación no nos lleva a ninguna parte, Dione. Voy a darme un baño en la piscina antes de comer.
Dione cerró los ojos. Se sentía sin fuerzas. Le habría reconfortado sentir los brazos de Aris rodeándola, pero sabía que no dormiría más con él, ni dejaría que la besara porque, de lo contrario, correría el peligro de entregarse de nuevo a él.
Comió y se echó en su habitación. Había esperado que Aris fuera tras ella, pero no lo hizo. El ambiente durante la comida había sido demasiado tenso.
Más tarde, después de reposar la comida, decidió darse un baño. Solía nadar cuando Aris estaba trabajando, pero rara vez nadaban juntos. Al nadar y sentir la fresca agua contra su piel, se sintió relajada. ¡Pero entonces sintió a alguien nadando a su lado! Intentó ignorar a Aris, pero no era fácil, dada su corpulencia.
-¿Estás mejor?
-Estoy bien.
Y ésa fue toda la conversación. Estuvieron nadando bajo el cielo soleado y cuando Dione se cansó, salió del agua dejando dentro a Aris,

que siguió nadando.

Dione se quedó dormida en una tumbona y, al despertarse, vio a Aris sentado a su lado mirándola y se sintió incómoda.

Y de pronto, al mirarse, notó que su vientre ya no era plano. Y eso era lo que Aris estaba mirando. Con la ropa puesta era imperceptible y ni siquiera ella se había dado cuenta hasta ese momento. Incluso sus pechos parecían más grandes.

Cuando él vio que estaba despierta, se puso de pie y se dirigió a una mesa donde había una jarra de agua helada y un plato de galletas.

-No has comido apenas nada -dijo llenando un vaso y dándoselo.

-No tengo hambre -dijo Dione rechazando una galleta, después de beberse el vaso de agua.

-¿Ni siquiera después de nadar tanto?

-Sí.

-No puedes dejar de comer. Ahora tienes que pensar en alguien más y este pequeño -dijo poniendo sus manos en la tripa de Dione- necesita alimentarse todo lo que pueda.

-Por favor, no me toques así -dijo Dione apartando su mano y sin darse cuenta de que su cuerpo se había estremecido de placer.

-¿Todavía sigues enfadada conmigo?

-No siento nada, ni bueno, ni malo.

-En ese caso, será mejor que te deje sola. Haz lo que quieras, Dione. Piensa lo que quieras. Pero ten en cuenta que nuestro contrato no ha finalizado -dijo y se dirigió al interior de la casa.

A la mañana siguiente, su enfado no se había aplacado. Entró en la habitación de Dione vestido para ir a trabajar y por la dura expresión de su cara ella supo que no había entrado para preguntarla cómo se encontraba.

-Tengo que viajar a Canadáá por negocios. No sé cuándo volveré.

Capítulo 14

DIONE miró a Aris como si le hubiera dicho que se iba al fin del mundo. -No te preocupes, estarás bien cuidada. Y seguramente mucho más feliz sin mí.

¡Tal vez no! No le apetecía quedarse en esa casa sin nadie con quien hablar. Sin duda, iba a echarlo de menos.

-Y que no se te ocurra marcharte. Eres mía... no lo olvides nunca.

Dione se preguntó si le habría pedido que lo acompañara de no haber discutido el día anterior. Le hubiera gustado. Siempre había querido visitar Canadá. Vancouver. Ontario. Las Cataratas del Niágara. Pero estaba claro que él no quería que lo acompañara. ¿Se llevaría a Belinda? ¿Tendría alguien con quien pasar una cálida noche? Sólo pensarlo le hizo sentir celos. Ella estaría sola y él estaría...

Esa mañana, Dione llamó a su madre.

-Aris se ha marchado unos días -le dijo. Ya lo estaba echando de menos; se había acostumbrado a charlar con él cuando volvía 'del trabajo. Por lo general, se encontraban muy a gusto el uno con el otro.

Y por supuesto, hacían el amor, y eso también iba a echarlo de menos. Tenía que aceptar que no era la única mujer en su vida. Y lo podría haber aceptado de no ser porque ahora llevaba un bebé dentro y porque había empezado a sentir algo más profundo por Aris.

-¿Y por qué no vienes a casa? Me encantaría verte otra vez.

-Me gustaría, mamá, pero ahora mi casa es ésta; estoy bastante feliz.

-Por supuesto. ¿Va todo bien con el bebé?

-Perfecto.

-¿Cómo está Yannis?

-Está bien; ya ha salido del hospital.

Hablaron unos minutos y cuando colgó, Dione pensó que debería ir a ver a su padre, aunque no le contaría lo del bebé. Yannis estaría encantado de oír la noticia; lo vería como una forma de cimentar la relación con Aris. Dione se lo pensó dos veces y decidió dejarlo para el día siguiente.

Pero al día siguiente, lamentó no haber ido a verlo.

-¡Dione! -dijo Phrosini-. Tu padre está en el hospital; ha sufrido otro infarto.

-Iré enseguida.

Cuando llegó al hospital, no le dejaron ver a su padre. Phrosini estaba fuera de la habitación y cuando la vio, rompió a llorar. Dione la abrazó e intentó consolarla.

-Se pondrá bien, ya lo verás. Mi padre es un luchador.

Pero dos horas más tarde, Yannis murió.

Dione estaba mal. Daba igual lo que hubiera pensado de Yannis, era su padre y tenían un vínculo que nada podía romper; ni el odio, ni el enfado, ni el resentimiento. ¡Nada!

Se sentaron en una antesala, lloraron y se consolaron la una a la otra y pasó un largo rato hasta que se sintieron con fuerzas para marcharse a casa. Era triste pensar que Yannis ya no estaría con ellas.

-Vente a casa conmigo -le pidió Phrosini-. No puedo estar sola en este momento.

Dione llamó a su madre para darle la noticia y Jeannie se quedó muy impactada.

-Pensaba que estaba recuperándose.

-Yo también. Supongo que estaba sometido a más tensión de la que nos imaginábamos.

-¿Y cómo estás tú? ¿No va a ser demasiado para ti, en tu estado?

-Mamá, estoy embarazada, no enferma.

-Avísame cuando se celebre el funeral. Me gustaría mandar unas flores.

-Claro. ¿Estarás bien, mamá?

-Estaré bien, no te preocupes.

Ahora tenía que darle la noticia a Aris; pero como no sabía dónde se encontraba, llamó a la oficina y la pusieron con Belinda, algo extraño dado que era su ayudante personal y tendría que haber viajado con él.

-Belinda, necesito ponerme en contacto con Aris y olvidó dejarme el número del hotel.

-¿Estás bien, Dione?

-Tan sólo quiero su número de teléfono -y colgó en cuanto obtuvo la información que quería.

Tardó bastante tiempo en lograr ponerse en contacto con él; podría haberle llamado al móvil, pero tampoco tenía su número. De todos modos, Dione pensó que probablemente a Aris le daría igual lo que había ocurrido. También pensó que Aris querría que le devolvieran su dinero si Phrosini decidía vender el negocio y eso significaría que ¡se libraría de él! Pero sorprendentemente, eso la entristeció; no quería librarse de él, quería que la amase como ella estaba empezando a amarlo.

-Dione, ¿qué pasa? Belinda me ha dicho que has llamado y que parecías encontrarte mal. ¿Estás enferma? ¿Ocurre algo con el bebé?

-Como si te importara mucho. Sería un alivio para ti si lo perdiera -se arrepintió inmediatamente de lo que había dicho-. Perdóname, eso ha estado fuera de lugar. Te he llamado por mi padre -dijo casi en un susurro-. Ha sufrido otro infarto y ha muerto esta mañana.

-¡Dione! Cuánto lo siento. ¿Hay algo que pueda hacer?

-No. Phrosini y yo nos ocuparemos de todo. Estoy con ella, me quedaré aquí hasta el funeral.

-Por supuesto. Volveré en cuanto pueda -y tras una breve pausa, añadió-: Dione...

-¿Sí?

-¿Estás bien? Quiero decir, ¿bien dado tu estado?

-Estoy bien. No necesito que me tengas entre algodones -y colgó el teléfono. Al momento deseó no haberlo hecho. Había notado la preocupación de Aris en su voz. Se echó las manos a la cabeza. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué se comportaba de ese modo? Aris decía que era debido a sus hormonas y tal vez tenía razón. Aunque tal vez era porque se estaba enamorando de él y no se atrevía a que él lo notara.

-¡Mamá! ¿Qué haces aquí? -era la mañana del funeral y un taxi acababa de dejar a Jeannie en la casa de Yannis. Una Jeannie muy segura de sí misma, con un nuevo corte de pelo y ropa nueva.

-Pensé que me necesitarías, cariño. ¿Crees que a Phrosini le importará?

-Claro que no -aunque nunca se habían visto y no estaba segura de cuál sería su reacción. Hasta el momento, había sido imposible consolarla. Dione se había encargado de todo y ella estaba encerrada en una habitación oscura llorando por su amado Yannis-. Le diré que estás aquí.

Phrosini abrazó a Jeannie y ambas lloraron.

-¿Dónde está Aris? -preguntó Jeannie más tarde.

-Todavía en Canadá. Dijo que intentaría volver lo antes posible, pero...

-Y eso he hecho -dijo una voz profunda.

-Aris, no me dijiste que llegarías hoy.

-¿No pensarías que iba a quedarme allí? Puede que Keristari no fuera santo de mi devoción, pero era tu padre. Estoy aquí por ti, Dione. Si hubiera podido llegar antes, lo habría hecho pero...

-No te necesito -dijo fríamente-. Mi madre ha venido para estar conmigo.

-¿No ha venido por Yannis?

-¿Y tú qué crees después de cómo la trató? Mi madre ha cambiado. Ha hecho el viaje sola y la admiro por ello.

La muerte de Yannis cambiaba mucho las cosas. Ya no había razón para que Dione se quedara con Aris, pero él no quería dejarla

marchar. ¡Llevaba a su bebé dentro! Y aunque tenía miedo de traer otro bebé al mundo, eso no cambiaba lo que sentía por Dione. Aunque en ocasiones se enfadaba, y mucho, con ella, era maravilloso tenerla a su lado. El tiempo que había estado fuera le había ayudado a ver las cosas claras, pero volver a casa y encontrarla todavía en su contra lo había destrozado.

Después del funeral, Aris llevó a Dione a un lado y le preguntó con delicadeza:

-¿Vienes a casa?

-Phrosini me necesita.

-Pero ahora tu madre está con ella y me ha dicho que no se marcha hasta mañana, aunque yo creo que puede que se quede más tiempo. Se han unido bastante.

-¿Sabes que es la primera vez que viene a Grecia desde el divorcio?

-Sí, me lo ha dicho. Supongo que debe de sentirse aliviada. Y no lo digo con mala intención. Pero Yannis era un castigo para ella.

-Lo sé y estoy feliz de que esté aquí.

-¿Entonces, te vienes a casa?

-No estoy segura, Aris.

-Vendrás conmigo, Dione -no había pretendido ser tan arrogante, pero Dione lo estaba volviendo loco. Durante toda su estancia en Canadá, había deseado tenerla en su cama. Ella no tenía ni idea de lo vacía que había estado la habitación de su hotel.

No podía dejar de mirarla. Estaba preciosa. El embarazo le sentaba muy bien, le daba un brillo especial que sólo había visto cuando hacían el amor. Estaba impresionante, tan elegante, casi majestuosa.

-Muy bien, iré -respondió casi sumisamente. No era normal en ella y él supo que estaba siendo muy cruel, pero lo cierto era que la necesitaba.

Cuando llegaron a casa, las cosas no resultaron como él había esperado.

-No creas que vamos a seguir donde lo dejamos.

-Claro que no. Ha sido un día terrible para ti. Lo único que quiero es abrazarte y apoyarte, decirte que... -había estado a punto de decir que siempre estaría con ella-... que me importas.

-¿Importarte? Seguro que no pensaste en mí cuando estabas en Canadá. Lo mismo hasta tuviste compañía femenina. Y claro, también está Belinda esperándote cuando tu mujer te echa de su cama. De hecho -continuó Dione antes de que él pudiera decir nada-, no sé cómo me he dejado convencer para venir aquí. Ya no tenemos nada en común. Me voy. Me voy a casa de mi pa... de Phrosini -y después de decir eso, abandonó la casa.

Aris no se movió; se quedó de pie en estado de shock. No se esperaba esa reacción. El debió haber ido tras ella, calmarla, hacerle entender que sólo quería lo mejor para ella. Pero antes de que pudiera hacerlo, oyó un grito, luego un fuerte golpe y a continuación… silencio.

Capítulo 15

ARIS salió corriendo, el corazón le latía deprisa y fuerte hasta que se le paró al ver a Dione tendida inmóvil a los pies de las escaleras. Se arrodilló a su lado y la llamó sin atreverse a moverla. Al ver que no respondía, sacó su teléfono móvil y pidió una ambulancia.

-¡Rápido! Mi mujer ha perdido el conocimiento y está embarazada.

Respiraba, gracias a Dios, pero tenía un corte en la frente que no paraba de sangrar. Sacó su pañuelo y lo puso sobre la herida hasta que Dione se movió y levantó los párpados para mirarlo.

-¿Qué...?

-Calla. No digas nada; ni siquiera intentes moverte. Hay una ambulancia en camino.

-No quiero...

-Es por precaución. Con suerte te mandarán a casa, pero tienen que hacerte un chequeo, has sufrido una caída.

Dione cerró los ojos y se quedó tan quieta que él temió que hubiera perdido el conocimiento otra vez.

-¡Aris! -no fue más que un susurro.

-¿Sí? -preguntó Aris acercando su oreja a sus labios.

-¿Crees que he hecho daño al bebé?

-Claro que no -aunque en el fondo tembló al pensar que podría volver a perder a un hijo.

Cuando la ambulancia llegó, él fue con ella, pero no le permitieron quedarse en la sala de urgencias, así que se quedó esperando en el pasillo como un animal enjaulado. Por fin alguien salió a decirle que ella estaba bien.

-Tiene una contusión en la cabeza y queremos que se quede unos días, sólo para asegurarnos.

-¿Es necesario? Si es sólo la herida...

-Está embarazada, señor Tsardikos. Una caída de este tipo podría provocar un aborto. Necesita descansar y seguro que en casa no lo haría.

-Supongo que tiene razón -pero aun así no estaba conforme. Acababa de enterrar a su padre, ya había tenido bastante-. Yo podría cuidarla y asegurarme de que descanse.

-No. Se queda aquí. Puede visitarla cuando quiera, incluso quedarse, si lo prefiere. Tendrán una habitación al lado a disposición de la familia.

-Me quedaré. Iré a casa a por algo de ropa y volveré enseguida. ¿Puedo decírselo a Dione?

-Lo siento. Necesita descansar.

En las horas siguientes, Aris la observó mientras dormía. Sabía que

era culpa suya que ella estuviera allí. ¿Por qué no podía controlar su temperamento? Estaba a medio camino de enamorarse de ella. Si le pasara algo...

Se quedó transpuesto y lo siguiente que sintió fue oír cómo ella lo llamaba.

-Dione -respiró aliviado-. Por fin te despiertas. ¿Cómo te encuentras? -se la veía muy pálida y él estaba asustado.

-Quiero que venga mi madre.

-Pero es medianoche.

-Me da igual, quiero que venga.

-¿No te sirvo yo? ¿Qué necesitas? Seguro que...

-Aris, necesito a mi madre.

-Muy bien. Iré a buscarla -pensaba que era normal que necesitara a su madre, pero le dolía que no estuviera contando con él; después de todo, era su marido.

Aunque ¿en qué sentido? Su matrimonio era una farsa. Dione no lo quería; se había casado con él por lealtad a su padre. Se dijo a sí mismo que no debía olvidar eso. Pero ahora Dione significaba mucho para él y quería cuidarla como haría cualquier marido.

Cuando llegó a la casa de su padre, tardaron bastante en abrirle la puerta. Finalmente, fue la propia Jeannie quien lo hizo.

-¿Aris? ¿Ocurre algo?

-Dione ha sufrido una caída... está en el hospital y quiere verte. Vístete y te llevaré.

-¿Está bien? -el rostro de Jeannie palideció.

El asintió con la cabeza.

-¿Y el bebé?

-Hasta el momento, todo parece estar bien.

-¿Qué quieres decir?

-Hay un riesgo de aborto, así que tiene que descansar. Se quedará allí unos días.

-Gracias a Dios que estoy aquí. Pasa. Le dejaré una nota a Phrosini. No quiero despertarla. Le costó mucho dormirse.

Pero mientras Aris esperaba, Phrosini se levantó para ver qué pasaba y él le explicó todo.

-Te mantendré informada -le dijo-. Lo siento mucho, Phrosini.

Pero después de tres días Dione pudo volver a casa y Jeannie, de mala gana, voló a Inglaterra. Hubiera querido quedarse y cuidar de su hija, pero Aris la convenció para que volviera. Él quería cuidar de Dione para demostrarle así lo mucho que le importaba.

-Me has dado un buen susto -le dijo Aris sentado en un cómodo sillón.

-Yo también me he asustado -le respondió con una irónica sonrisa.

-¿Pero ahora estás bien?

Dione asintió con la cabeza y Aris se sentó a su lado. Quería agarrarle las manos y decirle que estaba enamorado de ella, pero sabía que no se atrevería. Al menos, no todavía.

-Tengo que decirte una cosa. La verdad es que no quería que tuviéramos el bebé.

-Ya lo sé.

-Espera, escúchame, aún no he acabado. Siempre me ha dado miedo perderlo como perdí a Nikos. No lo habría soportado. Preferiría no tener un hijo antes que tener el miedo a volver a perderlo -ella lo estaba escuchando atentamente y él tragó saliva antes de continuar-: Y cuando me dijeron que había peligro de aborto, supe que si ocurría eso querría matarme. Amo a ese pequeño creciendo dentro de ti. Igual que te amo a ti, Dione. ¿Crees que podrías aprender a quererme tú a mí?

Ella giró la cabeza y entonces él supo que la había perdido.

La confesión de Aris no pilló a Dione por sorpresa. El hecho de que se hubiera quedado día y noche junto a su cama, demostraba lo mucho que le importaba y había podido notar el amor que sentía por ella. Pero, aun así, se quedó en silencio.

-¿Crees que no hablo en serio? ¿De verdad crees que hay algo entre Belinda y yo?

-Parecéis estar muy unidos -dijo con abatimiento.

-Belinda tiene novio y van a casarse. Ella lleva mucho tiempo trabajando conmigo y por eso tenemos una relación tan buena, pero en absoluto una relación como la que tú piensas.

-Sé que no hay nada entre vosotros -dijo Dione con una sonrisa-. Y siento haber dudado de ti. ¿Me querrías aunque no estuviera embarazada?

-Dione, creo que me enamoré de ti el día que tu padre te mandó a verme. No eras como nadie que hubiera conocido hasta el momento y entonces supe que tenías que ser mía.

-¿Así que lo tenías todo planeado?

-Tienes que admitir que diseñé un buen plan.

-¿Y qué pasa ahora que mi padre ha muerto?

-El contrato sigue en pie. De hecho, creo que lo voy a hacer indefinido. ¿Podrías soportarlo?

Como respuesta, ella acercó su boca a la de Aris. El beso, delicado al principio, se intensificó hasta que finalmente Aris la tomó en brazos y

la llevó a la cama.

-Una cosa, agapi mou, antes de que te haga el amor -le dijo mientras acariciaba su ya desnudo cuerpo-. No te he oído decir que me quieras.

-¿No está claro? Te quiero, Aris -le gustó cómo sonaba-. Te quiero, te quiero, te quiero.

Aris la abrazó con tanta fuerza que ella pensó que iba a partirla en dos. Hicieron el amor y fue entonces cuando sintió que quería que Aris estuviera siempre con ella. Ahora él era su vida.

Giró la cabeza para mirar a Aris y vio que él también la estaba mirando a ella. Y después de un largo y profundo beso, él le dijo:

-Sé que te presioné; pero como te he dicho, desde el primer momento supe que tenías que ser mi esposa y tenía que conseguirlo de un modo u otro.

-Es una manera un poco rara; primero nos casamos y luego nos enamoramos. ¿Y si no me hubiera enamorado de ti? ¿Y si no me hubiera quedado embarazada? ¿Crees que habríamos podido alejamos después de los doce meses como si nada hubiera pasado?

-Eso nunca lo sabremos.

Pero Dione sí lo sabía porque ahora se daba cuenta de que ella también se había enamorado desde el primer momento. Había usado el pretexto de casarse por el bien de su padre, pero en el fondo algo ya le había dicho que él estaba hecho para ella.

-No, Aris. Nunca lo sabremos -dijo con una sonrisa.

Epílogo

QUE HAS dicho, mamá? -Dione había hablado con su madre cada semana después de la muerte de Yannis, pero no se había imaginado que algo estuviera cambiando en la vida de Jeannie. -Que me voy a casar.

-¡Mi madre se va a casar! -le dijo a Aris, que estaba acunando al bebé.

Sonrió. Dione nunca lo había visto tan feliz. Él adoraba a su hijo y no le daba vergüenza demostrarlo.

-No me dijiste que tenías novio.

-Temí que no durara, pero ya me he desprendido del fantasma de tu padre y estoy lista para vivir otra vez.

-Muy bien. ¿Y cuándo conoceré al afortunado?

-He pensado en ir a veros en Pascua, si os parece bien.

-Claro que sí. ¡Mamá, estoy tan feliz por ti!

Phrosini también estaba saliendo adelante. Se había metido de lleno en el negocio de los restaurantes de Yannis y, por fin, las cosas se estaban solucionando.

-¿No es el bebé más bonito que has visto? -le dijo Dione a Aris después de colgar el teléfono.

-Por supuesto. Cualquier hijo tuyo sería precioso.

En los últimos meses, Aris había tratado a Dione como a una princesa, demostrándole en todo momento cuánto la quería. Y parecía haber superado el miedo por la muerte de Nikos. Ya estaba haciendo planes para el futuro del bebé. Además, había contratado a una niñera, muy a pesar de Dione, y pensaba contratar a más personas con tal de que ayudaran a quitarle trabajo a su princesa.

-Estás desperdiciando el dinero -le decía una y otra vez, pero él no hacía caso. Simplemente sonreía.

Y cuando Leander tenía siete meses, Dione se quedó embarazada de nuevo.

-Vamos a tener que dejar de hacer esto -le dijo a Aris cuando los dos estaban echados en la cama, exhaustos, y abrazados.

-¿Es que no te gusta hacer bebés? -le preguntó con una sonrisa.

-Es el mejor pasatiempo que conozco.

-Entonces, creo que deberíamos seguir practicándolo antes de que seamos demasiado viejos y ya no podamos.

-Creo que podremos hacerlo siempre, cielo.

-Que así sea.

Margaret Mayo - Amor en compraventa (Harlequín by Mariquiña)